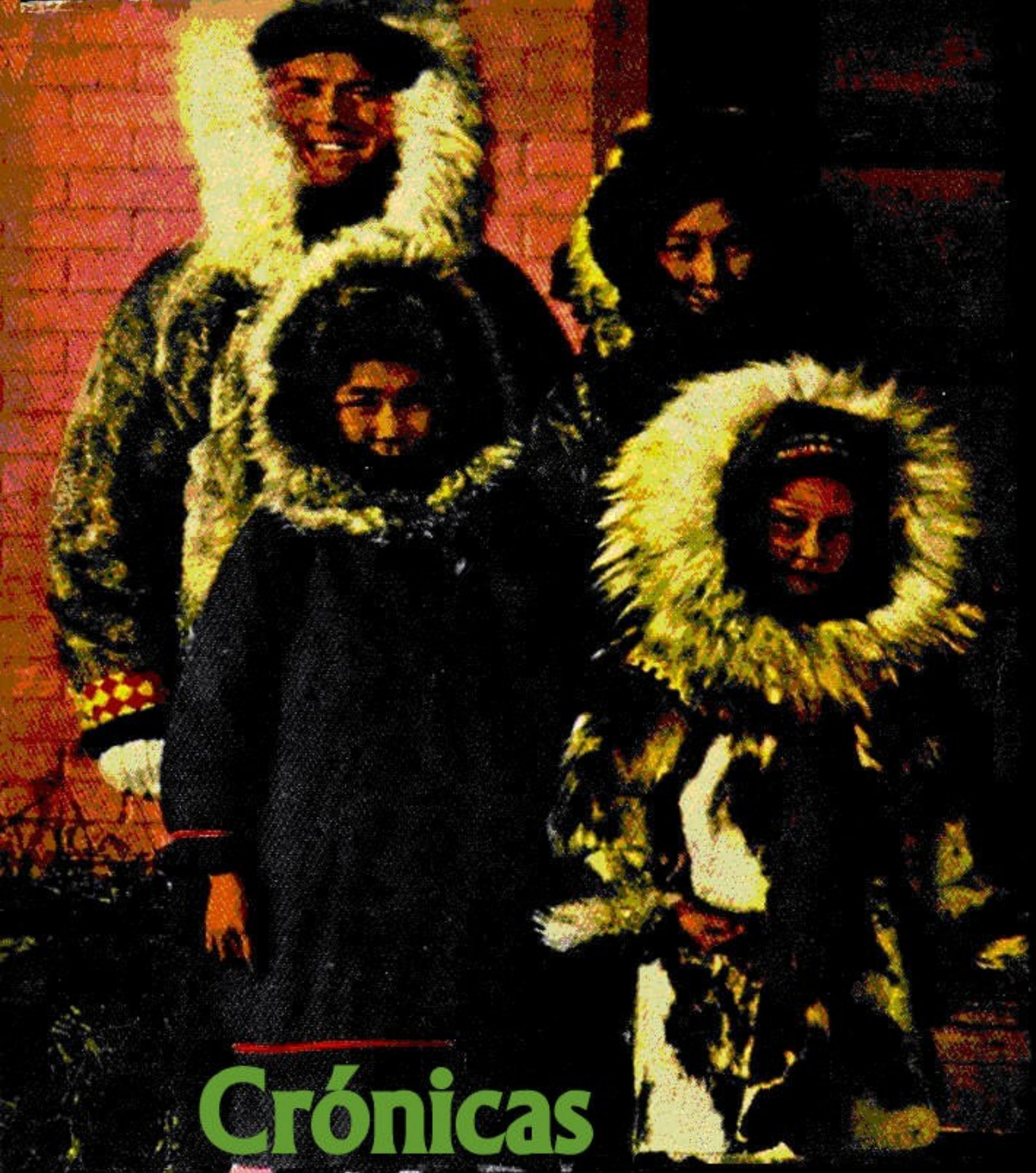




Crónicas Akulurakeñas

SEGUNDO LLORENTE, S. I.

Crónicas Akulurakeñas

Continuación de

DE LA DESEMBOCADURA
DEL YUKON

por el

P. SEGUNDO LLORENTE

de la Compañía de Jesús

EDITORIAL
EL SIGLO DE LAS MISIONES

1 9 6 4



KUSKOKWIM-GOODNEWS DRAINAGES





ÍNDICE

BALANCE DE BENEFICIOS.....	6
MI CESTO DE CARTAS.....	13
¿EXAGERACIONES O "ADORNOS"?.....	23
LA AUSENCIA DEL HERMANO COADJUTOR.....	33
METODOLOGÍA PRÁCTICA.....	41
A TRAVES DE SUDAMERICA.....	49
DE CENTROAMÉRICA A ALASKA.....	60
LAS MISIONES CAPUCHINAS DEL CARONI.....	67
¡HUÉRFANO DE PADRE!.....	76
LA MUELA DEL JUICIO QUE ME LO ESTABA HACIENDO PERDER.....	83
PEPE KAYAGOAK, CAZADOR DE PRO.....	90
DE TROTAMUNDOS A MISIONERO.....	98
MONS. FITZGERALD (1883-1997), SEGUNDO OBISPO DE ALASKA.....	105
LAS FAMILIAS ANTE LA VOCACIÓN MISIONERA.....	114
CONSEJOS PRÁCTICOS A LOS ASPIRANTES A MISIONEROS.....	119
EL MES DE MAYO EN AKULURAK.....	132
MATRIMONIOS ESKIMALES.....	139
SUPERSTICIONES Y HECHICERÍAS.....	146
LA PESTE DE LA ISLA DE SAN LORENZO.....	155

BALANCE DE BENEFICIOS

Blondy, la predilecta

Acabo de hacer ocho días de Ejercicios Espirituales que me han renovado en el espíritu y me han hecho apreciar una vez más la inestimable triple gracia de mi vocación al estado sacerdotal, al estado religioso y al estado (¿por qué no llamarlo así?) de Misionero entre los eskimales de la península de Alaska.

Corría el mes de enero con sus nieves seculares, con sus brisas norteñas nada agradables y con sus brumas tristes cargadas de soledad.

Enfundado hasta los ojos en mis pieles de reno, foca y almizclera, con una ración apreciable de pan y queso en el bolsillo y armado de un bastón bonito que en otro tiempo fue mango de una escoba prosaica, salía yo todos los días de Ejercicios al campo nevado con mis pensamientos y el Ángel de la Guarda por compañeros invisibles y Blondy, la perra de casa, por único compañero bien visible.

Blondy tiene tres años. Cuando nació, nacieron con ella siete cachorras y dos cachorros, una verdadera catástrofe, porque lo que aquí necesitamos son perros que tiren del trineo, y no perras señoronas y melindrosas que no saben más que implorar zalamerías.

Todas las cachorras fueron condenadas a muerte fulminante tan pronto como nacieron. Todas menos Blondy. Blondy era tan extraordinariamente blanca y de talle tan bien cortado que fue luego indultada e incluso promovida a la categoría de futura madre de los perros de Akulurak.

En atención a este indulto, Blondy no sabe separarse de mí, que es una prueba más de lo bien nacida que es y de su buena crianza. Blondy sabe cuándo quiero guardar silencio y cuándo quiero divertirme. Me lo debe conocer en la cara o en la mirada o en las dos cosas.

Cuando salimos a divertirnos, corre en todas las direcciones y persigue furibunda a los conejos del matorral y a las aves árticas del bosque. Cuando salimos a meditar, me sigue cabizbaja y acomoda su paso al mío.

Si me siento, se sienta ella; si me recuesto en el tronco de un arbusto, se tiende ella en la nieve y, cuando meriendo, participa ella de una razonable porción de pan y queso que saborea despacio mientras mueve agradecida aquella cola remonísima que Dios le dio.

¡Qué forma tan patriarcal y tan bucólica de hacer los Ejercicios en el silencio de esta naturaleza despoblada!

Mirada retrospectiva

En la «contemplación para alcanzar amor», que es la última meditación que pone San Ignacio en los Ejercicios, se invita al ejercitante a recapacitar sobre los beneficios recibidos de Dios y a darle gracias por ellos.

En los cuatro años y medio que llevo al frente de este distrito y escuelas, Dios nuestro Señor ha llovido sobre nosotros tal inundación de beneficios, que no sabe uno cómo empezar siquiera a agradecerse los debidamente.

Donde hay cien niños reunidos diariamente, tiene que haber por fuerza accidentes dolorosos, máxime cuando viven rodeados de ríos, arroyos, lagos, charcas y pantanos sin fin.

Hace veinte años se cayó al río un huerfanito de aquí y no se le volvió a ver. Otro se tiró a nadar y desapareció para siempre. Dos se metieron en el agujero de un kayak, perdieron el equilibrio en mitad de la corriente y perecieron ahogados.

Hace sólo cinco años dos chicos se escaparon y no se volvió a saber de ellos. Un año se murieron siete niñas y dos niños, todos tuberculosos.

Un verano los perros de Akulurak cayeron sobre un niño de cinco años y lo despedazaron en menos de dos minutos. Para dar satisfacción al público, hubo que fusilarlos a todos uno tras otro y pedir prestadas perros ajenos que no habían probado sangre humana y por consiguiente, no la apetecían. Un chico al disparar la escopeta perdió un dedo que dio bastante quehacer por los amagos continuos de gangrena. Otro se emborrachó inhalando vapores de gasolina a escondidas, y se fue a esconder en el vaporcito, pero se cayó y fue hallado cadáver en el fondo del río.

Asimismo el convento de las Ursulinas se quemó y tuvieron que

trasladarse a la iglesia con todas las niñas hasta que se edificó otro más amplio y mejor acondicionado.

Al año de abandonar la iglesia, se quemó esta y estuvieron sin iglesia hasta que se levantó otra, por cierto mucho mejor que la quemada.

Un año se partió por la mitad y se hundió rápidamente el vaporcito de la Misión que venía abarrotado de provisiones para el invierno de nueve meses que se avecinaba. Todas las provisiones se fueron al fondo del Yukón menos los veinticinco sacos de azúcar que se fueron con la corriente a dulcificar un poco las sales marinas del Estrecho de Bering.

Dos chicas mayores enloquecieron y fueron trasladadas con toda paz a una casa de salud sin haber causado daño alguno, pero dieron el susto que todos nos imaginamos. Finalmente un año la situación económica llegó a tales angosturas que se decretó oficialmente el cierre de las escuelas, aunque el último minuto Dios intervino y todo continuó sin novedad.

Beneficios sinnúmero

¡Cuántas calamidades, cuántas desgracias, cuántos apuros y qué sustos se han llevado los pobres misioneros encargados por obediencia de esta parcela de la viña del Señor!

Cuando me dijeron a mí que tenía que continuar la labor comenzada aquí hace más de cuarenta años, le dije al Señor que la continuara El, que yo sería los brazos y las piernas, pero El fuera la cabeza y el corazón.

Le dije también que le ofrecía para ello todas las oraciones que se habían ofrecido, se estaban ofreciendo y se ofrecerían en adelante por la Misión de Alaska, y con este ofrecimiento por delante me sentí con fuerzas para todo.

Al volver ahora la vista atrás y recapacitar sobre los beneficios que Dios nos ha concedido, veo con pasmo que todo han sido beneficios y que ha apartado amorosamente de nosotros aquellas desgracias que enumerábamos más arriba.

Bien miradas las efemérides de estos años, saltan a la vista beneficios sin número, aunque no fuera más que por la ausencia casi total de accidentes dolorosos que, en fin de cuentas, no pueden faltar absolutamente en este valle de lágrimas.

Yo mimo me hundí debajo del hielo una vez, pero salí sin novedades y quedé —si vale decirlo— remozado y como fortificado. Se nos quemó un

barquito —el famoso «Amadeo» del río Negro—, pero sin accidentes que lamentar y después de haber terminado otro vaporcito tres veces mayor que es el orgullo del Yukón y se llama el «Sifton».

Los perros y los mosquitos

El único que pudiéramos llamar accidente un poco serio fue el susto que nos dio Anunciata, una huerfanita de siete años. Habían salido las niñas al campo a coger moras y se habían desperdigado por aquellos alrededores con la Madre Escolástica por inspectora.

Era una tarde de fines de junio plagada de mosquitos que tenían a los perros medio rabiosos. En días sin viento los mosquitos de junio y julio son algo pavoroso y los perros atados son los que más pagan el pato.

Para aliviarlos, acostumbraba yo soltarlos y llevarlos de paseo a los lagos que se suceden aquí cerca, como los eslabones de una cadena sin fin.

Los perros corrían, se echaban al agua, bebían a bocados cada cinco minutos, volvían a correr juguetones que no les faltaba más que hablar, nadaban otro poco, volvían a correr en todas direcciones con la lengua colgando, y para decirlo en dos palabras, gozaban lo que se dice al por mayor.

Cuando corrían en direcciones opuestas y se daban encontronazos imprevistos, se armaba una riña que yo cortaba con dos voces estentóreas que les eran muy familiares, y así siempre que los mosquitos apretaban demasiado.

Este día el campo de las riñas no fue así. Once perros se echaron sobre uno a quien odiaban porque era más bonito que ellos y los ganaba a correr. Les separé a palo limpio, pero con tan mala fortuna que el palo se me hizo astillas.

Para defender a «Príncipe», le cogí del collar, quedando yo algo así como prisionero y sin palo.

«Banjo», un perrazo negro con ojos de mala entraña, se echó a campo traviesa y le siguieron todos, lo que se me antojó aquello una partida de lobos en busca de la presa. Al poco se me perdieron de vista. Media hora más tarde se había consumado el accidente.

El susto de Anunciata

Los perros corrieron hacia las niñas, pero sin intención de molestarlas, pues se habían criado con ellas y las conocían poco menos que por los nombres.

Pero Anunciata iba detrás muy apartada de las demás, vio a los perros, comenzó a chillar angustiosamente como hacen los conejos a punto de ser alcanzados, echó a correr, los perros echaron tras ella con más curiosidad que mala voluntad, Anunciata cayó en la yerba y todo el montón de perros se echó encima de ella.

¿Por qué no la comieron? Por un milagro. Tuvieron tiempo para no dejarle ni los huesos.

La mordieron con aullidos feroces; se trabaron en una riña bestial encima de ella, la pisaron, la estrujaron, la volvieron a morder, la arrastraron tirando en direcciones opuestas y así iba aquella escena macabra hasta que llegó sin aliento la Madre Escolástica sin palo y sin nada y los ahuyento a puntapiés, que fue otro milagro, porque acercarse a separar estos perros sin una estaca o mejor sin una cadena es exponerse a ser uno devorado fulminantemente. Los separó a puntapiés, cargó con Anunciata toda ensangrentada y la llevó a casa, donde la curaron las monjas provisionalmente. Un judío que pasaba por aquí en aeroplano en busca de pieles de almizclera, nos la llevó gratis al hospital de Bethel, donde se curó sin novedad. Cuando volvió a la Misión sin una oreja y con cicatrices acá y allá se me arrasaron los ojos en lágrimas y subí a la capilla a dar gracias a Dios por habérmola devuelto sana y más alegre que unas pascuas.

Al poco la creció el pelo, quedando la oreja escondida en una melena de cabellos que como al acaso flotaban continuamente.

«Banjo» fue fusilado en juicio sumarísimo y todos los perros de Akulurak (aun los que no habían nacido aún) están sufriendo la condena de no volver a ser puestos en libertad por más que los martiricen los mosquitos en aquellos días bochornosos de fines de junio. El gato escaldado, del agua fría huye.

Para que no sea todo crueldad y venganza, dispongo a dos chicos que entretengan sus ocios haciendo hogueras de humo junto a los perros y ahuyentando así a los mosquitos, que nunca les ha gustado fumar.

Ahora llegan noticias de que han descubierto un producto químico que ahuyenta a los mosquitos durante tres meses con sólo aplicarlo una vez. Voy a comprar una cantidad razonable que aplicaré a los perros.

Si es cierta la noticia, dará gusto ser perro en Akulurak, tendidito a la sombra, todo el verano sin mosquitos que le hinchen los ojos ni le desuellen las narices. Este fue el fin del más trágico accidente sufrido aquí estos últimos años.

Bendiciones divinas

Como se ve, más que accidente fue milagro bien visible; una como llamada de Dios para hacernos ver cómo se encarga El de venir a subsanar yerros que nosotros cometemos atropelladamente.

Asimismo la salud de los niños no ha podido ser mejor. El único niño que ha fallecido fue mi Juanito, que debió heredar de su madre Effy la enfermedad, o bien su madre desde el cielo alcanzó de Dios que lo sacara de la tierra, pues se nos murió sin saber hasta hoy qué enfermedad lo mató.

Como el único padre que le quedaba en este mundo era yo, y como los misioneros no tenemos acá ciudad permanente, no fue desgracia la muerte de Juanito, sino misericordia de Dios, y bien grande.

En cambio hemos tenido más niños que nunca y viven alegres y juguetones que alegran la vida con sólo mirarlos. Nunca nos ha faltado nada.

Las familias vienen a la Misión y no los sacan violentamente como hacían antes, sino que les traen prendas de vestir y les amonestan que sean buenos y obedezcan al Padre.

He casado últimamente veintiuna chicas mayores que han establecido otros tantos hogares cristianos presididos por el Crucifijo y dos estatuitas: la del Sagrado Corazón y la de la Inmaculada.

Así vamos extendiendo el reinado de Jesucristo por estas lomas del Polo Norte. En los doce meses que acaban de transcurrir, he repartido más de 27.000 comuniones y he oído más de 4.000 confesiones. El señor Obispo nos visita y nos dice que Akulurak es la niña de sus ojos, no sé si por cumplido o por convicción.

El R. P. Provincial del oeste de los Estados Unidos nos visitó y me declaró que la existencia de esta Misión en estas pampas perdidas en la inmensidad de la nieve le parecía un milagro vivo y expresó deseos de venir

a trabajar conmigo aquí cuando le releven del cargo que dice le está aplastando.

El Gobernador de Alaska pasó un día con nosotros y se hacía cruces al ver lo bien educados que están estos hijos de las tundras heladas que hablan inglés, visten razonablemente bien, cantan, danzan al compás del tambor, guardan filas y obedecen como soldados en el campo de batalla.

El buen señor no se hartaba de preguntarnos cómo nos las arreglamos para mantener tantos niños, cómo los traemos, cómo los conservamos, cómo no nos hastiamos de vivir en esta soledad por donde no pasa un blanco si no es de Pascuas a Reyes, y así por el estilo.

Dios nos está bendiciendo.

Al hacerlo así, se hace acreedor a nuestro reconocimiento y gratitud, y al llegar aquí me pregunto yo: ¿Por qué nos bendice Dios tan palpablemente? Claro está que lo hace porque es nuestro Padre, que ni deja sin manjar a las aves del cielo, ni deja que se nos caiga un cabello sin que Él lo vea.

Pero de ley ordinaria estos beneficios son fruto de la oración y del sacrificio. ¿Quién reza por Akulurak? ¿Quién se sacrifica por ella? A estas preguntas legítimas quiero responder clara y lealmente con las líneas que vendrán en seguida.

II

MI CESTO DE CARTAS

(Viaje mundial epistolar)

En busca de las causas

Akulurak sigue en pie y los de Akulurak vivimos una vida feliz gracias a las oraciones y sacrificios ofrecidos por nosotros a Dios en los cuatro puntos cardinales.

Me lo insinuaron caritativamente las sevillanas Blanca Martínez Barón y María Isabel Benavides en una carta común que me escribieron hace dos años y medio, y dice así en uno de sus párrafos:

«Pedimos por usted todos los días. ¡Cuántas sorpresas se va a llevar el día del Juicio cuando conozca a tantas personas que durante la vida han pedido, se han interesado por sus cosas y han vivido en cierto modo (ya que Dios no los quiso para otra cosa) toda esa vida del misionero tan llena de trabajos siempre y tan llena de consuelo a veces!»

¡A la letra!, replico yo.

Quiero hoy agradecer, como es razón, esas oraciones y sacrificios.

Mi cesto de cartas

Todos los que me hayan escrito desde el verano de 1941 han corrido el riesgo de que sus cartas se hayan extraviado. Muchas de esas cartas llegaron finalmente a mis manos después de haber recorrido sus respectivos trayectos en zigzagueos fantásticos que las entretuvieron alrededor de un año.

Algunas traían matasellos de puertos hispanoamericanos. Leídas y meditadas como lo merecían, las guardé en una cesta de mimbrres para

volverlas a leer en noches oscuras de invierno y en espera de tiempos más propicios cuando la guerra global hubiera terminado y mejorase el servicio postal universal.

Desde el extranjero veíamos a nuestra España como en empanada, rodeada de guerras por todas partes y amenazada constantemente de intervención por parte de los beligerantes.

En semejante situación escribe uno con dudas de si llegarán o no las cartas. Una carta escrita con esas dudas no puede ser carta. No se puede poner en ella el alma, por así decir, y resulta más bien un anuncio de periódico escueto y descarnado.

Yo opté por cortar de tajo la correspondencia sentimental y ceñirme exclusivamente a la oficial o de negocios. Hoy, al poner en orden la correspondencia de cuatro años, vuelvo a pasar los ojos por aquel montón de cartas, carga más preciosa que el oro y el platino de estas minas y, en mi incapacidad física de contestarlas todas personalmente, quiero hacer mención honorífica de ellas, máxime de las que estoy cierto que nunca he contestado. Para mí es ésta una deuda de justicia.

Probablemente muchos de los que firmaron esas cartas han cambiado ya de dirección: han entrado en conventos o seminarios, se han mudado, han contraído matrimonio o también han ido al cielo a rogar más de cerca por las necesidades de las Misiones y sus misioneros.

Estas cartas no pueden quedar sin alguna sombra de respuesta. Las hay que son un grito agónico de alma en pena que pide a toda costa siquiera dos líneas que les harán felices por venir de las lomas del Polo Norte.

Las hay muy resignadas; pero todas o casi todas insinúan la alegría que recibirán con dos letritas de respuesta, y a eso venimos: a las dos letritas de respuesta. A la cabeza de todos quiero poner el nombre del ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo de la Asunción en el Paraguay, don Juan Sinforiano Bogarín, que a sus ochenta y un años se sienta a charlar conmigo y me alienta paternalmente en cartas de su puño y letra escritas a mano con un garbo y galanura que ya los quisieran más de un bachiller y más de dos.

Me consta que alguna carta que le escribí, se extravió, y quiero una vez más testimoniarle mi filial agradecimiento.

Por el norte de España

Vamos ahora a las Vascongadas, tierra de San Ignacio de Loyola, y

saludemos en San Sebastián al obrero Javier Ruiz, que se las amaña para ahorrar de su sueldo en favor de las Misiones, y me asegura que no me olvida en sus oraciones.

Hasta manda recuerdos para Elías, mi compañero de martirio en los ahogos de todos conocidos. No hay duda de que si todos los obreros del mundo fueran como Javier Ruiz, el problema social de clases no existiría, y las desavenencias entre burgueses y proletarios no habrían sido aún inventadas.

¡Eres un bravo, Javier, eres un bravo y te envío aquí un saludo agradecido!

Y ya que estamos en Vasconia, sepa el señor Alonso Pérez, de Guernica, padre de ocho hijos, que he leído su carta con verdadera emoción y que ruego diariamente a Dios que se salven todos después de haber sido apóstoles celosos del reinado de Jesucristo en España y en el mundo. Las firmas de los pequeños, muy majas y emocionantes.

En Vitoria tenemos dos bienhechoras en dos colegialas de las Madres Ursulinas que se llaman Merche Unceta y Merche Rabanera. Propiamente hablando se llaman Mercedes, y así las llaman las Madres cuando las riñen por sus travesuras, pero en los recreos y en familia son Merche.

Lo bueno es que oran tanto por las Misiones que hasta se van haciendo a la idea de ser ellas mismas un día misioneras de verdad. Probablemente las enciende en deseos tan santos la Madre María Francisca de Borja, que me escribe una carta de oro contándome el fervor de aquellas comunidades por las Misiones.

La carta la cierra con broche, asimismo de oro, la Madre Marcelle du Sacre-Coeur, francesa de nación, pero muy española de corazón, y muy amante de las Misiones. En Las Arenas tenemos a la vizcaína Rosa Martínez que, después de rasgar cuatro cartas que me había escrito, a la quinta fue la vencida y me le envió muy decidida.

Quiere venirse por acá a ayudarme a salvar a todos los eskimales; y, si la dejaran, lo haría. ¡Qué pena ser pequeña aún y tener madres que no entienden de fervores juveniles! Pero no desespere, Rosa; que si ahora es usted un botón, se abrirá al fin el día de mañana y podrá usted esparcir su perfume de caridad por este mundo que le necesita más que nada.

No lejos de allí está Navarra, y en Estella saludamos a María Fernanda de Eraso. Me dice con algún retintín que ya sabe que cuesta un triunfo recibir contestación mía, pero me escribe generosamente para decirme

cuánto reza por nosotros los misioneros y por los pobrecitos infieles.

Por Cataluña y Mallorca

Si pasamos a Cataluña, nos espera en Ganduxer, 41, de Barcelona, le entusiasta colegiala Lolita Sartorio. ¡Vaya lo que me hizo reír su carta!

Me da cuenta de una pestilencia que estaba entonces asolando los campos catalanes y que yo no llamo pestilencia, sino bendición de Dios en estos tiempos tan tristes y temerosos.

Es la pestilencia del: «¿Que le dijo?» Me cita tres que quiero copiar aquí. ¿Qué le dijo el 2 al 0? ¿Qué le dijo? ¡Veinte conmigo! ¿Qué le dijo el calvo a la radio? ¿Qué le dijo? ¡Cómo envidio tus ondas! ¿Qué le dijo el gato a la gata? ¿Qué le dijo? ¡Miau!

Así me gusta, Lolita, niña y todo ya se entusiasma con las Misiones y hasta se ha hecho misionera enseñando el catecismo a los niños pobres del barrio. Si algún día llega usted a abadesa, va a tener una Comunidad más alegre que unas castañuelas. ¡Animo!

A los catalanitos José O. Prats, María Sabaré, Antonia y Pilar Viladomín, Matilde y Carmencho, quiero hacerles saber que sus fotografías infantiles hicieron furor entre los niños y niñas de Akulurak y que las tuvimos que rifar para evitar toda sospecha de favoritismo e injusticia, ¡Qué almas tan buenas se crían en Cataluña!

De ahí son también Ena Pérez y su hijo Mario de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, tan amantes de las Misiones y que tanto rezan por mí y mis eskimales. Dice la buena señora que mis peripecias causan a la vez risa y lágrimas, y, como no es ella la única que lo dice, lo he llegado a creer.

Vaya también mi saludo cariñoso y agradecido al seminarista tarraconense Juan Tomás, que arde en deseos de ayudar a las Misiones. Como yo fui seminarista cuatro años en León, tengo un cariño especial a los seminaristas y me alegra mucho verlos fervorosos y con anhelos universalistas de redención.

El seminarista es una planta mucho más delicada que esas exóticas que crecen en invernadero. Los vi caer a diestro y siniestro durante las Navidades que pasábamos con nuestras familias y luego durante el verano que pasábamos también en nuestras casas respectivas. Muchos ánimos, Juan, y que te veamos ordenado y hecho un apóstol en tu parroquia.

Doy asimismo gracias a la barcelonesa Montserrat de Clarasó por lo

mucho que reza y se sacrifica por las Misiones, y en esto la ayudan las 120 obreras de la escuela Nocturna del Sagrado Corazón del Pasaje del Crédito en la misma Barcelona.

Estas obreras se trasladan en espíritu a los sagrarios fríos de Alaska para hacer compañía a Jesús, y ofrecen por los misioneros las horas de trabajo, las penurias anejas a la escasez y la lucha diaria para conservarse puras y buenas en medio de los peligros de este mundanal espíritu que nos envuelve como red de pescar.

Así me lo asegura su portavoz, Concesita González, que añade otras noticias sumamente interesantes para un sacerdote como soy yo.

Ni son solas las mujeres. El ilustre abogado don Jaime Pernau Muntadas me recrea con su lenguaje y me notifica que ni se olvida de encomendarme en sus oraciones ni de encomendarse en las mías.

Lo mismo hacen otros dos catalanes Carlos María Guitart y su hernian Ricardo, que me envían a la vez sus oraciones y su cariño.

Y si de un salto pasamos a Mallorca, nos esperan allí Juana Pericás y Francisca Vidal que llevan ya varios años pidiendo por las Misiones en general y por Alaska en particular.

Lo mismo hacen María del Carmen y María de Lourdes Massanet Zaforteza, hábilmente dirigidas por su hermana mayor María Luisa, que no conoce ratos más felices que los que pasa ante el sagrario de su oratorio privado pidiendo a Jesús por la salvación del mundo infiel.

De nuevo por el Continente

Volvamos al Continente que nos esperan en Valencia, Rosario Alcayde Miranda y la religiosa de María Reparadora Sor María de San Esteban que se ocupa de mi salud corporal como si fuera mi propia madre y nunca se olvida de ofrecer sacrificios por el robustecimiento de mi salud espiritual.

En Elda de Alicante, nos encomienda a Dios María Rosa Meleiro Marcos, niña aún, pero ya celadora de las Misiones y con muchos deseos de hacer por ellas cuanto esté en su mano.

En Murcia saludamos a los seminaristas Julián Chicano Peñaranda y Adrián P. Rolles, que en el Seminario de San Fulgencio se preparan para ser un día continuadores de la obra divina de Jesús, de llevar las almas por la senda del cielo.

La carta de Julián es algo imponente. A los 16 años describe ya con mano maestra las glorias de Molina de Segura, su pueblo natal y tan vivos son los colores con que lo hace que su lectura ha sido una de las mayores tentaciones que he tenido de abandonar estos desiertos de nieve y hielo y trasladarme a aquellos jardines murcianos por los que discurren procesiones impresionantes con imágenes de un valor escultórico supremo.

Con artistas como Julián, Molina de Segura no tiene peligro de caer en el olvido de las gentes, y en esto nos da ejemplo a todos los españoles que debemos amar dentro del mundo a España, dentro de España a nuestra provincia, dentro de nuestra provincia, a nuestro pueblo y, ya dentro del pueblo natal, a nuestra parroquia y escuela, a nuestra calle y a nuestra casa, aunque sea de adobes como la de Nazaret.

¡Bravo, Julián!, que Dios te pague el buen rato patriótico que me has dado, y date prisa a escribirme otra carta y contarme si ya se terminó el monumento al Corazón de Jesús en el montículo que señorea todo el caserío de Molina.

Las barbas y la edad

Pero no hemos terminado aún con Molina de Segura. Serafín Sánchez Beneyto, natural de Molina, en colaboración con Francisco García Cantero del cuartel de la Guardia Civil de Linares, en Jaén, me escriben una carta majísima contándome el chasco fenomenal que se llevaron cuando vieron mi retrato en EL SIGLO DE LAS MISIONES y me vieron, no con unas barbas lacias y hecho un viejo más chupado que una pasa, sino joven poco menos que imberbe.

Para ellos el misionero tiene que tener barbas y ser viejo o entrado en años. Tampoco pueden hacerse a la idea de que vivamos aquí sin naranjas. Cartas como ésta no tienen precio, y a mí sencillamente me alegran la existencia.

Pero satisfagamos las dudas legítimas de nuestros amigos Serafín y Francisco. En Alaska las barbas no resultan. En el verano, sí. Yo mismo me dejo crecer la barba en el verano para que los mosquitos no me lleguen al cutis del rostro, aunque nunca me he sacado el retrato con ella porque parezco un salteador de caminos; pero en el invierno el aliento se congela alrededor de las barbas y cada pelo se convierte en un carámbano.

Los carámbanos del bigote se entrelazan con los de las barbas y forman un bloque de hielo que impide al barbudo señor abrir la boca. Esto

no es cuento tártaro sino el pan nuestro de cada día.

Los únicos que se dejan aquí crecer la barba son gentes de vida sedentaria que no necesitan salir por esos mundos en busca de almas y se pasan la vida jugando al tute junto a una estufa en la que chisporrotea el fuego 24 horas diarias.

Además se dejan la barba por flojera de no afeitarse, aunque ellos aleguen la tradición, arte antiguo, autoridad, herencia de familia y otras zarandajas por el estilo.

Queda, pues, probado palmariamente que la carencia de barbas no implica disminución de celo misional aquí en las lomas del Polo Norte.

Y en cuanto a no ser viejo, yo me tengo ya por viejo. El 18 de noviembre de este año, si Dios quiere, cumpliré 40 años más redondos que el sol; y cuando yo tenía diez arios, creía que un hombre de 40 era un Matusalén.

Las fotos unas veces lo mejoran a uno y otras le hacen parecer un guirrio.

Por tierras andaluzas

Y con esto y con un saludo a la murciana Obdulia Martínez Castroverde nos trasladamos a Granada para pagar nuestra deuda de gratitud al congregante Antonio Jimena Gálvez, que nos encomienda todos los días a la Sma. Virgen. Lo mismo hacen los seminaristas de Cartuja, entre los que recuerdo ahora a José María Marín.

La cordobesa Mari Sol Fernández, de Alocar, me manda un recorte del periódico de la localidad donde leo un suelto sobre Kotzebue y su misionero, que quiero agradecer aquí como se merece.

Otra compatriota suya, Hija de María, Rafaela Cortés Delgado, nunca nos olvida a los eskimales en sus oraciones ante el sagrario, como lo hacen los buenos seminaristas del Seminario de San Pelayo enfervorizados por su P. Espiritual, de la Compañía de Jesús.

En Málaga pocos ganarán a escribir cartas al bachiller José García Gómez de Acorcho, que espera ser un día otro Javier por esos mundos de Dios.

Su compatriota de Antequera, Ana María Moreno, me dice como por casualidad, que en su pueblo se han encuadrado en la Propagación de la Fe como unos 40 coros, que es señal evidente del fervor misional que se va

esparciendo por los campos de acción del inmortal misionero Padre Arnáiz, S. J.

En Cádiz estamos como queremos. La Madre Petra Guerrero, del Colegio de las Esclavas, con un ejército de bachilleras que la secundan, bombardea sin cesar el cielo para alcanzar pronto de Dios la conversión de todos los eskimales. El cartero de Kotzebue conocía ya la letra de las colegialas de Cádiz, que era toda igual, muy picuda y tirada hacia atrás. Apellidos como Cervera y Pemán, me hacían arquear las cejas y humillarme reverente. Varias de aquellas niñas ya son Religiosas. ¡Que perseveren, Dios mío, que perseveren en vuestro santo servicio hasta después de muertas!

¿Y qué decir de Adelaida Sánchez, Margarita Varela y Carmen Durán, tres niñas que se enfadan porque quieren venir a ayudarme y sus papás no las dejan porque son aún muy pequeñas? Copio de la carta que escribieron juntamente:

«Nosotras podríamos tener catequesis de niñas y se las preparábamos a usted para cuando fueran a la noche a dar su lección. El frío no nos asusta, porque nos pondríamos pieles como usted, pero hasta que seamos mayores no nos van a dejar ir. Por esto, cuando esté usted muy solo y aburrido, sepa que le están pidiendo al Señor del sagrario del Colegio tres niñas que lo quieren mucho y le envían sus recuerdos,

Al leer esta carta, me levanto, piso fuerte y doy un viva a España, que es madre de niñas como estas. En vez de muñecas y juguetes, aspiraciones universalistas de venir a catequizar a sus coetáneas de los eternos hielos. Hoy da gusto ser español.

Gaditanos son también el excombatiente de guerra en el «Canarias» Federico Facio y el seminarista teólogo Juan A. Cobos Porras, que se sentaron juntos a escribirme para hacerme saber que no me olvidan en sus oraciones y que quedan incondicionalmente a mi disposición.

Como es gaditano el bachiller diplomado Manuel Cerón Romero, que no contento con enviarme libros y oraciones y sacrificios personales, me asegura los de sus padres y hermanos que sienten el problema de las Misiones y siguen con interés las conquistas de los misioneros.

Asimismo las Esclavas del Puerto de Santa María tienen en su escuela más de 150 niños pobres que según me afirma la M. Carmen López, es tanto lo que se interesan por las Misiones que recibieron mi carta con verdadero delirio, y ahora ofrecen sus ratos de silencio por las Misiones y misioneros, y basta recordarles esto para que se callen inmediatamente. ¡Y lo que costará callarse a 160 niñas andaluzas! ¡Es como para llamarlo milagro!

En las Islas Afortunadas, Sevilla y Extremadura

En Algeciras saludamos a Catalina Furest Madroñal y tomamos el barco para las Canarias donde nos recibirá el bachiller Manuel Arteaga. Dice así Manuel con sus trece años recién cumplidos:

«¿Qué tal se está en las Misiones? Y usted me responderá: divinamente. Pero ese divinamente quiero que me lo explique. Escribame el doble de lo que yo le he escrito, porque yo no tengo nada que decirle; en cambio usted, eso ya es otra cosa.»

Pues nada, Manolito, estas páginas para ti. Te las dedico a ti. No te quejarás de que no te escribo largo y tendido. Agradecemos de corazón las oraciones y sacrificios que ofrece por las Misiones la señorita Luisa Domínguez de Fuerteventura, y volvamos al Continente que nos espera en Sevilla la Madre María del Sagrado Corazón de El Valle, que me cuenta cómo las niñas del Colegio hacen verdaderos sacrificios por las Misiones, y esas niñas llegan a quinientas, loado sea Dios.

En Archidona agradecemos a Lolita García Checa sus páginas hermosas llenas de amor a las Misiones, y lo mismo hacemos en Osuna con María Eloísa de Orio, Hija de María, que todos los días en la Sagrada Comunión pide por los eskimales y sus misioneros.

Del Colegio de la Compañía de María en Olivenza, Badajoz, me escribe una colegiala con el simpatiquísimo nombre de María Luisa Llorente. Cualquiera que tenga ese apellido, puede estar seguro de que, aunque me esforzara por ello, no podría olvidarle.

Con mi tocaya escribe Josefina Muslera y como son dos, quieren dos cartas, porque si no mando más que una, la tendrán que partir por la mitad.

Admirador como soy de Guzmán el Bueno y del general Moscardó, estoy tentado a mandar con la carta un cortaplumas para que les sea más fácil partirla en dos mitades.

Las buenas extremeñas me cuentan cómo se entusiasman cuando oyen algo de las Misiones y la pompa con que celebraron el último domingo Misional con dramas y todo, en los que precisamente las dos tuvieron el honor de participar.

Y un poco más arriba, en Trujillo, de Cáceres, tenemos a Ignacia Sánchez, que sueña con verse un día hecha una misionera real y verdaderamente. Hoy mismo volaría a Alaska si la dejaran; dejándonos con eso animados a trabajar mucho por los infieles, pues nos están guardando las

espaldas en casa almas tan fervorosas.

Pues los jovencitos que se educan con los jesuitas en Villafranca de los Barros, no digamos. De ahí saldrán más de tres misioneros andando el tiempo, y si no, a los hechos me remito. Un poco más arriba está Salamanca donde nos esperan sorpresas a granel, y nada menos que en el Colegio de las Esclavas.



¿EXAGERACIONES O "ADORNOS"?

(Viaje mundial epistolar)

Las Esclavas de Salamanca

Figúrense ustedes que un domingo misional me colgaron de una galería y me tuvieron así, colgado, todo el día. No me lo pueden negar, porque me lo cuenta con todos sus pelos y señales la colegiala Morir Begoña de Rotaeché que no puede mentir, aunque sin exagerar, porque me dice que tiene una tía Esclava, la Procuradora General, por más señas, y que como todas las Esclavas son hermanas, resulta que tiene centenares, tal vez miles de tías, y a eso le llamo yo una verdadera exageración.

Termina así su carta la exageradora Rotaeché:

«Contésteme, por favor, en plan de risa; que cuando usted se pone lo es un rato. Acuérdesse también que allí, en el Paseo del Rollo de Salamanca, tiene usted una colegiala que toditos los días en la Comunión pide para que entren en el ciclo a manadas los eskimales y algún día, lleno de gloria, el misionero P. Llorente.»

Aquí digo yo «gracias» y «Amén».

Pero no quiero dejar sin más a las Esclavas salmantinas, algunas de las cuales han tenido la osadía de albergar dudas mayores o menores sobre si exagero algo o muy poco en mis crónicas.

¿Cuántas veces lo voy a tener que repetir? ¡No exagero! Insisten que, si no exagero, por lo menos tal vez no venzo del todo la tentación de «adornarlos» un poco.

Bueno, aquí ya no puedo responder con un «no» tan rotundo. Al fin y al cabo estudié Retórica todo un año ahí mismo, en Salamanca, y, por

refractario que sea uno, siempre se pega algo.

La que me lo escribe, Madre Evelia Sánchez, me aplaca diciéndome que somos los dos leoneses. Con esta confesión quedan plenamente perdonados todos los pecados de duda como le sucedió con pecados semejantes al apóstol Santo Tomás.

Vaya también mi agradecimiento a la Madre María Luisa Lamamié de Clairac, cuyo apellido debe tener para los ángeles melodías de cielo.

En Yebenes, de Toledo, tengo cm amigo lo que se dice de verdad; el jovencito César Pérez Calvo, que se sabe casi de memoria cuanto ha leído acerca de Alaska.

Sabe cómo se dice «nieve» en eskimal: «kanikchak».

Voy a darle otra muy típica: «está nevando»: «kanlitok».

¿Quiere otra? Allá va: «buenos días», «juakka». Creo que basta por hoy, ¿no? Si desea más, dígamelo.

Lo que más le duele a César es pensar que no me acompaña él cuando me echo al campo en trineo y me pierdo de vista por esos campos blanquísimos, como sábanas sinfín recién lavadas y planchadas. Realmente con almas como César iría uno al fin del mundo sin que lo matasen penas ni cuidados. Gracias, César, y sepa que también yo le encomiendo a Dios. ¡Pues no faltaba más!

En Madrid, capital de España

Y vamos a Madrid, que así como es la capital de España, así es también donde tenemos más amigos. Conozco a la legua la letra de Pilar Calvo de León por sus rasgos vigorosos que parecen tajos y mandobles con una tizona de las buenas de Toledo. Quedo muy agradecido a sus frases de aliento y a sus oraciones y tenga por cierto que se lo pago en la misma moneda, como es razón y lo pide la buena crianza.

No lejos de usted, en la calle del Pez, quiero saludar al alumno de los PP. jesuitas Antonio Sánchez Pastor, miembro de la Juventud Española Misionera que todos los domingos ofrece la Misa y Comunión por las Misiones y me cuenta mil peripecias de su vida por esos Madriles.

Lo mismo hace el jovencito de doce años, Agustín Suardiaz, que vive en Diego de León y tiene un amor inmenso a las misiones entre infieles. Me pregunta candorosamente si es difícil o fácil la vida del misionero.

¡Ay, Agustín, Agustín, qué preguntas tienes!

¿Por qué no me preguntas, por ejemplo, cuántos lobos he visto en los bosques a lo largo de los ríos, cuántas liebres he cazado, cuántos bautismos tengo al año, cuántos sermones predico al mes, a qué sabe el salmón curado en humo, etc., etc.?

Algo concreto, que pueda ser respondido en concreto. Pero se ve que tú eres filósofo por vocación y te tiras a lo abstracto y universal.

Pues te diré. La vida de misionero es en sí muy difícil; pero Jesucristo derrama tanta miel en la boca, que a mí me parece una vida muy fácil.

¿Te das por satisfecho? Con lo filósofo que eres, me atrevo a decir que sí.

Pues nada, Agustín, que te veamos hecho un Javier por las inmensidades de China.

Amanda G. de Aledo, madrileña, me escribe cartas que conservo aparte, pues me vienen de perlas cuando las tormentas se eternizan y ya casi no queda qué leer. Entonces la lectura de esas cartas es como una inyección de optimismo, esperanza, celo, resignación y espíritu de trabajo: todo junto.

Me cuenta sus actividades en los Círculos de Estudios organizados por la Acción Católica, cargando las tintas en la labor cultural y de caridad religiosa que se está llevando a cabo en los barrios y parroquias pobres de Madrid.

Son cartas largas, jugosas y repletas de noticias de alta envergadura. España necesita ese género de apóstoles caseros. Por fortuna los tiene; y todo induce a creer que la faz de España será muy otra si Dios nos otorga unos años más de paz y libertad religiosa.

Apostolado de unas Congregantes Marianas

Parecidas a Amanda en el celo por la gloria de Dios son María Sacramento Cala Martín y su hermana María José, de la Congregación Mariana de Madrid, y su gran amiga, también congregante, Trinidad Aragón y Gómez.

Sacramento y su hermana pasaron toda la guerra en el Madrid rojo y me cuentan lo que vieron, oyeron y palparon. Cuentan también cómo se las arreglaron para oír misa clandestinamente.

Las dos cartas, sumadas, tienen veintidós páginas que se me hicieron

cortísimas una noche de invierno y me sirvieron de lectura espiritual y de puntos de meditación para el día siguiente.

Antes del Movimiento, la juventud española no escribía así ni a cien leguas.

Trinidad pasó la guerra de enfermera en las huestes de Franco y me cuenta sus experiencias con la nieve de ls Pirineos, donde tuvo el honor de ver bajar el termómetro a 30° bajo cero.

Ahora las tres amigas me cuentan sus actividades en la Congregación Mañana: buena prensa, propaganda, Ejercicios, visitas a cárceles y hospitales y campañas en pro de la pureza de la juventud. Algo verdaderamente monumental; tan cristiano, tan divino, ciertamente inspirado por el Espíritu Santo.

Tienen también muy bien organizadas las catequesis en los barrios pobres de la capital. Me cuenta Trinidad que un día las acompañó el Padre Grech al catecismo.

Llevaban láminas gráficas grandes que enseñaban a los noventa que se reunieron entre niños y niñas para que los grabados les metieran por los ojos el catecismo. Una lámina representaba a la Santísima Trinidad, y el jesuita preguntó quién sabía lo que Dios Padre tenía en la mano.

Un chicuelo muy decidido se levantó con aires de triunfo y muy contento respondió:

—Tiene una varita mágica.

Esta respuesta me recuerda a mí otra que dio un chico de mi parroquia cuando tenía yo ocho años.

Nos acababa de explicar el señor cura lo de la estrella de los Magos, y para cerciorarse si atendíamos o no, se paró de pronto y preguntó en general cómo se habían enterado los Magos de que había nacido el Niño Jesús. Todos nos callamos como muertos hasta que al cabo de un rato de silencio ominoso, se levantó Daniel a responder muy satisfecho.

—A ver, Daniel —le dijo el párroco—, diles a estos zoquetes cómo se enteraron los Magos.

Y Daniel respondió:

—Por un boletín.

Nos asustamos cuando el párroco le agarró por las dos orejas.

Antes de dejar a Madrid despedámonos de la Madre María del Pilar Ibarlucea. Me escribe una carta que firmaría gustosa Santa Teresa y, a fuer

de agradecido, debo manifestarle mi más profundo aprecio.

Dice que en su Comunidad viven como en Alaska, pues ya conocen y se saben de memoria a Kotzebue, Nome, Springs, Akulurak y cuantos nombres alaskanos han visto la luz del día en la capital de España.

Todas me encomiendan a Dios y se encomiendan en mis oraciones.

De Valladolid a Zaragoza

Y con este sabor tan rico en la boca pasamos a Valladolid, donde Elena Pin y su compañera María, con otras amigas de la Residencia Provincial, muy amantes todas de las Misiones, se desalientan porque no les ha llegado ninguna carta mía.

Dudo que en una ciudad tan grande como es Valladolid baste poner a secas «Residencia Provincial». La calle y el número nunca faltan. ¡Pongan la calle y el número! También la vallisoletana Susana Cimiano merece un saludo especial por ofrecer por las Misiones los sacrificios que ella llama «pequeños», pero que tal vez a los ojos purísimos de Dios sean muy grandes.

Asimismo quiero aprovechar esta ocasión para dar las gracias a los congregantes José Díez Aparicio y Leopoldo Fajardo, que me cuentan lo mucho que hacen en favor de las Misiones.

En Logroño nos esperan las veteranas María del Carmen y Conchita, y las no tan veteranas Silvia Murillo y Marina Escudero; todas ellas amantísimas de las Misiones; por las que ofrecen gustosas muchas oraciones y sacrificios.

En Palencia la Superiora del Colegio de las Madres Filipenses y dos de sus colegialas que se llaman Soledad Vega y Amparo Val, me dicen que no dejan pasar un día sin acordarse de mis eskimales y ofrecer por nosotros algún sacrificio. En los mismos sentimientos abunda la Madre María Luz, que dice nos recuerda mucho en sus visitas al Sagrario.

En Fuentepelayo de Segovia tenemos a Verónica Tejedor, que debió heredar de la Verónica de Jerusalén la valentía y la bondad de corazón.

En primer lugar leyó en voz alta a sus familiares y amistades cuanto cayó en sus manos relativo a la Misión de Alaska.

Luego seleccionó un grupo de actores, los entusiasmó, los amaestró y al fin representaron «El Divino impaciente», de Pemán, con el objeto de enviar lo recaudado a las escuelas para huérfanos eskimales.

Todo salió primorosamente. ¡Jóvenes segovianos se interesaron por el bienestar de los eskimales!

Pero lo más bonito del caso es que nuestra Verónica castellana está segura de que un día será ella misma misionera, porque Jesucristo dijo que cualquiera cosa que pidierais al Padre en su nombre se os concederá.

Y si hay algo que Dios nuestro Padre desea que se le pida, es vocación para ser otro Jesucristo santo y salvador de almas en los dilatados campos de mieses que blanquean ya para la siega; y Verónica tiene ya afilada la hoz y se ha empezado ya a arremangar.

¡Enhorabuena, Verónica, y que recojas muchas gavillas de trigo dorado que sea envidia de los ángeles en el convite eterno de la gloria!

En Zaragoza tengo a José Ignacio Antolín, muy joven pero muy maduro, que me alienta a continuar en mi puesto hasta el fin, recordándome cuánta gloria recibirá Jesucristo de los eskimales que se salven por mi medio.

Cómo se escriben las cartas

A nuestro paso por Murcia se nos olvidó visitar a Pilar y Ana María Hernández-Ros. Primero me piden las excuse por escribirme a máquina.

En el Continente norteamericano, práctico ante todo, se prefieren siempre las cartas a máquina por lo fácil que resulta su lectura.

Ningún sentimentalismo ha logrado desterrar aquí el pánico que le entra al individuo al abrir un sobre y encontrarse con una letra retorcida o piojosa o descoyuntada que no sabe uno si está escrita con la mano o con el pie.

No acierta uno a descifrar la firma aunque se hubiera graduado de egiptólogo y descifrador de jeroglíficos babilónicos.

En cambio, a máquina, da gusto: de un vistazo se traga uno el pliego y puede luego pasar a otra cosa.

Pero las máquinas cuestan mucho dinero. Los que como la Sagrada Familia sean pobres y no puedan comprar máquina de escribir, que escriban a mano; los que tengan máquina de escribir, ¡por amor de Dios!, que escriban a máquina.

Sobre todo las señas deben escribirse con la claridad del sol de Mediodía, pues hay calles con nombres que le ponen a uno los pelos de

punta.

En León viví yo cerca de la calle Matasiete. El que no haya oído hablar de esa calle, si la ve en un sobre con letra de boticario, no acertará jamás a descifrarla.

Y con esto pasemos a decir que Pilar me revela el secreto de que ella rasguea bien la guitarra, tan bien o mejor que lo hago yo con el acordeón.

Con una guitarra y un acordeón podíamos formar un buen orfeón. De acuerdo; pero ¿quién va a llevar la batuta? Lo mejor será no ponerse a hacer planes que tal vez nunca lleguen a la realidad.

¡Ya quisiera yo ver a Pilar rasguear una guitarra con los dedos entumecidos y las uñas amoratadas! Esto no es como la Huerta de Murcia.

En Zamora nos invita a su casa en la calle de Ramón y Cajal la cristianísima señora María Cervera de Horma; y a fe que no hay cosa en el mundo que más ansíe en estos momentos en que veo por la ventana nevar en remolinos que hacen noche de lo que astronómicamente debiera ser pleno día.

He visto con mis propios ojos y he oído hablar de familias cristianas; pero sería menester echarse por esos mundos con una linterna en la mano para encontrar una casa donde florezca mayor celo por la gloria de Dios.

Igual, pase, pero difícilmente mayor.

En mí propio León, en la Avenida del General Sanjurjo, reza y se sacrifica por los eskimales María Dolores Tardón, que tiene curiosidad en saber cómo van las conversiones.

Van muy bien, gracias a Dios, aunque aspiramos a que vayan mejor; pues no debiera haber un alma fuera del rebaño del divino Pastor, y es una lástima que haya tantas aún y que nos veamos tan impotentes para atraerlas a todas.

Las uvas de Almería y el vino en EE. UU.

En la castellanísima y muy noble ciudad de Burgos, está esperando contestación la secretaria de la Propagación de la Fe en su parroquia, señorita Concha Díez del Corral, que me dio la sorpresa inesperada de notificarme que estuve a punto de comer uvas de Almería durante las Navidades de aquel año.

Por ella no quedó, porque ya las había adquirido y empaquetado; sólo

que en Correos dijeron que no se admitían víveres para el extranjero.

¡Bien dicho! Pero el mérito de la buena intención no hay quien se lo quite a mi bienhechora.

Recuerdo perfectamente mi primer viaje en tren en los Estados Unidos; cómo en el coche-comedor pedí uvas por ser el mes de setiembre y el sirviente me miró atónito como diciendo:

— ¿De dónde se habrá caído este golondrino?

Centenares de personas van todos los días a la cárcel por hacer vino a escondidas y miles de hombres y mujeres son arrestados por emborracharse con el jugo de la vid... ¿y tiene usted la frescura de pedir uvas en pleno día y quedarse como si no hubiera roto un plato?

Reinaba entonces la ley seca, que fue revocada cuando Roosevelt fue elegido presidente.

Aun así los yanquis no se hacen al vino. Se tiran más bien a la cerveza y son camellos sedientos en presencia del ron o del ojen.

Hay viñedos en California y otros Estados calientes, pero son tan escasos en este mundo yanqui de producción al por mayor que muy pocos han oído hablar de su existencia.

Las uvas se nos dan en forma de pasas, y de éstas compramos en Akulurak varios cajones todos los años. Si en las aduanas yanquis se encontraran con uvas de Almería para Alaska, creerían que había llegado el anti-cristo y estábamos en vísperas del día del Juicio.

Mejor éxito que las uvas andaluzas tuvieron ¿quién lo duda? las oraciones de Concha por las Misiones y los misioneros que quiero agradecer como es justo.

Los niños extraformales

En el Colegio de la Asunción de Gijón vive una colegiala de Infiesto que me escribe una carta celeberrima. Rara es la semana que se pasa sin un castigo, y lo peor es que está bien merecido.

El mismo día que me escribió fue echada fuera de la clase y estuvo sentada un buen rato en las escaleras. Tantos chistes se le agolpan en la punta de la lengua durante el estudio y las clases, y tan estrepitosamente se ríen las compañeras al oírlos por lo bajo, que a este paso tendrán que renovar los peldaños de aquellas escaleras que serán pronto gastados por el

excesivo uso.

Ya admite nuestra heroína con toda lealtad que, si todas fueran como ella, las pobres monjas se volverían locas. Evidentemente, tiene temperamento sanguíneo, y, si lo encauza bien, puede muy bien llegar a ser una Santa Teresa de Jesús que por lo visto de pequeña era bastante diableja.

Sin saber a punto fijo la explicación del caso, lo cierto es que yo tengo miedo a niños extra-formales, niños hombres, niños con cara de ermitaños; y al contrario, me encantan los niños juguetones, vivarachos y valientes.

No he perdido las esperanzas de oír un día que nuestra asturiana llegó a ser abadesa y que no tiene miedo a los ratones.

No está mal tener por antecesor a Don Pelayo. ¡Arriba Asturias! ¡Viva la Virgen de Covadonga!

Ratas fritas, plato exquisito

En Villagarcía de Arosa también espera contestación la bachillera pontevedrana María Socorro Fernández, alma de altos vuelos espirituales a pesar de sus pocos años. En primer lugar aplaude la idea de que yo toque el acordeón, instrumento que la encanta, como a mí. Luego quiere saber a qué altura mística tiene uno que llegar para que le gusten las ratas fritas.

A esto respondo que estas ratas no son exactamente lo mismo que las de los establos, porquerizas, bodegas y desvanes de España.

Son ratas aristocráticas, almizcleras, que se crían en el agua y comen raíces que lavan escrupulosamente antes de llevarlas a la boca.

Como banquetean tanto, están muy gruesas y bien criadas y saben a miel cuando se las guisa en sartenes bien engrasadas. Ya dije que hay que tirar la cola y los ojillos de víbora que tienen.

Lo demás es un plato exquisito. No se necesita misticismo ninguno para comerlas: lo que se necesita es buen apetito, naturalmente. ¿Estamos enterados?

Pero lo importante para mí en su carta es que me encomienda diariamente en la Santa Misa y Comunión y que hace otro tanto con las almas encomendadas a mis cuidados, por lo cual le doy mis más expresivas gracias y prometo corresponder en la misma medida, y con esto llegamos al fin de la tierra en La Coruña, donde María Rodríguez quiere saber qué clase de ripios puse al «Adiós, Granada...» que improvisé un día por las tundras

alaskeñas. Asimismo quiere saber de varias personas cuyos nombres le son familiares.

Los ripios ya se me olvidaron, por supuesto. Las personas que usted enumera siguen en sus puestos y estoy seguro que, si se lo digo a ellos, todos le devuelven el saludo, pues no son tan descorteses como pudiera temerse de gente primitiva, y un millón de gracias por sus caritativas oraciones ante el Sagrario.

Con las Mercedarias de Tokyo

Demos ahora un salto fantástico y aterricemos en Tokyo del Japón. ¿Qué habrá sido de la Mercedaria Madre María Begoña Dochao? Su carta me llegó unas semanas antes de estallar la guerra en el Pacífico. Carta de un misionero a otro con un espíritu de comprensión que no hay más que pedir.

Formaban entonces la Comunidad dieciocho religiosas; de ellas doce españolas, cinco japonesas y una ítalo-americana. De las trescientas noventa alumnas que tenían, eran católicas unas cuarenta.

De vez en cuando tenían en el Colegio un bautizo que las llenaba de consuelo y las resarcía de todos los sacrificios inherentes a su alejamiento del nido calentito de Bériz cerca de Bilbao.

Su Colegio, Instituto de segunda enseñanza, se iba colocando decididamente entre los más reputados de Tokyo. Todo eran flores precursoras de óptimos frutos. Luego vino la guerra y quedamos en oscuridades de limbo.

Me dice la Madre Begoña que se reían mucho en el comedor cuando escuchaban mis crónicas durante la cena, y añade que la pobre lectora se vio muchas veces en verdaderos apuros para continuar.

Esta confesión tan ingenua me hace a mí más feliz que si me diesen un vagón de naranjas valencianas o un camión lleno de uvas granadinas de moscatel; porque el primero es gusto espiritual, y el segundo es gusto del paladar, y de estos gustos no hay que disputar.

IV

LA AUSENCIA DEL HERMANO COADJUTOR

(Viaje mundial epistolar)

Una carta del P. Tardío

Y dejando a Tokyo nos plantamos de un salto en las islas Marianas, en Saipán, donde el jesuita andaluz Padre José María Tardío debe estar esperando aún mi contestación a su carta que me llegó poco antes de la guerra japonesa. Dice así el Padre Tardío:

«Le sorprenderá agradablemente recibir una carta de país tan cálido y lejano y de un compañero, no diré de sudores, porque V. R. no sudará mucho, pero sí de luchas, triunfos y fracasos, que de todo hay en la viña del Señor.

»Hace tiempo que estoy deseando escribirle, pero son tantas las ocupaciones de esta parroquia, que apenas queda tiempo para tomar la pluma. Si yo recibiera la octava parte de las cartas que recibe usted, creo que se pasarían muchos meses sin poderlas contestar.

»Estoy solo como usted, pero no tan solo; pues tengo conmigo al Hermano coadjutor Gregorio Oroquieta y juntos compartimos las penas y las alegrías. Las cartas que nos llegan son comunes, ambos las leemos y comentamos, y así todo. Yo sin un Hermano creo que no podría estar, pues, dado mi carácter andaluz, necesito alguno, por lo menos uno, con quien cambiar impresiones.

»Aquí nunca hace frío, siempre usamos la misma ropa. No hay más que dos estaciones, o una si se quiere, verano, que es de suyo muy caluroso, mitigado por algunos meses algo más frescos que podríamos llamar primavera u otoño; aquí no conocemos el invierno.

»Recibimos el SIGLO DE LAS MISIONES y nos ocurre lo que a Ceferino, que leemos lo de Alaska lo primero. ¡Pero qué cosas tan bonitas nos cuenta de Alaska! ¡Y tan solo! ¿No sería fácil conseguirse un Hermano?

»¡Y cuántas estampas, medallas y rosarios tiene para tan poca gente! No crea que le voy a pedir nada; pero crea que se nos hizo la boca agua cuando leímos en una de sus crónicas que tenía tantos objetos religiosos. Tengo yo aquí alrededor de cuatro mil católicos y sólo tengo algunos centenares de estampas y medallas; los rosarios hace ya más de un año que se me acabaron, y como no llega nada a causa de la guerra, ya puede suponer lo que tengo que responder a los y las que me piden: "Perdonen, por Dios, pues no queda ninguno". Hasta los escapularios del Carmen se me acabaron, pero pude conseguir de Tokyo algunos y ahora tengo, pero no muchos.

»Este clima es muy enervante y a veces no hay ganas de comer ni de hacer nada. Se apodera de uno un cansancio tal que, si fuéramos a oír al cuerpo, nos echaríamos a descansar al punto; pero no se le oye y se continúa en la lucha.

»Los cristianos en general son muy buenos y estoy contento con mi suerte. Claro que no falta alguno que no cumple como debe, pero ¿dónde no se encontrarán?

»Aquel artículo de usted sobre el avaro que pagaba a los jornaleros con aguardiente y se ahogó debajo del hielo me sirvió para varias pláticas traducido al chamorro. Aquí se trabaja mucho; pero también goza uno mucho, pues se ve el fruto al ojo. Los domingos bina (¹) y en las dos misas se llena la iglesia, que es bien capaz, nueve por treinta y siete metros y aún queda gente en la puerta por no caber. Raro es el que muere sin sacramentos; aun los más abandonados llaman al Padre tan pronto como se ponen graves. Por hoy no me alargo más...»

Carta del H. Oroquieta

Y con la carta del Padre Tardío vino otra del Hermano Oroquieta que dice así:

«Con mil amores acepto la invitación del Padre Tardío de ponerle dos letras, pues lo considero a usted mi vecino o mejor dicho colindante, pues no creo que haya otra iglesia entre ésta y ésa suya, a no ser que este mapa mío

¹ *Binar*, equivale a decir dos misas. — (N. del E.)

mienta.

»También por aquí nos guiñan las estrellas, y las podemos contemplar, desde la polar de usted con sus osas hasta la cruz del sur que aquí llaman «cruz de Mayo», sólo que aquí no nos enfriamos contemplándolas como dice que le pasa a usted. Figúrese usted, aquí la Nochebuena es tan calurosa como en España la del 15 de agosto.

»Esto tiene sus encantos, y sobre todo pensando que estamos a las órdenes del Capitán General de los buenos, Jesucristo, aunque no sea uno más que un furriel en una de sus avanzadillas. Lo que dicen los eskimales que los blancos han perdido la chaveta por lo que hacen en la guerra, me los hace simpáticos. A juzgar por sus fotos tienen mucho de parecido con los japoneses.

»He procurado pronunciar las palabras que usted pone, pero ni a tiros me sale una. ¿Es que hay que pronunciar cuando se tose? No hallo posible otro modo de pronunciar esas letras tan enrevesadamente combinadas. Por algo es idioma del Polo Norte, país de constipados fuertes.

»Bueno, se me acaba el papel. Pidamos que la guerra de Europa se acabe luego; a ver si aquellos señores entran en seso y se acercan al Señor y atienden a su representante en la tierra, el Papa. Oremos unos por otros para que Dios nos oiga. De vuestra reverencia ínfimo hijo en el Sagrado Corazón de Jesús: GREGORIO OROQUIETA.

Por vía de comentario

No como respuesta, que ya es demasiado tarde para responder a estas cartas escritas en 1941, sino por vía de comentario, creo deber decir que el Padre Tardío y el Hermano Oroquieta atienden a una tercera parte de los católicos que numéricamente tenemos en Alaska.

Es decir, que tres Padres Tardíos con otros tantos Hermanos atenderían exactamente al mismo número de católicos que tenemos en Alaska. Y, sin embargo, aquí tenemos más de veinte sacerdotes y cerca de setenta monjas más ocho Hermanos coadjutores.

Por eso, sin duda, tenemos tantos cajones de estampas, medallas y rosarios. Es que no hay católicos que los pidan. Con un habitante por cada trece kilómetros cuadrados, no nos extrañamos de nada cuando se trata de multitudes en las lomas del Polo Norte.

La ausencia del H. Coadjutor

Y, por lo que hace a la pregunta del Padre Tardío del porqué de la ausencia del Hermano coadjutor que debiera acompañar al Padre, digo que ese estado de cosas es debido a la manera de ser de los yanquis.

El norteamericano nació para trabajar con sus propias manos. El banquero millonario no tiene chófer. Tampoco le tienen el comerciante rico ni el Gobernador de un Estado ni mucho menos un simple general del Ejército.

Aquí nacen todos iguales y todos se afanan por acumular riquezas que exigen mucho esfuerzo personal y mucho ensuciarse las manos y engrasarse las uñas.

Los ministros del Gobierno se retiran a descansar a sus cortijos donde arrancan broza entre los surcos de patatas, plantan coles, riegan zinias y meriendan fresas que crecen junto al artesiano. Senadores de influencia en la nación aparecen ordeñando vacas, metiendo paja en el pajar o segando alfalfa.

Si, al volver al Senado en su automóvil que conducen ellos mismos, sufre una avería el motor, paran, bajan del coche, se arremangan, echando mano de las llaves inglesas y los atornilladores y en cuestión de minutos el motor bufa y funciona como si fuera nuevo.

Pues apliquemos el cuento a los clérigos.

Por razones que aquí son axiomas evidentes y que a nosotros nos parecen un sí es no es descabelladas, el sacerdote yanqui se siente feliz retejando la casa parroquial y dando un par de manos de cal a las paredes, cultivando un jardín con hileras de remolachas, berzas, nabos, zanahorias, manzanos y nogales, instalando alambres eléctricos con bujías en las habitaciones que el mismo edificó por las tardes cuando los parroquianos estaban dados a sus quehaceres, y finalmente conduciendo el automóvil de la parroquia que le regalaron los parroquianos que escotaron a siete pesetas cada uno.

Este párroco puede ser un dominico, un redentorista, un sacerdote secular o un jesuita.

Conozco un rector jesuita tan diestro en cocinar y tan amigo de hacerlo que cocina él solo para toda la comunidad los domingos, días festivos y días de vacación durante el curso, y a todo el mundo le parece eso la cosa más natural.

Ahora bien, como el oficio del Hermano coadjutor es trabajar con manos y como no hay cosa que guste tanto al sacerdote como trabajar con las manos, ¿dónde está aquí la necesidad del Hermano? El joven que quiere ser religioso, se hace sacerdote y no le cabe en el magín que puede ser religioso sin ser sacerdote.

¡Oficios manuales! ¡Aquí todos se emplean en oficios manuales! Por eso las vocaciones para Hermanos coadjutores son escasísimas. Los pocos Hermanos que tenemos, proceden de familias católicas que emigraron de Italia, de Polonia o de la vecina república de Méjico y son raros los que ostentan nombres ingleses como Nelson, Pitt o Márchinton.

Resulta, pues, que el sacerdote misionero yanqui no echa gran cosa de menos los servicios de un Hermano coadjutor.

La dificultad de dos en compañía

A estos hechos incontrovertibles hay que añadir que en Alaska la mayoría de los misioneros viven solos porque el número escaso de personas no exige la presencia de dos sacerdotes y porque, aunque la exigiera, el número de sacerdotes en el mundo es siempre limitado y no da para tanto.

Queda la solución de dar un Hermano coadjutor al misionero solitario. ¿Es ésa buena solución? La respuesta, ¡pasmaos cielos!, es un NO categórico.

Evidentemente. El misionero y el Hermano convivirían en una casa solitaria, sin noticias, sin visitas de parroquianos, sin trabajo que los ocupase debidamente, sin poder dar dos pasos sin encontrarse y pisarse los callos, etc., etc. El resultado fatal es que un día despiertan de mal humor y la conversación es poco animada.

Otro día el frío es sencillamente insoportable y tienen que apiñarse los dos junto a la estufa como dos náufragos que luchan por una tabla.

A uno le gusta más salsa en los alimentos y a otro se le atraganta la salsa.

Viene luego una tormenta de una semana que los tiene presos y quiera Dios que no estalle una disputa sobre si el viento viene propiamente del noroeste o más bien del oeste a secas.

En Alaska nos son de sobra conocidos los casos frecuentes de dos compañeros mineros, dos compañeros pescadores, dos compañeros de viaje en trineo, dos comerciantes y dos blancos cualquiera que, al cabo de vivir

juntos medio invierno, rompen las relaciones y, o uno se va, o dividen la casa con un tabique que los incomunica totalmente, o simplemente no se hablan en todo el día.

Se dio el caso de tres mineros que hicieron un barco de diez metros de largo y se echaron río arriba camino de la mina. La distancia era respetable y tuvieron que pernoctar varias noches en una tienda de quita y pon.

Tantos contratiempos les sobrevinieron y tanto se sulfuraron en las discusiones que, como solución menos mala, decidieron aserrar el barco en tres partes iguales y echar a suertes el tercio que les correspondía.

Luego cada uno cargó con su cacho y se las arregló para acondicionarlo de modo que los tres llegaron en paz a su destino.

En semejantes circunstancias se ha dividido la estufa en dos mitades y se ha cortado en dos la lona de la tienda que los cobijaba. La cuestión es no tener quien le contradiga a uno.

Todo el mundo tiene que darme la razón. Alaska, la eternamente helada Alaska, la tenebrosa y legendaria Alaska, produce a centenares ese tipo gruñón, irascible, nervioso e independiente que se forma inconscientemente a los pocos años de esfuerzo titánico por sobrevivir en este clima que amenaza constantemente con matarlo a uno como atracador nocturno.

Preferible la soledad

Como al fin y al cabo los misioneros somos hombres, hemos convenido en que es preferible que el misionero viva solo, y no con un Hermano. El ideal es una Comunidad. Por lo menos, si hubiera tres, no resultaría tan peligroso; pero dos, no.

En las islas Marianas puede vivir el Padre con un Hermano porque pueden salir al campo o por lo menos pueden sentarse a la puerta de su casa. El aire fresco que corre, el canto de los pintados pajarillos que revolotean traviesos de rama en rama, el murmullo del arroyo vecino que se precipita entre pedruscos limpidísimos, el canto lúgubre del indígena que labora la tierra y otras trivialidades que ahí se dan por supuestas, hacen que el Padre y el Hermano convivan fraternalmente y se ayuden a sobrellevar las penas de la vida.

Nada de eso se da por acá. Si se sienta uno a la puerta en el invierno, se hiela; si lo hace en junio o julio, le acribillan los mosquitos; y si lo hace

en agosto o setiembre, se cala hasta los huesos.

Tampoco se oyen cantos de aves y ningún eskimal ha laborado aún el pejugal que no existe.

Por tanto no queda más remedio que estar en casa, siempre en casa y junto a la estufa, uno frente del otro, día tras día hasta que resultan muchos días.

Como consecuencia de este estado cómico de cosas la casa del misionero está hecha para acomodar holgadamente una sola persona, y pared por medio está la iglesia amplia para las funciones religiosas.

En consecuencia donde hay niños y monjas es donde la presencia del Hermano es poco menos que necesaria, y ahí es donde están los ocho Hermanos que actualmente tenemos en Alaska.

En los distritos donde no hay más que un sacerdote, ni hay ni creo que haya en muchos años un Hermano coadjutor, salvo, claro está, arreglos provisionales que siempre serán provisionales.

Y este estado de cosas ha existido con misioneros franceses, italianos, canadienses, irlandeses y norteamericanos. Todos han estado de acuerdo que es preferible vivir solos a vivir con otro. El que no lo crea, que venga y demuestre lo contrario.

Dice el Padre Tardío que con su carácter andaluz prefiere tener un compañero. Si vamos a caracteres, me han tomado a mí por el peor andaluz de los tiempos modernos; y sin embargo yo, como el resto de los misioneros de acá, digo y afirmo que prefiero vivir solo a vivir con otro. Otra vez: o comunidad, o uno solo; nunca dos solos.

Me he alargado en esta explicación porque son muchas las personas buenas que continuamente preguntan por qué no vive el Padre con un Hermano. Alaska es otro mundo.

El Hermano Oroquieta me dice que somos vecinos, y tiene razón; si nos echáramos a nado en línea recta, nos daríamos un cabezazo en medio del Pacífico septentrional entre el Japón y Honolulu.

Por qué escribo cartas

Estas dos cartas son para mí un verdadero refrigerio. En primer lugar quisiera llenar un cajón de objetos religiosos, especialmente rosarios, y ponerlo a bordo de un aeroplano que fuera derecho a Saipán.

Si no tanto, ahora que Saipán está bajo la bandera de las barras y las estrellas, me será fácil enviárselo por vía ordinaria, pues no me sufre el corazón que mi buen amigo y hermano Padre Tardío tenga que sonrojarse cada vez que un devoto chamorro le pide un rosario.

Asimismo, se queja de que no podría responder a todas las cartas, si éstas fueran muchas. ¡No es extraño! Si yo tuviera cuatro mil católicos conmigo en el recinto limitado de una isla de Oceanía, no creo que me sobrase tiempo para escribir cartas; máxime con aquel clima enervante de que nos habla.

Después de mucho cavilar, he llegado a la conclusión de que yo escribo cartas porque me agrada. Esto no tiene vuelta de hoja. Si se me pasa una semana sin escribir cartas, estoy como un obrero sin empleo que vaga a la buena de Dios y quiere hallar trabajo. Pero ese agrado natural de nada me valdría si vera yo en un clima que invite a salir a la calle. Por tanto, no es aventurado afirmar que escribo cartas porque no me queda otra alternativa.

Y si aplicamos el cuento al esfuerzo mental internacional, tal vez haya mucho de verdad en la afirmación de que los filósofos pesados e indigestos nacen y se crían en países fríos.

Esos volúmenes de filósofos alemanes racionalistas son el producto de cabezas calientes y pies fríos. Como afuera nevaba, se encerraban en su habitación a soñar. No se imagina uno a un sevillano filosofando silenciosamente al calor de un brasero cuando el sol inunda de luz los campos desde un cielo azul que hipnotiza al más bozal.

Consuélese, pues, el Padre Tardío si no escribe tantas cartas como su mucha caridad le dicte.

El nombre del Padre Tardío es muy conocido en los círculos católicos norteamericanos que leyeron en la prensa católica la gran labor misionera que nuestro jesuita español está llevando a cabo en aquella isla que tanta sangre costó a la Armada norteamericana.

Más aún, Me escribe el director de la revista mensual de Misiones de Nueva York, «JESUIT MISSIONS» que el Almirante Nimitz manifestó deseos de que fueran más misioneros jesuitas a cristianizar aquellas islas y posesiones en el Pacífico. Id, pues, y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

METODOLOGÍA PRÁCTICA

(Viaje mundial epistolar)

Desde el Celeste Imperio

Pero no son las Misiones del Pacífico las únicas donde tenemos amigos. De las regiones del Celeste Imperio, desde la china ciudad de Anking, donde vive y se mueve como Superior de la Misión, me escribe por avión una carta reciente mi primo el jesuita Padre Yerónides Fernández Crespo que hizo la carrera eclesiástica en el Seminario de León.

Como primos que somos, y siendo él incluso más viejo que yo, no debe extrañar a nadie que me tutee. Aunque quisiéramos no nos saldría el «usted».

Puestos estos preliminares, entresaquemos lo más saliente de la carta de mi primo.

«Estimado Segundo: yo estoy vivo todavía. ¿Lo estás tú? Me lo imagino. De mí te digo que no sólo vivo, sino que estoy muy bien, gracias a Dios, aunque ya voy para viejo.

»Y tú, ¿cómo has pasado estos años de guerra? ¡Cuántas veces te habremos recordado aquí en nuestros recreos y conversaciones!

»Si nieva mucho, decimos ¿qué vale esto para Alaska? Si hace mucho calor, decimos ¡qué bien se estaría ahora en Alaska! En fin, que todas son disculpas para que el corazón vuele hacia donde tiene por lo menos parte de su tesoro.

»Difícil me sería hacer un resumen de estos ocho años que llevamos los chinos de incomunicación poco menos que absoluta.

»A tales términos ha llegado esta incomunicación que hemos tenido que adoptar por norma esta máxima terrible: A vivir y obrar como si estuviéramos solos en el mundo. Ni cartas del extranjero ni periódicos ni nada.

»Menos mal que la radio nos daba algunas nuevas que, bien cribadas, dejaban traslucir que estábamos en guerra. Aviones, cañonazos, todo se ha visto y se ha oído y sentido; pero, gracias a Dios, salimos con vida, y esta es

la fecha en que estamos todos en paz, aunque ignorarnos por cuánto tiempo.

Necrologio de Anking

»Se nos han ido al cielo algunos misioneros y te los voy a nombrar: el Padre Soria, que murió heroicamente a lo Javier en cuanto a la soledad en que hubo de encontrarse en su última hora; el Padre Merino, que, débil aún de una herida en un pie producida al pisar una bala, fue presa de un tifus que nos lo arrebató en tres días; el Padre Ubierna que falleció en el hospital de Shanghai de resultas de una operación de cáncer en la cara; el Padre Núñez, jesuita colombiano, de una tisis galopante; el Padre Alberto González, de tifus exantemático; el Padre Larrucea, que hacia la Tercera Probación en Wuhu; el Padre Hidalgo, de disentería; el Padre Cámara, de una insolación; el Hermano Vicente, de una enfermedad tan rápida que ni tiempo apenas dio para hacerle el diagnóstico; el Hermano Manuel Otaegui, que pereció en un naufragio; el Hermano Vergara, de una operación, en el estómago, y finalmente, el Hermano Treto, de sus antiguas enfermedades en el hígado y los riñones.

»Ya ves cuántos se nos han ido por diversos caminos a la eterna felicidad. No son víctimas de la guerra, aunque es muy probable que con mejores comunicaciones y medios, tal vez pudieran haberse curado; peco Dios nuestro Padre sabe lo que hace.

»Ojalá que los que quedamos por acá ocupemos sus puestos vacantes como el Señor quiere.

Providencias del Señor

»No puedes imaginarte el cúmulo de providencias que hemos experimentado durante la guerra; las publicaremos ampliamente a su tiempo en las «Noticias de Anking».

»Cada vez se convence uno más de que el Señor cuida muy paternalmente de los suyos, pues, en medio de tantas necesidades, nunca nos ha faltado lo necesario para nosotros y para nuestras obras, que han podido seguir adelante.

»En la tempestad de la guerra perdimos algunas vocaciones en nuestro Seminario, y eso duele, pero como trabajamos por Dios no hay por qué desalentarse. Las aspirantes a Presentandinas, y las mismas Presentandinas,

van mejor. Es grande la diferencia que hay entre los hombres y las mujeres para seguir la vocación divina.

»Lo que marcha viento en popa es el Colegio. Ahora tenemos unos setecientos alumnos y durante la guerra nunca bajaron de cuatrocientos. No te olvides de encomendar a Dios todas estas obras para que prosperen a mayor gloria de Dios.

»Te saludan conmigo todos los de la Misión.»

Esta es la carta de mi primo el misionero de China. Se llama viejo, pero no se lo creemos, pues no ha cumplido los cuarenta y siete años. Yo mismo me llamo viejo, pero, francamente, es pura guasa.

Mi primo tiene el consuelo de tener consigo a su hermano el Padre José F. Crespo que ya lleva en China más de veinte años.

Métodos de acción

En julio de 1941 me había escrito el Padre Yerónides la última carta y en ella me preguntaba lo que no pude responder por causa de la guerra yanqui-japonesa. Decía así:

«Ahora una observación que se me ha ocurrido al leer tus crónicas en EL SIGLO.

»No sé cómo tenéis fundada la Misión de esa manera. Me das lástima siempre que te oigo decir que andas de cocinero, albañil, carpintero, mecánico, etc. Los que estamos aquí viviendo de otra manera no comprendemos cómo pueda ser eso.

»¿Por qué no tener una casita contigua a la tuya donde vivan uno o varios domésticos con sus familias?

»Aparte de la ayuda que te prestasen en sus oficios y del tiempo que te economizasen para tus ministerios sacerdotales, prestarían cierto esplendor al culto con su asistencia a los actos religiosos, y aumentarían la cristiandad con los niños que les nacieran.

»Y aunque habrían de vivir de la Misión, para la Misión trabajarían y fructificarían.

»Algo así tenemos nosotros y nos va muy bien con ello. Ciertamente que tal vez se gaste más. Ciertamente que a veces dan sus disgustos. Pero todo queda bien compensado con la ayuda que prestan.

»Estos nuestros por lo general vienen a hacerse gente buena, y la mayoría son sinceramente fieles al misionero. Lo que pasa es que están escasamente retribuidos, y en eso es en lo que frecuentemente encuentran fuente de menos contento.

»Ya me dirás una palabra de por qué no entráis ahí por estos caminos. Etc.»

La palabra que me pide mi primo no es muy difícil de dar.

La aplicación práctica

Volvemos a distinguir otra vez entre casas con escuelas donde viven dos Padres con algunos Hermanos coadjutores, y aquí el Padre no tiene por qué ensuciarse las manos pintando paredes y reparando los motores eléctricos, y casas donde vive solo el Padre y donde ya vimos que no da resultado poner un Hermano por compañero.

Mi primo nos ofrece un término medio: una familia eskimal católica con vivienda aparte que se encargue de los oficios manuales y que deje al Padre libre para dedicarse de lleno a los ministerios sacerdotales.

Digamos a voces que la solución es buena en principio. Algo de eso ya tenemos. Nunca falta una esposa honrada y limpia que lava la ropa, amasa el pan y remienda los calcetines.

Nunca falta un eskimal habilidoso que tiene dedos de mago para reparar motores, arreglar lámparas y poner vidrios en las ventanas.

Pero ningún Padre, que yo sepa (y los conozco a todos), tiene en su misioncita tareas manuales suficientes para ocupar a una familia de suerte que puedan en justicia reclamar el salario necesario para vivir holgadamente.

Se pasan meses en que la presencia del doméstico se necesita una vez cada quince días, aunque luego vengan semanas en que su presencia es necesaria a todas horas. Lo que hacemos es esto: Cuando necesitamos ayuda, ajustamos un obrero a tanto por día; y son muchos los dólares que se van en esos jornales. Cuando no necesitamos ayuda, no ajustamos a nadie.

Repitiendo lo dicho arriba acerca del prurito yanqui por trabajar con las manos, decimos que el misionero alaskano alquila un jornalero cuando él mismo no puede terminar la obra en el plazo deseado.

Los cristianos son pocos, porque la población es muy reducida. Aun

dedicando las noches a la instrucción catequística, queda entre el desayuno y la merienda un plazo de tiempo que el misionero emplea con herramientas los días que sea menester usarlas.

Haciendo números

No se vaya a creer nadie que el misionero de Alaska anda de acá para allá sin aliento en busca de almas. Ya las tiene contadas y las conoce por sus nombres y apellidos. La población china que dan las estadísticas yanquis para el año 1936 es de 457.830.000. Como la de Alaska oscila alrededor de 70.000, tenemos que por cada eskimal hay la friolera de 6.450 chinos.

Mi primo en su cristiandad de Anking creo que tiene cerca de 6.000.000 de almas, o sea que él solo tiene 85 veces la población de toda Alaska. Naturalmente en China el misionero puede ocuparse continuamente en ministerios sacerdotales.

En Alaska el misionero tiene un promedio de 500 almas. Las restantes viven a distancias tales que ni siquiera sabe de ellas a no ser de oídas. 500 almas son lo que un pueblo, ordinario de Castilla, sólo que no forman pueblo, sino que viven en viviendas esparcidas acá y allá.

Sn casa está en el centro con una capillita al lado. Los eskimales van y vienen y el Padre los recibe y los visita cuando hace buen tiempo, que es muy raras veces.

Manejando herramientas

Le quedan diariamente horas y más horas de soledad que tiene que emplear en algo. Los actuales misioneros de Alaska disfrutan manejando herramientas.

El Padre Lonneux es el mejor carpintero de por aquí y no hay quien le gane a guisar.

El Padre Endal tiene un vaporcito que maneja él solo, Yukón arriba y Yukón abajo, entre sus cuatro aldeas edificadas en las márgenes del Yukón, a ochenta kilómetros unas de otras. Con la ayuda de un indígena levantó una capilla que es el orgullo de aquel distrito.

El Padre Lafortune no sólo hace él mismo todos los oficios manuales, sino que incluso lava la ropa y remienda los calcetines.

El Padre Tomás Curminham de la isla de Diornedes tiene tales

habilidades para oficios manuales que estuvo muy dudoso entre hacerse sacerdote o Hermano coadjutor. Baste decir que ayudó a un mecánico a reparar pronto los desperfectos producidos en los motores de un trimotor que aterrizó forzosamente y de mala manera, y para ello trabajaron juntos hasta media noche cerca de una semana.

¿Para qué seguir? Yo soy una especie de ejemplar raro y no puedo ver motores ni garlopas ni atornilladores, y dígame lo mismo del olor de la gasolina, que me da náuseas.

Cuando yo vivía solo, llamaba a un eskimal muy diestro que me sacaba de apuros. Luego cenábamos juntos y le pagaba lo convenido. Pero son pocos los eskimales que están en casa cuando se les necesita.

De ordinario salieron hace media hora y no volverán en dos o tres días, si el tiempo hace bueno; si hace malo, más tarde; o bien está tomando el baño turco en el KASHIN donde suda en amable camaradería con sus amigos desde las dos hasta las cinco de la tarde, desnudo en lo que se dice los cueros.

En estos casos sale uno por la tangente arremangándose y poniendo manos a la obra que no admite tardanza. Yo me he arremangado muchas horas en esos menesteres manuales, pero siempre lo he hecho a regañadientes y protestando que aquella es la última vez que lo hago.

Perfiles del carácter eskimal

Preguntemos ahora al misionero de Alaska por qué no tiene junto a si una familia de fiar que le ayude. Unos, los pesimistas, responden que no ha nacido aún la familia eskimal de que se fíen ellos. Prueban el aserto diciendo que esa familia resultaría más cara que un elefante blanco.

Tan pronto como entienden que el misionero los mantiene, compran las cosas más excéntricas sin reparar en gastos; adquieren deudas clandestinas que el misionero tiene que aclarar con el consiguiente ruido; todo lo piden, todo se les antoja y se convierten en verdaderos parásitos.

Si oyen decir al misionero que los necesita, entonces se hacen tan soberbios o importantes que no hay santo que los tolere más de un mes.

Huérfanos de nuestra escuela han tenido que ser expulsados porque un día el Padre o la monja les cuchicheó que eran buenos chicos o excelentes niñas y que estábamos tan satisfechos de ellos que desearíamos estuviesen aquí otro par de años.

Desde aquel punto y hora comenzaron a estirar el cuello, pisar fuerte, tenerse por seres superiores, negarse a responder cuando se les preguntaba, etc., etc., hasta que se les dio una manta y se los puso en la calle.

Los misioneros noveles no saben estas tretas y al principio cometen toda clase de yerros en su trato con los indígenas.

Si se los tiene debajo y se les da a entender que no son necesarios, entonces son personas decentes y se portan bien. Si el eskimal ve que entiende de cualquier mecanismo más que el Padre, entonces se le sube a las barbas y se considera superior a él en todo.

Para evitar que me desprecien a mí porque no pronuncio bien algunos sonidos suyos, les espeto constantemente frases españolas largas y naturalmente difíciles.

Como no las pronuncian bien, yo me sujeto las costillas con las dos manos, me retuerzo y me río a voces estentóreas que los humilla hasta la tierra. Luego extendiendo la mano pomposamente y las pronuncio despacio y clarísimamente.

Cuando luego pronuncio defectuosamente sus sonidos horribles, se callan como muertos, no sea que les vuelva a preguntar en público que pronuncien «superabundantemente protocolario» y hagan el oso y me ría yo de ellos.

Más de un misionero ha fracasado porque no tuvo fuerza de voluntad para sobreponerse a las risotadas y codazos soeces del auditorio cuando no pronunciaba bien sonidos que no están hechos para labios civilizados.

En cambio, la experiencia da que el eskimal es bueno, cariñoso, amable y buen compañero cuando se le tiene constantemente debajo de los pies y se le riñe y se le dicen cosas que uno no quisiera decirles.

Ahora bien, tan pronto como una familia eskimal se hace cargo de que el Padre les da una casa y entra en tratos con ellos para que le ayuden, esa familia saca la consecuencia de que sin ellos el Padre no puede vivir..., etc., etc.

Tienen, pues, sus ribetes de razón los misioneros pesimistas que no entrarían en tratos con una familia eskimal por nada de este mundo.

Los mecánicos y los idealistas

Otro grupo de misioneros, los mecánicos, al preguntarles si no sería mejor tener una familia de fiar que les ayudase en los oficios manuales,

responden atónitos:

«¿Y qué voy hacer yo mientras la familia trabaja para mí?»

Prueban la legitimidad de la respuesta diciendo que entre el desayuno y la merienda no tienen nada que hacer y que, como el ocio es origen de todos los males, se emplean con gusto en embellecer la vivienda.

Queda un tercer grupo, el de los idealistas, entre los cuales tengo el honor de figurar conspicuamente.

Este grupo responde que quisiera tener ocupaciones para familias que pudieran dejar al misionero libre para ministerios sacerdotales que tendrían sin duda lugar si hubiera gente capaz de ocupar los ocios del misionero de las lomas del Polo Norte.

Dos opiniones competentes

Al llegar aquí entran en mi habitación los dos Hermanos de Akulurak. Los he llamado para leerles estas cuartillas y pedirles que me den su juicio sobre la manera con que he respondido a la pregunta de mi primo.

Uno, el Hermano Wilhalm quiere añadir de su cosecha que no hay familia que resista vivir de asiento en un lugar determinado, y tiene razón.

Me extraña que no se me ocurriera a mí esa observación. El Padre Fox tuvo una familia de ese jaez consigo por algún tiempo, pero un día el buen eskimal se mudó y todo concluyó verticalmente. Se me había olvidado este detalle.

El otro Hermano observa que he estado perdiendo el tiempo dando razones sobre el porqué de nuestra manera de obrar en Alaska.

Tarda uno cinco años en entender los problemas alaskanos ¿y quiero yo hacerlos asequibles en unas cuartillas de razonamientos? Este Hermano debe ser clasificado con el grupo pesimista.

VI

A TRAVES DE SUDAMERICA

(Viaje mundial epistolar)

«Puchero criollo»

Y con esto hemos llegado al término de nuestro viaje epistolar por Espada y en compañía de españoles. Pero los españoles no somos, ni mucho menos, las únicas personas que pueblan el infinito mundo. Nuestros hijos llegados a mayoría de edad e independizados se han multiplicado y ocupan actualmente todo un hemisferio que es la esperanza mundial de un porvenir tal vez no muy lejano.

El congregante mariano de Buenos Aires, Jacinto Luis Rodríguez, en colaboración con su gran amigo Macario, me escribe largamente durante la guerra para decirme que un misionero de Alaska bien se merece diez pesos para «un completo», es decir: café con leche, pan y manteca, que en Buenos Aires se llama «puchero criollo» aunque realmente no lo es, porque el verdadero puchero criollo es una cosa muy parecida al «coci» madrileño, aunque con menos ingredientes.

En recompensa me pide una estampita con mi nombre que él pondrá en su devocionario y que le ayudará a no olvidarse de encomendarme y encomendarse en mis oraciones. Manda también muchas caricias a los «cachorros del Padre Llorente». ¡Que no se van a poner ufanos cuando les rasque las orejas y les diga que lo hago porque lo piden así desde Buenos Aires!

Gracias por todo, Jacinto, y que nos veamos un día para comentar de palabra lo que ahora cuesta hacer aun por escrito

Los seminaristas del Seminario Pontificio de Buenos Aires sienten ya

en sus tempranos años el problema urgente de las Misiones entre infieles: que los acucia y les obliga a ponerme esta carta:

«Reverendo Padre..., etc. Aquí va una serie de preguntas y peticiones que seguramente usted se alegrará de recibir, y con gozo favorecerá. ¿Y qué le pedimos? Casi nada.

»Quisiéramos que tanto con su carta como con algunas fotografías nos dé a conocer algo de Alaska: con qué clase de almas se trabaja; de qué recursos se vale el misionero para atraerlas, y cómo se las arregla para conservarlas una vez atraídas.

»Quisiéramos nos cuente algo de los sacrificios, de la soledad, de los trabajos que debe arrostrar el misionero y qué es lo que siente en medio de tantos contratiempos y penalidades, qué fuerza de perversión tiene el enemigo y cuál es el más poderoso en estos tiempos.

»Sentirnos curiosidad por conocer todas estas cosas y creo que no será indiscreción el preguntárselas a usted que las está viviendo. Queremos hacer un comentario de lo que usted nos diga a fin de entusiasmarnos todos y ayudar y rezar con fervor creciente por las Misiones», etc.

Como se ve, estos seminaristas argentinos ponen el dedo en la llaga y aprietan de firme.

Clases de almas

Brevemente diremos que la clase de almas con que trabajamos es triple: blancos en el sur, indios en el centro y oriente, y eskimales en el occidente.

Los blancos, unos son católicos, otros protestantes y otros ateos. Los indios, lo mismo, y los eskimales puede decirse que son lo mismo. Los blancos vienen por cuestión de negocios y lo que les importa es que el negocio dé buen resultado.

Una vez establecidos pacíficamente en su propia casa le es fácil al misionero saludarles, hacérseles amigo, hablarles del negocio del alma y convertir a no pocos. Para que una familia se haga cristiana, tiene que tener casa, empleo, cierta holgura, un misionero, la gracia de Dios y buena voluntad. Donde hay esto, las conversiones son una realidad consoladora.

Personas y familias trashumantes, como gitanos, que hoy duermen en Villanueva y mañana en Villadangos, jamás se harán cristianos.

Y esta es la peor peste en las lomas del Polo Norte; que la gente no

vive de asiento en un lugar determinado, sino que cambian continuamente de lugar, siempre en marcha, siempre más allá, en el verano junto a los ríos, en el otoño por las praderas, en el invierno siguiendo los rastros de zorras blancas y rojas, y en la primavera de lago en lago a caza de ratas almizcleras.

El misionero los sigue en trineo durante el invierno y en barca durante el verano. En los centros más poblados, tenemos escuelas donde los niños aprenden a leer, contar y rezar.

La verdadera alegría del verdadero misionero

El misionero no sufre gran cosa si tiene vocación. Es un error imaginarse al misionero medio destrozado por las fatigas, triste, suspirando ayes continuamente y hecho una miseria,

Cuando Dios escoge a uno para un oficio, le da todas las ayudas que necesita para desempeñar razonablemente dicho oficio. Es el caso de San Lorenzo invitando a sus verdugos a volverle del otro lado, aún no tostado, y comerle la carne asada.

Dios está con el misionero que lo es por vocación y obediencia y le hace alegre la vida. La nieve da gusto verla tan blanca. El hielo es ideal para patinar. El frío ayuda a no sudar cuando está uno aforrado de pieles que de otra suerte le tostarían a uno.

Los piojos no son tan repulsivos como los pintan; da gusto verlos moverse perezosamente tan inocentes e indefensos.

La ingratitud del indígena me abre a mí los ojos para que vea mejor cómo debe desagradar a Dios mi letanía de ingratitudes, que también los misioneros somos ingratos a Dios y sucumbimos a la tentación de mirar las cosas con ojos humanos como si no tuviéramos con nosotros a Dios, que es infinitamente bueno, sabio y poderoso; la lejanía de la patria no es tan intolerable como les parece a algunos sentimentalistas descentrados; los mosquitos no pican si se lleva un velo en el rostro; la soledad ayuda poderosamente a unirse con Dios y a desprenderse de las bajezas de este mundo tan villano, tan infeliz y tan lleno de cementerios.

El rey de Chapalatunga

Todo tiene su contrapeso. Los chinos, que en refranes no ceden más

que a los españoles, dicen que cuando es de noche es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad.

Hubo un rey famoso en el antiguo reino de Chapalatunga que llamó a un agorero para que le echase la buena Fortuna. El agorero pronosticó al rey que en un espacio de tiempo muy corto perdería toda su familia. El rey se enfureció y mandó que le decapitasen.

Llamó a otro agorero, quien, con una sonrisa paradisiaca, le anunció que se alegrara, pues su salud y su buena fortuna harían que sobreviviese a toda su familia. El rey se alegró y mandó que le diesen un talento en oro.

Todo tiene su lado menos malo. Para todo hay remedio si no es para la muerte. El misionero que cumple con su obligación vive en paz y muy contento y no se cambiaría por nadie.

Fuerza de perversión del enemigo

Me preguntan los seminaristas porteños qué fuerza de perversión tiene el enemigo y cuál es el más poderoso en estos tiempos. Hoy, como hace dos mil años, el enemigo es el monstruo de tres cabezas: mundo, demonio y carne.

A los paganos les cuesta mucho abandonar su modo de vivir. Antes de que viniera el misionero con escrúpulos de conciencia daba gusto vivir como lo habían venido haciendo los antepasados. Las supersticiones sabían a gloria. Todo parecía diáfano y natural.

Ahora tenemos que confesarnos, proponer la enmienda, creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, confiar filialmente en Dios sin caer en la tentación de pedir ayuda al demonio, que antes era nuestro amigo y compañero inseparable.

Todo eso es muy cuesta arriba para el pobre paganote que va de sorpresa en sorpresa cuando entra de lleno en el estudio del catecismo. Entonces se necesita la gracia de Dios so pena de que todo se derrumbe estrepitosamente.

Cuando las almas buenas esparcidas por la cristiandad oran y se sacrifican por las Misiones, lo que en realidad hacen es obtener de Dios lluvias de gracias que caen mansamente sobre los corazones paganos y les hacen fácil y hacedero lo que de otra manera les hubiera resultado imposible de toda imposibilidad.

Y mientras más almas oren y se sacrifiquen, más abundantes serán

esas lluvias de gracia divina y más paganos vendrán al redil del Buen Pastor.

Los católicos tenemos la responsabilidad abrumadora de ayudar a que el mundo se convierta, como Moisés tenía en sus manos la victoria de su pueblo. La cuestión era que las manos no cesaran de implorar.

Cuando piensa uno en el hecho formidable de que Dios ha vinculado la salvación del mundo a nuestra cooperación, es como para enterrarse uno de miedo.

¡Si lo hiciera el Señor solo! Pero no; quiere valerse de nosotros. Es como para que meditemos. Luego vienen los eternos Judas que tuvieron por padre al del Evangelio y siguen teniendo biznietos sin acabarse de acabar.

Las sectas protestantes norteamericanas son otra peste que no acaba de desaparecer. Lo inundan todo con su espíritu de viajar a lo turista condenando todo lo que no sea de tipo yanqui y esforzándose por norteamericanizar a todo el orbe.

Pues no digamos nada de los mahometanos donde son mayoría. Si recordamos que Jesucristo nos mandó ir por esos mundos, como corderos que se meten entre lobos, no deja de ser un milagro tremendo que un lobo se humille ante un cordero; y son muchos los millones de lobos que se han humillado ante los corderos de Jesucristo. Confiemos y no tengamos prisas irracionales.

Con estas divagaciones misionales respondemos sucintamente a los seminaristas porteños, pero no sé si se darán por satisfechas las alumnas del Colegio de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Buenos Aires que han ofrecido y ofrecen muchos sacrificios a Dios por la conversión del mundo infiel, empezando por Alaska y acabando por el Polo Sur. Son muchas las que aspiran a ser misioneras, loado sea Dios, y que las veamos un día esparcidas por el mundo haciendo bien.

El sueño de San Juan Bosco,

En Chile tenemos al salesiano Francisco Granados que nos cuenta entusiasmado cómo el sueño de Dom Bosco se ha cumplido al levantar en el extremo del continente hispanoamericano una cruz blanca de veinte metros de alta con una inscripción latina del salmista que en castellano quiere decir: «Dominará de un mar a otro mar, y desde el río hasta los confines del orbe terrestre».

Esta profecía, sueño dorado de Dom Bosco, esta ciertamente cumplida

al pie de la letra.

En la isla del Rey, cerca de las islas de Diómedes, entre Siberia y Alaska, cerca del casquete esférico polar eternamente helado, levantó el Padre Hubbard una estatua de Cristo Rey, cuyo modelo en miniatura ofreció personalmente a Su Santidad Pío XII en el verano de 1945; y más arriba aún, en el cabo Barrow, que es el último peñasco terrestre conocido a flor de hielo en estas latitudes occidentales, levantó el mismo Padre una estatua de la Santísima Virgen; y, como donde está María, allí está Jesús, la profecía puede darse por cumplida en lo que atañe al continente americano; porque también los Padres oblatos en el Canadá han clavado la cruz en los extremos habitados más remotos.

Y lo que decimos de estos mares glaciales puede decirse de todos los otros mares donde la lámpara fluctuante del sagrario es testimonio clarísimo de la verdad de la profecía citada.

El salesiano Padre Granados continúa diciéndome que ellos tienen a cargo las tribus de indios esparcidos por la Tierra de Fuego. De los araucanos que Ercilla immortalizó en su genial poema «La Araucana», se encargan los capuchinos alemanes.

El Padre Granados, profesor de historia, aprovecha esa oportunidad para dar a cada uno lo suyo y salir en defensa de los héroes y santos españoles que colonizaron al Chile en los días de Valdivia.

Aquí en las lomas del Polo Norte saben a gloria noticias como estas venidas de las lomas del Polo Sur, y le instruyen a uno inconscientemente.

Con los guaraníes del Paraguay

De Chile pasamos al Paraguay, donde nos esperan dos almas muy de Dios. El Padre Antonio Guasch, S. J., fue en otro tiempo misionero —son sus palabras— «donde retumban furiosas olas al romperse con estruendo contra el coral milenario», frase verdaderamente digna de parangonarse favorablemente con las más felices de Castelar y que me dice a mí que el Padre Guasch del Paraguay es el mismo Padre Guasch que estuvo de misionero en el Japón y en las Carolinas.

Me confirma en ello lo que luego me dice, que al arremeter con la lengua guaraní arremete contra la duodécima lengua.

Al ponerme a contarlas yo mismo, sospecho que se trata del español, latín, griego, italiano, alemán, inglés, francés, japonés, carolino, portugués,

tal vez chamorro y ahora guaraní.

Si las domina todas como domina el guaraní, el Padre Guasch es un monumento políglota; porque resulta que sólo en tres años de aprendizaje del guaraní se ha lanzado a publicar una gramática de esa lengua que él generosamente me ofrece, pero que yo he optado por declinar, pues no me sería de provecho entre eskimales.

¿Y quién ha sido su maestro de guaraní? No otro que el Excmo. y Rvdmo. señor Arzobispo de la Asunción en persona y con la carga no muy ligera de ochenta años bien cumplidos. Para que veamos que en este mundo de Dios se trabaja a ciencia y conciencia por la extensión del Reinado Jesucristo.

La otra buena persona del Paraguay es el señor Rodríguez Leguijomón, que pasa los inviernos en Córdoba la argentina estudiando derecho y con el cargo honroso de delegado misional del Consejo Archidiecésano de la Acción Católica.

Me envía lo que él llama «humilde recuerdo» suyo y es su propio retrato, donde se le ve con porte aristocrático y una mirada decidida que parece reflejo fiel de un carácter indomable y emprendedor. Tiene planes vastísimos para la organización de una exposición misional en la Asunción, para la cual piensa invitar otras ramas de la pujante Acción Católica de aquella localidad.

Un nombre injusto

Y ahora, si bajamos río abajo, llegamos al Uruguay con su magnífica capital, Montevideo, donde una señorita de la calle de Williman se me enfada porque tengo un nombre que no me hace justicia; pues en vez de Segundo Llorente debiera llamarme Primero Riente.

Tanta gracia me hace esta ocurrencia, que más de una vez y más de dos me he distraído durante la lectura espiritual, siempre con la duda punzante de si en realidad debiera cambiarme el nombre como me lo sugiere la futura abadesa del Uruguay.

Vocación y perseverancia

Y, sin salir de ese país tan rico, quiero saludar al seminarista Lellis Rodríguez, que me dice entre otras cosas:

«Yo estoy en un seminario menor; pido mucho por ustedes los misioneros y le ruego me ayude a pedir a Dios la gracia que no merezco de llegar al sacerdocio para salvar almas militando en las filas del clero secular en nuestro querido Uruguay que tiene buena necesidad de sacerdotes.» Que Dios nos oiga, amigo Lellis, que Dios nos oiga, y que no te ocurra a ti lo que aconteció a otro joven de un seminario menor de cierta república hispanoamericana, que me escribía todas las semanas y me ponía de vuelta y media por mi testarudez en negarme a enviarle apuntes de la lengua eskimal que él aprendía de memoria los días de vacación y mientras los demás dormían la siesta; porque no le cabía duda de que Dios le llamaba para Alaska y quería irse preparado con el aprendizaje del idioma alaskaño.

Yo le contestaba con una tarjeta y él volvía a la carga con renovados bríos. De repente cesó el chaparrón de cartas. Pregunté qué le había ocurrido a mi futuro conmlitón y cuál no sería mi asombro al oír que un día fue a ver una corrida de toros y que se entusiasmó tanto con el arte de torear que ahorcó los libros y se metió a torero.

¡Benditos los días, me dije, que no malgasté emborronando cuartillas en eskimal que luego habían de perecer ahorcadas ante los muros de una plaza de toros!

Sus amigos creyeron que había sido ese el Ceferino tan conocido que mereció todo un artículo de contestación; pero ya vimos más tarde que no fue ése el tal Ceferino.

Y no sólo a ti mi caro Lellis, sino a los del seminario mayor de Montevideo que me escribieron, les deseo la perseverancia hasta el fin.

Extremos de fervor

Por vía de muestra nombremos a Pablo, Nelson, Oscar, Galo y demás capitaneados por el celoso Padre Poceiros y el presidente Agustín Hernández. Estos jóvenes no son buenos comoquiera, sino muy buenos.

Figúrense ustedes que en sus fervores de coleccionar limosnas para la beca de un sacerdote indígena misionero, uno de ellos, después de haber agotado todos los recursos, como vio de repente que tenía dos pares de tirantes para sujetar los pantalones, vendió un par y entregó el precio para la beca.

Si reprodujésemos aquí todos los extremos de fervor misional de estos seminaristas tal cual me lo escribe el Padre Poceiros, no acabaríamos nunca.

Yo lo achaco en gran parte a que el mismo Padre Poceiros es un hombre de entusiasmo por las Misiones y, así como el fuego quema cuando toca, así el buen Padre entusiasma a todos los que trata.

En mi humilde parecer opino que un sacerdote que es el alma de organizaciones misioneras y mantiene al rojo el espíritu misional de dichas organizaciones, hace tanto bien o más quedándose donde está, que abandonándolo todo a manos tal vez inexpertas y volando él en persona a la línea de fuego en países de Misiones.

Sin una retaguardia como la del Padre Poceiros no podemos hacer nada aquí en la vanguardia donde se nos acaba la munición y quedamos completamente estériles.

Asimismo en Motevideo tenemos a los apostólicos, jovencitos que se preparan para ser un día sacerdotes, los cuales arden en deseos de saber cosas de Misiones, por las que sienten una predilección singular.

Los dirige y alienta en estos fervores su director y antiguo connovicio mío de Carrión, el Padre Cayetano Pinto, que dejó Salamanca por las dilatadas pampas del sur de América.

En el Perú de los Pizarros

¿Quién no ha oído hablar de Lima, la capital del Perú de los Pizarros? Hoy Lima tiene más de medio millón de habitantes, que no es decir poco. Tiene también almas buenísimas entre la juventud estudiantil, como lo demuestran las cartas que nos llegan de aquella ciudad histórica. Francisco Bresciani se había entusiasmado con China, pero un día leyó no sé qué cuentos míos y viró en redondo y quiere venir a hacerme compañía.

No, Francisco, no vengas a estas tierras tan frías. Pide perdón a China y reconcíliate con ella cuanto antes. Jorge Mena sueña con la India y no hay auroras boreales que le encandilen y le arrastren hacia Alaska.

Me dice que su profesor de Historia Universal, el Padre Delgado Cros, mi condiscípulo de Filosofía y Ciencias, les cuenta muchas historias particulares mías, en especial los buenos ratos que pasábamos con un Padre excesivamente grueso, muy chistoso y muy amigo del rapé.

José Gálvez me cuenta cómo el R. P. Viceprovincial, compañero mío de estudios, celebró la santa misa el día de San Luis, en que hicieron la primera comunión treinta niños del colegio. Aquella tarde tuvieron una velada muy animada con la representación del «Marquesito de Castellón»

además de un rato de cine.

Antonio Blanco se descuelga con un sermón en toda regla y me dice lo importante que es salvar almas. Da gusto leer estas ideas salidas de la cabeza de un jovencito que, si no fuera tan bueno, andaría robando nidos o persiguiendo mariposas.

Dicen que dijo el almirante Nelson que la batalla de Trafalgar se había ganado en los patios del Colegio de Eton. Parafraseando este dicho célebre, podemos decir que las batallas por la salvación de las almas se ganan en los colegios donde los colegiales predicán sermones sobre la importancia de la salvación de los infieles.

En todo grupo de colegiales entusiastas sobrevivirán dos o tres que, andando el tiempo, serán misioneros activos en los países de infieles. Si cada colegio diera dos misioneros cada diez años, el problema del personal misionero se resolvería en seguida.

Cuestión de nombre

Peruanos son también Jimmy Watson y Harold Smith por más que sus nombres no lo parezcan. Sus cartas, en cambio, escritas en un español impecable, lo parecen, y mucho.

En las Américas se pueden ver todos los nombres más comunes del universo mundo. En los Estados Unidos hay dos millones de nombres españoles. En el Congreso se sientan diputados con nombres como Chávez y Fernández, y yo no pude por menos de arquear las cejas cada vez que oí por radio o leí que Juan Martínez o Antonio Pérez había sido condecorado con la cruz de tal o cual por su heroísmo en el campo de batalla al tomar por asalto esta o aquella isla del Pacífico. De ordinario son mejicanos o nacidos en los estados próximos a la frontera mejicana.

Finalmente, los peruanos José Antonio Rivera y el intrépido Mazzei, que tiene a su cargo la vitrina de Alaska en el museo de Misiones.

Un misionero en Colombia

En Popayán, la capital del departamento del Cauca en la república de Colombia, tenemos a Pedro Antonio Martínez Uribe, que lleva camino de ser algún día Cardenal Prefecto de la Propagación de la Fe, pues ya en sus tiernos años escribe de su puño y letra frases como éstas:

«Ustedes los misioneros, son mil veces más valientes que todos los héroes del mundo. Yo los admiro o todos como a verdaderos santos; y lo son. Permita Dios que yo algún día siga sus pasos. Esos son mis deseos y los de mi mamá, que me está mirando mientras escribo esto y me dice: «Dile al Padre Llorente que nos ayude a alcanzar de Dios este gran favor.»

Luego, al cabo de otras noticias personales, entre las que espigamos que tiene diez años de edad, termina así:

«Por favor, contésteme a vuelta de correo, pues estoy loco por recibir una carta de un misionero. Desde hoy voy a ofrecer por usted el rosario que rezamos en casa todos los días.»

Cartas como ésta hacen que, al fin y al cabo, la vida merezca la pena de vivirse. Cualquiera nación que tenga familias como ésta, alcanzará de Dios esas gracias que tanto pedimos paz, religión, prosperidad y bienestar.

Y tú, Pedro Antonio Martínez Uribe, eres un héroe mayor que los capitanes generales que ganan batallas teñidas en sangre humana. Que Dios te conceda la gracia inmensa de ser un día representante suyo en algún país sumido en las sombras tenebrosas de la gentilidad. Amén.

En busca de un tocayo

En Mérida de Venezuela el estudiante Hugo Rivera quiere saber si hay algún eskimal que se llame Hugo, y si lo hay, quiere que le salude de su parte. Tengo el honor de responderle afirmativamente.

Aquí mismo, en Akulurak, tenemos un chico de dieciséis años que se llama Hugo Chápak, muy feo, pero muy bueno y muy habilidoso para oficios manuales.

Le he dicho que le saluda un tocayo venezolano, y el muy bonachón de Chápak me enseña toda la dentadura en una sonrisa beatífica que delata el crimen horrendo de no haber oído hablar de la ciudad de Mérida en la república de Venezuela o Pequeña Venecia.

Hugo Rivera quisiera mandarme algo, pero como los tiempos arden en guerras, por el momento se contenta con encomendarme frecuentemente ante el sagrario en la capilla del colegio.

Del Seminario de Caracas también nos llegan noticias que indican el alto nivel espiritual de aquel centro del saber dirigido por Padres de la Compañía.

VII

DE CENTROAMÉRICA A ALASKA

(Viaja mundial epistolar)

Una carta sin señas

En la capital de la república centroamericana de El Salvador se encomienda en nuestras oraciones y pide por las Misiones y los misioneros la señorita Iberia Dolores Filomena Mayans, que lamenta no recibir contestación. Este es un caso práctico en que la culpa no es mía, pues no me dio más señas que su nombre y San Salvador, que tiene por lo menos noventa mil habitantes.

La carta, preciosa, merecía respuesta y la obtuvo, pero otra carta me dice que nada mío ha llegado. Si la salvadoreña hija de españoles me da la calle y el número, me apresuraré a complacerla.

San José de la Montaña

En esa misma ciudad, en el Seminario central de San José de la Montaña, tenemos un verdadero jardín de lirios entre los que se apacienta el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Recordemos a Luis Amado Molina, Rafael Aguirre, Juan Antonio Reyes, Sinesio Rodríguez, Ricardo Cea y demás, pues no es cosa de pedir los nombres de todos los seminaristas que ofrecen sacrificios y oraciones por las Misiones. Este seminario, tan estratégicamente colocado, es como un semillero del cual se nutren de sacerdotes las naciones hermanas y vecinas hasta la distante Colombia.

Como si el fuego del Padre Arrieta no quemara ya bastante, vino a abrasarlos el Padre Faustino Martínez, que tiene la gloria de haber luchado en la Cruzada española por los frentes de Sigüenza y el Guadarrama como buen navarro. Dice así el Padre Martínez:

«Llevo un año en este seminario y, como en todas partes a donde voy, he procurado meter un poco de fuego por las Misiones, pues estoy persuadido que este fuego es muy bueno para quemar egoísmos y todos los «ismos» que no sean el heroísmo santo por Dios y por las almas, y claro, al hablar de Misiones, no podía pasar por alto la Misión de nuestro «Don Segundo» como le llamó aquel asturiano. Tenemos aquí ochenta seminaristas.

»Les he venido inculcando estas dos ideas «primera», que S. S. Pío XI puso al lado de Javier como patrona universal de Misiones a una monja de clausura. Bonita lección para animarnos a ser miembros con la oración y el sacrificio.

»Segunda, que así como los misioneros no son enviados a las Misiones así en general, sino a una en particular, y aun dentro de esa Misión particular se les da un puesto concreto en un lugar también concreto, así nosotros los misioneros de retaguardia deberíamos concretarnos a un lugar determinado con su misionero y rezar y sacrificarnos por él y sus empresas.

»La idea ha gustado, y ahí tiene usted la explicación de esas cartas de estos seminaristas que dicen le quieren tomar a usted como su misionero, y Alaska por su Misión,

Con la escasez de clero que hay en Centroamérica se consuela uno al ver que los pocos clérigos que hay son almas muy de Dios, y si recordamos que bastaron «doce» para plantar la semilla que ha venido fructificando en cosechas ubérrimas de amor de Dios en la Iglesia católica, bien podrán ochenta sacerdotes santos comenzar una nueva era de fervor cristiano en regiones ya tan cristianizadas como las naciones hermanas de Centroamérica.

Dejemos a los isleños de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo que como están cerca les he podido responder con cierta facilidad.

Amigos de Méjico

En Méjico tenemos amigos a granel. Me es grato agradecer al

seminarista de Yucatán, Luis Góngora, las frases de aliento y cariño que prodiga en sus fervorosas cartas. Lo mismo hacen otros seminaristas de allí que sienten cada vez más el problema de las Misiones y nuestra responsabilidad para resolverlo satisfactoriamente.

Me dicen que nosotros los misioneros no tenemos idea ni remotamente siquiera del efecto estupendo que hace una carta venida del frente misional, cosa que creo de buena gana, pues recuerdo vivamente los efectos que produjeron en mí las cartas venidas de China hace más de veinte años cuando yo andaba como pez alrededor del anzuelo todo tembloroso y con ansias de picar y tragarme hasta el corcho.

En la ciudad de Méjico nos respalda incondicionalmente la Congregación de María Inmaculada y San Juan Berchmans como nos lo asegura el secretario Gabriel G. del Valle. Esa floreciente Congregación tiene una sección dedicada de una manera especial al cultivo de la idea misional con propaganda, correspondencia, oraciones y sacrificios.

No hay duda que la patria de San Felipe de Jesús, mejicano martirizado en el Japón muchos años ha y canonizado luego con sus compañeros de martirio; la patria del Padre Pro que dio su sangre por Cristo con una naturalidad que pasmó al mundo; la tierra, en fin, donde hizo brotar flores de Castilla en el invierno la Virgen de Guadalupe... no hay duda, digo, que esa tierra es tierra que algún día llegará a figurar preeminentemente entre las naciones que han de contribuir poderosamente a la extensión del Reinado de Jesucristo en el mundo.

Los congregantes de María Inmaculada y San Juan Berchmans están listos para cuando se dé orden de avanzar.

Primavera y chocolate

En Méjico también las señoritas Victoria Rivero de Escalante y Guadalupe y Victoria Escalante me escriben que han leído el libro «En el país de los eternos hielos» y que este país se parece muy poco al suyo, que es «El país de la eterna primavera», y no creo que exageren, porque he hablado con turistas yanquis que han dado la consabida vuelta por Méjico y me han dicho que no encuentran palabras para ponderar debidamente las bellezas naturales de aquel país que electrizó a nuestro Cortés, el legendario quemador de las naves castellanas.

Estas buenas mejicanas estaban esperando a que terminase la guerra para mandarme chocolate, que dicen no le hay en todo el mundo tan bueno

como en Méjico, lo cual me parece una pequeña exageración, porque en León, de España, había en mi tiempo la llamada chocolatería «Millán», donde yo compré muchísimas pastillas, que superaban a todo el chocolate que he probado desde que abandoné aquella ciudad dos veces milenaria.

Demos a cada uno lo suyo. Méjico tendrá más pájaros que España, pero no mejor chocolate, y si no, a la prueba me atenderé cuando me llegue el anunciado chocolate y me lo haga la cocinera Sor Catalina la irlandesa.

Correo a pique

Y con esto estamos de vuelta, pues no hay por qué enumerar las familias de habla española residentes en los EE. UU. que siempre han acusado recibo de la tarjetita de Akulurak. En octubre de 1945 el vaporcito fluvial que traía la correspondencia fue volcado por las olas y se perdieron varias sacas de correo.

¡Sólo Dios sabe la que perdí yo en ese accidente, si es que perdí algo, que no lo sé aún a punto fijo!

Si no recibieron mi carta, quiero agradecer desde aquí a los Hermanos Juniores de Veruela aquella carta firmada por el Bedel; carta que me hizo tanto bien como un triduo de renovación.

La carta de un eskimal

Y ya que todo el tema ha versado sobre cartas, quiero traducir aquí literalmente la carta que me escribió un eskimal.

Jorge Pásgatak es un viudo con tres hijos y quiere casarse con Carolina, que es una viuda con cinco.

Jorge no sabe inglés, pero dictó la carta a un chico que estuvo dos años aquí en Akulurak. El inglés es abominable, pero las ideas son castizas de lo más puro que se da entre los eskimales de mi distrito. Dice así Jorge Pásgatak:

«Reverendo Padre. Yo iba a casarme con la señorita Carolina, como que la he estado manteniendo puede decirse; pues lo que le di estos meses me costó en conjunto setenta y nueve dólares y setenta y cinco céntimos.

»Ahora ella dice que a lo mejor usted no quiere que ella se case conmigo. Bueno, entonces ella no me puede pagar los setenta y nueve

dólares y setenta y cinco céntimos. Entonces, si ella no me paga, págume usted. Si tiene algo que decir, escíbame inmediatamente.»

Y aquí el escribano echa la firma de Jorge Pásgatak. La carta llegó hace tres días en un trineo que pasó por aquí. No lo he respondido aún, pero la respuesta va a ser sencillísima. Desde luego no será publicada, a no ser que lo exijan los lectores de EL SIGLO DE Las MISIONES, pues ya sabemos que en determinadas circunstancias la voz del pueblo es la voz de Dios.

Ante el ejército misionero

¿Y qué hemos de decir al llegar felizmente al término de nuestro viaje mundial epistolar? Lo primero que se escapa de los labios es un hacinamiento de gracias a Dios nuestro Señor. ¡Cuántas almas buenas hay esparcidas por el mundo! ¡Con qué fervores tan encendidos aman a Dios tantas almas de quienes el mundo no ha oído hablar jamás!

Retumban los cañones en guerras fantásticas, redoblan los malos sus esfuerzos para aniquilar la idea misma de Dios, todos los demonios del infierno parecen andar sueltos con poderes extraordinarios para hacer guerra a los católicos genuinos... y, sin embargo, esos católicos marchan de frente abriéndose camino con la espada desnuda y derribando aquí al mundo, allá al demonio, más allá a la carne y corriendo a llenar los huecos ocasionados por la muerte en el frente misional.

Somos muchos: muchísimos. A todos nos une estrechamente el celo por la salvación de las almas. Unos misionando al infiel, otros adiestrando a los futuros misioneros, otros orando y sacrificándose, otros contribuyendo con limosnas, otros contribuyendo con la pluma, el escenario o el púlpito, otros sembrando la idea misional en las aulas, en los recreos y en las conversaciones privadas, otros alentando a los que luchan en las avanzadas, todos formamos ese formidable ejército que debiera ser mayor aún, pero que es lo suficientemente grande para que se cumplan las palabras de Jesucristo cuando dijo que cuando fuera levantado de la tierra, es decir, crucificado, lo atraería hacia Sí.

Todo lo ha atraído hacia Sí: las maldiciones de los malos y las alabanzas de los buenos. Nosotros somos de los buenos, y nos pasmaríamos si viéramos de repente cuántos compañeros tenemos. No está todo perdido. Aún hay inocencia en el mundo y la habrá hasta el fin.

El mundo no se acaba mañana ni pasado mañana y jamás el infierno prevalecerá sobre la Iglesia católica. Nosotros los católicos somos los elegidos para que el Evangelio de Jesucristo se establezca definitivamente en todas las naciones del orbe aunque tengan que pasar centenares de años antes de que alboree tan venturoso día.

Los que muramos en ese esfuerzo, no morimos, como no murieron los apóstoles, que nos precedieron y son nuestro norte y nuestros guías desde Pentecostés. Ir al cielo a reinar con Cristo no se llama morir, sino vivir, y vivir vida divina. Morir eternamente, condenándose, eso es morir de verdad y por desgracia.

Nuestro primer misionero, Jesucristo, murió en la cruz. Los apóstoles murieron, como sabemos. Nos precede una estela de martirios cruentos e incruentos, y no es cosa que nosotros queramos ser tratados de otro modo.

Gracias a Dios hoy como ayer está listo el ejército de misioneros que lucha en las batallas de Dios, y nosotros somos soldados de este ejército leal y glorioso que un día entrará triunfante en el cielo en pos de las banderas victoriosas. He dicho.

Una observación a los lectores

Bajando de nuevo al polvo de la tierra quiero hacer una observación a los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES. Ahora que la guerra ha terminado, y la correspondencia internacional se normaliza establemente, sepan todos que no existe montón de la izquierda ni cesto de los papeles. Toda carta que llegue a mis manos será contestada, no con otra carta larga e interesante, sino muy brevemente, a no ser en casos que requieran una respuesta larga y tendida. De España no me manden absolutamente nada; sólo quiero cartas, oraciones y sacrificios.

El que quiera enviar una limosna, que la envíe al director de EL SIGLO DE LAS MISIONES, con quien tengo un contrato que nos beneficia a los dos. Basta con que digan que la limosna es para mí, y ya él sabe lo que tiene que hacer. Esas limosnas, después de beneficiar a Alaska, marchan a hacer bien a otras Misiones más necesitadas aún.

Los lectores de las repúblicas americanas pueden enviar cuanto les dicte su corazón generoso, pues el correo interamericano es más expedito y bastante seguro.

Finalmente quiero agradecer una vez más a todos sus oraciones y

sacrificios. Por mi parte, después de poner en orden mis negocios parroquiales, pido a Dios con todo el encarecimiento de que soy capaz por las intenciones de todos los que me escriben; y cuando alguna necesidad sobresale entre las demás, la tomo aparte como asunto personal mío y no la dejo en mucho tiempo.

La necesidad que más me urge estos días es que la inundación antiespañola que se ha desbordado tan escandalosamente no ahogue en su oleaje a la España del Pilar, de Isabel la Católica y de la Cruzada de 1936.

VIII

LAS MISIONES CAPUCHINAS DEL CARONI

La misión del Caroní

En las espesuras de la república de Venezuela, al sur, en el Estado de Bolívar y en la llamada Misión del Caroní, a lo largo del río Kavanayén, bajo el patrocinio de Santa Teresita del Niño Jesús, tienen los hijos de San Francisco una Misión donde se educan y civilizan cristianamente los indios que habitan aquellas selvas bravías.

Yo no había nido nunca hablar a nadie de aquella Misión e ignoraba por completo la gran labor evangelizadora que llevan a cabo los Padres capuchinos en aquel pedazo virgen de Hispanoamérica.

Ahora, en cambio, no sólo he oído hablar de aquella Misión, sino que me parece vivir la vida diaria de aquellos abnegados misioneros.

Dicen que la mitad del mundo no conoce a la otra mitad, y que ese desconocimiento es la causa de que la mitad del género humano esté siempre en guerra con la otra mitad.

Mientras más nos conozcamos mutuamente, mejor nos entenderemos; más nos amaremos y cooperaremos mejor en las obras de caridad y celo de nuestros hermanos, que lo somos todos, pues tenemos por Padre a Dios que nos sacó a todos de la nada.

Cartas de Venezuela

Un día el correo me trajo dos cartas de Venezuela. Las contesté como por rutina; pero pronto me vinieron más, hasta que de la noche a la mañana noté que me estaba interesando tremendamente por aquel lugarcito tan amable de nuestra hermana Venezuela.

No sólo eso, sino que llegué a creer que mis amigos los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES gustarían de compartir conmigo los buenos ratos que yo pasé leyendo noticias de un país donde el hielo y la nieve brillan por su ausencia.

Los presos sueñan con brujas que cabalgan en escobas por los aires. Los misioneros de Alaska nos recreamos saliendo alguna vez de estas nieves perpetuas y carteándonos con los misioneros que se asan en Bagdad y se derriten en las Carolinas y en las selvas americanas.

Lo que cuenta la Hna. Gabriela

Dice así, entre otras muchas cosas, la carta de la Hermana Gabriela:

»Usted, Padre, no me conoce; pero yo a usted sí; como que hace cinco años que vengo rezando diariamente por usted una decena del rosario, sin faltar un solo día. Desde que le conocí en la Revista de Misiones, nunca he dejado de ofrecer algún sacrificio por sus intenciones y le envío con frecuencia mi santo Ángel para que le ayude

»Cuando llegaron a este lugar los Padres capuchinos, no había más que una choza de indios; hoy llegan ya a veinte y seguimos construyendo. Tenemos internados para niñas y para niños; indios todos. Cuando vienen no saben el español, pero lo aprenden bastante bien. El año pasado salieron seis niñas ya casadas y viven aquí en el pueblo.

»La india es fuerte y trabajadora, va al conuco, lo limpia y lo siembra; arranca la yuca y carga tranquilamente con cuarenta o cincuenta kilos.

»Padre, ¡si viera lo que comen...! Yo no sé cómo tienen tanta fuerza con tan pobre alimentación. Un caldo sin sal y con un ají picantísimo. Si hay pececitos, menos mal; si no, más nada. Lo ponen en una ollita de barro y ahí va toda la familia mojando el pedazo de casabe, que es el pan de por aquí. Si no hay yuca, no pueden hacer casabe. Entonces cogen unas hojas de ocumo y las sancochan. A eso lo llaman «ahosá».

»También cazan dantos, venados, baquiros y chigüires. Cuando un indio caza un animal, lo trae al capitán y en su casa hacen partes para todos los indios del caserío. Todos comen y en un día se acaba la cacería, aunque haya sido un danta muy grande...

»¡Cómo me contenta que esté usted ayudado por monjas! Porque las mujeres, aunque nos tengan por majaderas, somos necesarias para los

oficios caseros. El misionero no puede ocuparse de esas cosas, y además, como ustedes no se cuidan, tiene una que estar detrás...

»Nosotras aquí criamos gallinas y cochinos, vamos al conuco con las indiecitas, ayudamos a desbrozar y, cuando las indias nos traen la yuca, la preparamos aquí para hacer el casabe.

»Una Hermana va al río a lavar la ropa de más de cincuenta personas. La quebrada en que lavamos queda a quinientos metros de la casa, traemos a cubos el agua del río Kavanayén, que está a cuatrocientos metros. Hacemos dos viajes por la mañana después de misa, que es a las cinco y cuarto; por la tarde hacemos otros dos viajes.»

Y así por el estilo continúa nuestra abnegada Hermana Gabriela, que me cuenta detalladamente la vida en aquella Misión tan distinta y a la vez tan semejante a esta mía. El día del Juicio nos llevaremos sorpresas agradabilísimas al ver con cuánta fidelidad y abnegación amaron a Dios tantas almas de quienes nunca tuvimos la más leve noticia.

Yo leo la carta dos veces. ¿Qué serán dantos, baquiros y chigüires? El conuco es el campo de labranza, sin duda. Muy interesante lo del casabe.

La carta de una niña arekuna

Con esta carta viene otra escrita por una niña de aquella Misión y dice así:

«Muy respetado Padre: paz y bien.

»Te escribo para saludarte y pedirte la bendición. ¿Cómo estás? Te conocimos por la Revista de Misiones; por eso te pongo esta cartica, para que nos conozcas.

»Yo soy una indiecita de esta Misión, soy interna y estoy con las Hermanas. Yo antes no sabía nada, ni conocía a Dios; pero ahora he aprendido a hablar en español. Yo hablaba el arekuna. Te voy a poner unas palabras arekunas.

»—“Yure etepai edai edak”: Yo quiero ir para allá.

»—“Uaki pe medan?” ¿Tú estás bien?

»Mira, Padre, te vimos con una calavera en la mano; otra vez con una piel y te parecías a un león; pero no muy bravo, porque te reías.

»Yo te voy a mandar un retrato mío para que me conozcas, que,

aunque soy india, no soy muy fea y sé rezar también por los misioneros que, como estos Padres capuchinos, están enseñando a conocer a Dios en otras partes del mundo.

»¿No quieres tú rezar por nosotras para que siempre seamos buenas? ¿Cómo pasaste tú la Navidad y los Reyes? Nosotras muy bien y contentas. El Niño Jesús nos mandó muchas cositas bonitas por medio de algunos señores buenos de Caracas.

»Aquí hay muchas clases de flores; parásitas, moradas, blancas, y dicen que las hay rosadas muy lejos, hacia el monte Faritepuy. Los pájaros son lindos y hasta vinieron señores de los Estados Unidos a buscarlos para llevarlos.

»Algunas veces hace frío aquí y mucho viento. Yo conozco el hielo. El otro día un señor lo trajo en un termo y nos dio a toda, y nos parecía que nos quemaba. ¿Tú tienes mucho frío? ¡Pobrecito, me das lástima! Estoy rezando mucho por ti para que no lo sientas tanto y te hagas santo.

»Adiós, bendíceme y que me contestes pronto.»

Esta carta es índice del alto grado de civilización a que llegan en el Caroni los indios evangelizados por los Padres capuchinos, y nadie mejor que otro misionero puede hacerse cargo de ello.

Esa niña no sabía ni una palabra de español cuando la recogieron en la Misión. Ahora, al amparo de las Hermanas Misioneras, no sólo habla español, sino que lo usa para hablar bien de Dios a quien no conocía antes de venir a la Misión. No presupongamos nada. Hay que examinar debidamente todas las circunstancias.

Otra carta que no tiene precio

Parecida a ésta es la de su hermanita que dice así:

«Muy estimado Padre: paz y bien.

»Leí la carta que escribiste a mi hermana y me gustó mucho y dije, pues yo también le voy a escribir; Pero en esos días estaba en la cocina y las ollas no dan tiempo sino para meterles leña.

»Yo vine a la Misión hace siete años y ya sé hablar y escribir, cortar y coser, cocina, lavado y planchar y algo de todo para no ser tan india como las demás de mi caserío. Ya tenemos aquí luz eléctrica.

»Ayer pusieron la radio, pero estaban malas las pilas. En la noche

vimos cuatro películas. El Padre las pasó en una Kodak y reímos mucho.

»Yo estoy comprometida con un muchacho de casa de los Padres, pero está muy tremendo; se porta mal, se huye, les roba papelón a los Padres y yo le digo que no me caso con un ladrón. Entonces él se pone triste y dice que se va a componer.

»Bueno, si se compone, será dentro de dos años; y si no, que busque otra. ¿No te parece que así está bien? Porque yo, aunque soy india, tengo cabeza y pienso: pero él como que no tiene cabeza.

»Me han dicho que ahí tenéis perros muy grandes para tirar de carros trineos. Nosotros los indios también tenemos perros para cazar dantos y venados; pero son perros flaquísimos, se les pueden contar las costillas.

»El perro que nos cuida a nosotros se llama León y en verdad que nos cuida. El otro día hice como que me iba corriendo por el corral y el perro me alcanzó y me agarró por la manga del vestido. Bueno, no te quiero quitar más tiempo. Tú reza por mí como yo rezo por ti.»

Esta carta no tiene precio. Por ella me entero de que los buenos Padres capuchinos tienen que habérselas con problemas en todo semejantes a los míos.

Problemas idénticos

Los chicos se escapan. A la luz de los lamparones ha sucedido la luz eléctrica. Los chicos roban lo que pillan. Han instalado radio y hasta cine para amenizar la monotonía disolvente de la vida en una Misión aislada.

Las niñas y niños crecen en ambiente cristiano y cuando crecen se casan y forman vida aparte en el caserío, que así crece y se multiplica, multiplicándose así las familias cristianas en aquellos campos dilatadísimos.

Pero ¿por qué se escapan los chicos? No deja de ser interesante que mis eskimalitos de Akulurak se fugan como se fugan los indios de Venezuela y como se fugaron dos primos míos, mis condiscípulos, ere un seminario menor situado en las riberas norteñas de León en las márgenes del río Torio.

Los chicos de Akulurak de ordinario escogen el día más frío para fugarse; esos días de viento norte que corta la piel del rostro y hace casi imposible la respiración.

Afortunadamente todos fueron capturados y devueltos a la Misión

hasta el año 1940, en que dos chicos se fugaron un día después de haberse helado el río, que atravesaron de noche. Todas las búsquedas y rebúsquedas fracasaron y nunca se volvió a saber de ellos.

Probablemente en el cruce de afluentes y lagos que lo llenan todo por estas marismas encharcadas se quebró el hielo y se hundieron para siempre; o bien se extraviaron por la maleza, se fatigaron en exceso y sudaron, se sentaron a descansar, se durmieron, se helaron tiesos como acero y quedaron a merced de los lobos nocturnos que los olieron y se dieron en ellos la gran cena.

Asimismo, si no cierro con llave las puertas, mis candorosos eskimalitos me dejan sin cien cositas que yo quiero conservar para regalos y sorpresas en los días de grandes fiestas.

Un día de Primera Comunión

Pero abramos otra carta del Caroní y veamos qué nos dice:

«Estimado Padre: paz y bien. La bendición.

»¿Cómo estás? Ya te conozco por tu retrato. ¿Por qué tú vives tan lejos y con ese frío? Me das lástima. Aquí estamos muy bien. Los muchachos con los Padres son dieciocho; nosotras con las Hermanas somos veinticinco.

»Hoy, seis niños y dos niñas hicieron la primera comunión. Mientras tocaban para la misa las dos veces, el Padre Eulogio bautizó tres niños y una niña de ellos, mientras tanto fuimos unas a buscar agua y otras se quedaron en la cocina barriendo y preparando las mesas para el desayuno. El Padre Víctor dijo la misa; cantamos unos cánticos muy bonitos.

»Luego vino el desayuno. Los niños de la primera comunión se desayunaron con los Padres y Fray Roberto. ¡Ay qué desayuno tan sabroso! Chocolate, domplines, mantequilla, galletas, paella y no sé qué más. Así no es todos los días; eso porque era día de fiesta y grande.

»Mira, Padre, yo estoy comprometida y este año será mi matrimonio. Siento mucho dejar esta santa casa donde he sido muy feliz; pero qué se va a hacer, el muchacho es muy bueno y yo ya tengo dieciocho años y sé cortar y coser de hombre y de mujer, y sé lavar y planchar y cocinar, así que ya ves: como si tú quieres te puedo ir a ayudar.

»Oye, Padre, voy a pedir todos los días por ti. A mí me gusta comulgar, así que ya vas a ver cómo voy a ofrecer por ti y tus niños

eskimales muchas comuniones y misas y rosarios. Pide tú por mí y bendíceme,

Esta carta describe a la letra lo que hacemos aquí los días de primera comunión. Los afortunados se sientan en mesa aparte con manteles planchados y servilletas muy bien dobladitas que ellos no saben cómo usar.

El desayuno tiene por fuerza que ser especial: fruta seca remojada, pan tostado, mantequilla, chocolate con leche condensada y en el centro de la mesa un jarrón de flores artificiales, las únicas que florecen en estos «campos de soledad y mustios collados».

Yo no los bautizo antes de la misa, sino el día anterior, para no embarazarme tan de mañana con bautismos a la luz de una bombilla más amarilla que blanca.

La fiesta del Superior

Otra niña del Caroní no quiere ser menos que sus compañeras y me escribe así:

«...Ahora te voy a contar la fiesta que tuvimos para celebrar el santo del Padre Víctor, que es el superior.

»Por la mañana, uniformadas todas, fuimos a misa y comulgamos. Después fue un sabroso desayuno: chocolate, chicharrón, hallacas, casabe, que es nuestro pan y se hace de yuca rallada y exprimida, se asa como unas tortas y nos gusta más que todo.

»Fuimos luego a felicitar al Padre y le regalamos un roquete, una hijuela, un álbum de fotografías, dulce, kachirí, que es nuestra bebida. Se hace de yuca, se hierva bastante con batata rallada y se pone fuerte. Entonces se toma; y si uno toma mucho hasta se embriaga.

»En la noche tuvimos una vetada con cantos, poesías y diálogos. Nos quedó demasiado bueno para ser de unas indias que antes no sabíamos de esto. El Padre nos repartió caramelos, eran dos latas, y aunque éramos muchos, alcanzó para todos.

»Nos acostamos después de las diez de la noche todos muy contentos. Ya ves qué felices somos aquí en la casa de Dios con los Padres y las reverendas Hermanas.

»Ya yo vi en la fotografía la nieve. Es muy bonita, toda blanca. Pero qué frío debe ser eso, porque están tan embotados. Nosotros los indios vivimos con el pie en el suelo y la cara al sol.

»En aquel retrato en que hay dos personas ¿eres tú una? Recibe saludos..., etc.»

Un tuteo inocente

¿Verdad que hasta sabe a gloria ese tuteo inocente de los indios venezolanos? En inglés no hay usted; todo es «you», tú. En eskimal todo es «elpit», tú. En arekuna, probablemente tampoco hay usted y tú, y los indios se acogen al tú, más breve y expresivo.

Nosotros los españoles, cortesés y caballeros como no nos ha sobrepasado nadie en este mundo, tenemos tú, usted, vucencia, su señoría, su reverencia, su majestad, su alteza, su ilustrísima, su excelencia, usía, y, por supuesto, su mercé.

Si Su Santidad Pío XII o el señor presidente de Venezuela visitaran a las indiecitas del Caroní, tendrían el gozo de oír «cómo estás tú», más salao que un gitano de Triana.

Un indiecito que quiso ser sacerdote

¿Y los niños del Caroní no escriben? ¡Pues no faltaba más! Dice así uno de ellos ya mayorcito:

«La Hermana Gabriela me habló de usted y me enseñó su foto donde está usted en un cementerio y otra foto en que está muerto de risa. Me alegro que esté usted tan feliz en ese hielo.

»Esta Hermana Gabriela que le dije es muy virtuosa y desempeña un papel muy importante aquí: es una para todos; tiene muchos cargos: sacristana, enfermera, mesonera, administradora de Correos, cuida tus aves del corral y, cuando enfermamos, nos sirve con mucha caridad. Es una santa religiosa.

»Yo nací en el Callao, cerca de aquí, tengo tres hermanos y mi madre murió cuando yo tenía doce años.

»Nunca tuve escuela, pero estuve tres años en el Seminario Misional y salí por no tener suficiente fósforo. Entonces quise ser Hermano lego, pero tuve que ir a ayudar a mi padre, que ya es anciano. Ahora trabajo aquí en esta santa Misión.

»Yo amo mucho a Dios y a su Madre Santísima y siempre ruego por

los sacerdotes, ya que yo no lo fui, para que Dios les ayude a desempeñar dignamente sus funciones.

»Padre Llorente, cuente con mis paupérrimas oraciones de este hijo espiritual que no le olvida nunca. Bendígame, Su hijo en Jesús y María. Alberto Campero.»

¡Bravo, Alberto, bravo; eres un héroe! Tienes mucha más fósforo de lo que tu humildad te hace creer. Aprendiste el superlativo de pobre. Bienaventurados los pobres de espíritu. Que nos veamos en el cielo, donde te contaré mil escenas de por aquí.

Entretanto, te aseguro que te tendré presente en mis paupérrimas oraciones: que tampoco las mías son tan ricas que digamos.

Universalidad de la Iglesia

Estas cartas muestran la universalidad de la Iglesia católica. Vamos todos a una.

Los jovencitos de las Misiones de los Padres capuchinos en el sur de Venezuela hablan el mismo lenguaje católico que hablamos aquí en las lomas del Polo Norte.

Lo que Alberto nos dice de las virtudes de la Hermana Gabriela lo han dicho mil veces estos eskimales de las virtudes de la ya difunta Madre Lorenza; y lo mismo nos dirían los chamorros de Saipán si nos escribiesen y nos hablasen de las mercedarias, o los chinitos de Anking si les preguntásemos lo que sienten de sus religiosas misioneras.

El mismo anhelo, el mismo espíritu, las mismas virtudes, porque a todos nos alienta el espíritu del mismo prototipo de misioneros, nuestro Señor Jesucristo.

IX

¡HUÉRFANO DE PADRE!

Los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES me perdonarán el que hoy deje a un lado narraciones alaskeñas que les interesan a ustedes y me expanda con un suceso leonés que me interesa a mí. Una vez en la vida ya se puede tolerar que se cambien las tornas.

La última carta de mi padre

Entro, pues, en materia y digo que el avión que tantas alegrías me ha traído estos años en tantas cartas de amigos y entusiastas de las Misiones, me trajo antes de ayer la noticia de que mi padre acababa de fallecer en su casa confortado con los Santos Sacramentos.

Dios nuestro Señor me preparó gradualmente para la noticia. En el fajo de cartas había una de mi padre que leí en seguida. En ella me ponía al tanto de mil negocios caseros

Dijo casualmente que mientras él me estaba escribiendo, mi madre estaba haciendo un queso con leche de vaca. ¡Qué cuadro tan bíblico y patriarcal: Y con lo ricos que saben los quesos frescos! Terminaba así la carta:

"Lo único que deseamos es que vengas alguna vez de esas tierras, pues estás expuesto a no volvernos a ver ni a madre ni a mí por estar delicados e ir ya para viejos, e igualmente nosotros a ti, y con esto me despido de ti hasta cuando Dios quiera..." etc.

Por primera vez me dice que está delicado. Lo de viejo no es para alarmarse. ¿Qué son sesenta y cinco años? Lo de irme de estas tierras es una corazonada de padre que no sólo se explica, sino que hasta cierto punto se exige. Si me hubiera dicho que no volviera a España, me hubiera puesto de mal humor. Pongamos cada cosa en su punto.

Vi luego la carta de mi hermano Amando, el jesuita, diciéndome que al padre le habían operado los médicos y quedaba muy grave. Se me alteró un tanto el pulso, pero seguí leyendo cartas con sellos de todos los colores.

La triste nueva

De repente, ¡cataplún!, debajo de todas se escondía una de mi hermano, pequeñuca, por avión. La abrí temblando y no leí más que dos líneas:

"Segundo, tengo que darte la dolorosa noticia de que desde hoy somos huérfanos de padre..."

Ahí estaba todo, le demás sobraba. Aunque no. ¿Cómo murió? Recibidos los últimos sacramentos. Ahora sí: todo lo demás está de sobra.

Eran las diez de la noche y dormían todos en Akulurak con la paz del justo. Yo me arreglo con seis horas de sueño y a las diez estoy siempre en vela.

El primer efecto fue de estupefacción. Quedé petrificado. Solo en el cuarto me asfixiaba y salí a respirar la brisa nortea debajo del cielo estrellado. Por fin me senté en un madero y di rienda suelta a la emoción que me subyugaba.

Ahora entendí la soledad horrible de Jesucristo en Getsemaní. ¡Qué angustias nos trajo a todos el pecado original aumentado con tantos pecados propios!

Sentado en el madero y sollozando solo, Dios no quiso que lo estuviera del todo. Bondy, la perra fiel de Akulurak, se me acercó con cara tan triste o más que la mía y me pasó el hocico por el rostro cien veces como quien tiene derecho a compartir y enjugar lágrimas. ¡Bien, Blondy, tú y yo seremos siempre dos!

Fui luego a la capilla a rezar un rosario y ganar una indulgencia plenaria. Desde hoy las almas del purgatorio me son más queridas y hago propósito de quintuplicar los sufragios. Jesús en el sagrario llena el vacío de mi corazón y vuelvo a recobrar la paz alterada. Sin el sagrario la vida no merecería vivirse. Con el sagrario todo se torna luz, paz, esperanza y gozo interno que redundan en los mismos huesos.

Oficio de difuntos

Al ir a decir misa por la mañana, mandé a la Hermana sacristana que retirase los colores blancos que ya tenía preparados y pusiera los negros, pues pensaba decir misa de Réquiem. Salí a celebrar vestido de negro. Centenares de veces lo he hecho, loado sea Dios, pero al hacerlo ayer me pareció celebrar de verdad en el entierro.

Antes de empezar me volví al pueblo y les di la noticia rogándoles ofreciesen la misa y comunión por el alma de mi padre, que había fallecido en España hacia quince días ⁽²⁾. La misa me impresionó más que la primera que dije. ¡Quién iba a pensar cuando él me enseñó a ayudar a misa que la iba a celebrar yo por él aquí en las lomas del Polo Norte rodeado de eskimales, a quienes había de dar yo la noticia en una lengua que él no escuchó jamás!

La primera formación de un misionero

Me enseñó a ayudar a misa a los seis años tan pequeño que no alcanzaba el misal y tenía que ayudar del lado de las vinajeras. A los siete años ya me hizo echar el PARCE en la iglesia en los oficios de difuntos.

A los ocho me hizo cantar en el coro la epístola brevecita de las misas de Réquiem.

A los nueve ya me había enseñado más de cincuenta palabras latinas por un Nebrija que tenía con pastas de cuero sujetas con correas, y a los diez me llevó a la preceptoría de un Dómine primo suyo que tenía por lema «La letra con sangre entra» y nos vapuleaba sin misericordia.

Dos primos míos no aguantaron aquellas salvas de bofetadas y repelones y se escaparon. Yo no tuve más remedio que aguantar el aguacero, pues mi padre le había dicho al Dómine en mi presencia que, si me mataba, le devolviese la piel.

Gracias a esta estratagema hoy soy sacerdote y estoy en Alaska. Luego me puso durante dos años en el Seminario de León como alumno externo. Cada quince días me visitaba y algunas veces me llevaba al café, aunque nos estaba prohibido ir.

—Donde voy yo, vas tú —me decía— y, si no, que me pruebe lo contrario tu rector. No seáis exagerados, que hacéis la virtud odiosa.

Yo asentía muy complacido. Por las ferias de Todos los Santos me

² Mediado octubre 1946. — (N. del E.)

visitaba y me llevaba al circo a ver hacer el oso a los osos. Entre otros monstruos, se exhibía una oveja con seis patas y se invitaba al público a examinarla si no creían que las patas eran de verdad.

Mi padre, que tenía un rebaño propio, no lo pudo resistir y se acercó a la oveja, que tocó y examinó despacio. Otros Tomases incrédulos hicieron lo mismo y la pobre oveja se llevó más manoseos que Manolete o Arruza después de una corrida. Las seis patas fueron dadas por legítimas y bien nacidas.

Incompetencias agrícolas

A los quince años me preguntó formalmente si quería o no ser sacerdote. Le respondí que sí y ya no se volvió a discutir la vocación. Me puso de interno en el Seminario y empezó a bromearme con las parroquias que me iban a caer en suerte. No había pueblo de veinte casas donde no fuera yo párroco.

En las vacaciones de verano le ayudaba yo en la recolección de las cosechas. En lo más atareado de la faena se me quedaba mirando y meneaba la cabeza dándolo todo por perdido. Mi postura con la guadaña, mi manera de coger el biello, la horca o la zaranda, le sacaba de quicio.

Un día me dejó arar y al tercer surco metí la reja por las pezuñas de una vaca magnífica que acababa de comprar. —Mira, chico —me dijo mil veces—, lo que es, como tú no valgas para cura, no valdrás nunca para nada. Ara David toda la sementera con los bueyes y no ha picado a ninguno, y es un renacuajo comparado contigo; y tú ni sabes arar ni segar ni lo vas a aprender. Ya decimos madre y yo que, como no valgas para los libros, vas a ser el hombre más inútil del pueblo.

Con este sermón tres veces por semana me llegué a convencer de que mi salvación estaba en echar callos en los codos, no en las manos.

¿Jesuita? ¡De cuerpo entero!

A los diecisiete años le salí inesperadamente con que deseaba ser jesuita.

— ¿Jesuita? ¿Qué frailes son esos? ¿Andan descalzos? Déjate de novedades, que te agarras un reuma que te balda. Cuando le expliqué a mi modo lo que eran los jesuitas, se puso elocuentísimo.

—Pero vamos a ver, ¿no basta ser cura para salvarse? ¿Tememos que ser todos frailes? ¿Cómo te dejaste atrapar? ¿Te atraparon a ti sólo? ¿De doscientos seminaristas que sois, te atraparon a ti solo? Buena se va a poner madre cuando lo sepa. Diles a los jesuitas que vayan a la China a pescar novicios..., etc.

Pasados quince días me volvió a visitar y me trajo el visto bueno suyo y de mi madre. Había en el pueblo un tal Evaristo Castaño que había recorrido media España y era el oráculo en la plaza los domingos y días festivos.

Evaristo dijo a mi padre que los jesuitas eran los amos del mundo. Mi padre, práctico ante todo, convenció a mi madre y los dos aprobaron mi decisión. Dios se vale de cualquier burra de Balán para predicar, sin que por eso disminuya un ápice mi entusiasmo por Evaristo. Pero mi padre me puso varias condiciones:

—Ya que te metes fraile —me decía medio enfadado—no vayas a volverte atrás como acabas de hacer con tu curato, y que no te cambien el nombre llamándote fray Tal o fray Cual. Tú eres Segundo, ya lo sabes, y que no oiga yo a nadie llamarte cualquiera otra tontería, y cuando vayamos a verte al convento, que no se me plante allí ningún fraile a oír lo que hablamos; porque te cojo y te traigo para casa. Tú eres nuestro más que de ellos. Esos frailes cuando agarran, no sueltan; de sobra los conozco yo, y otra cosa: a ver si te vemos hecho un Padre de agallas; santo, sí, y humilde, pero con alma, que te lleves de calle los pueblos. Predica como aquel franciscano que vino a nuestro pueblo hace unos años y hacía temblar el púlpito y hasta las vigas del techo: y sin embargo, era humilde, porque al entrar por una puerta se dio un cabezazo tremendo y en vez de enfadarse, dijo: *Dios me dé más*. Figúrate lo que hubiera dicho el Jabonero de Manilla si se hubiera dado el cabezazo. Con que a ver si sales un predicador de altos vuelos.

Con este sermón improvisado quedé convertido en jesuita, muy animado a caer sobre los púlpitos como ave de rapiña. Pocos días después me llevó al Noviciado de Carrión de los Condes.

Una visita al Noviciado

A los seis meses se presentó en la portería preguntando por Segundo a secas. Al verme de sotana crecidote y riéndome de todo sin poderme contener, como lo hacen los novicios, se le aguaron los ojos de gozo y

satisfacción.

Le llevé a pasear por la huerta para que se convenciera de que ningún fraile nos escuchaba debajo de algún banco. Se extasió ante los surcos de hortalizas tan limpios y derechos.

—Y ¡cuántos árboles frutales! ¿Os dejan coger fruta?

— ¡Pues no faltaba más!

—Mira cuántas colmenas. ¿Vendéis la miel o la coméis vosotros?

La comemos nosotros, por supuesto. ¿Cree usted que los frailes no comemos miel? Comemos de todo, lo mismo que los demás.

En la vaquería examinó despacio todas y cada una de las vacas y se encariñó tanto con una llamada Favorita que se concertó allí mismo con el Hermano Uranga que le reservase la primera cría de aquella vaca. Quería, como luego lo hizo, cultivar aquella raza de vaca lechera.

Siguiendo nuestro paseo por las calles de árboles llegamos al cementerio. Cada sepultura era un lecho de flores primorosamente cuidadas. Aquello parecía más un vergel que un cementerio. Le dije que para nosotros la muerte no era cosa temible, sino la entrada en la eternidad: y con tanto candor se lo dije que se emocionó y me puso la mano sobre el hombro.

Se oyó luego un ruido fenomenal. Cien apostólicos o seminaristas aspirantes a la vida religiosa, de diez a quince años, rompían filas y saltaban, gritaban, jugaban y se divertían ruidosamente en el amplísimo patio de los frontones. Mi padre los observó un buen rato y volviéndose muy pensativo me dijo deliberadamente:

—Oye, Amando aquí caería como agua de mayo.

Como yo le respondiera que convendría aguardar un par de años, replicó:

—Pues ya es tan alto como aquel chatuco de la esquina. Al día siguiente, al despedirse de Carrión, me habló de hombre a hombre por primera vez en la vida y me confió que yo había escogido la mejor parte: que si de chico hubiera él visto esto, sería hoy jesuita, y que si algún día se viera libre de trabas y negocios de familia, pediría ser admitido de Hermano coadjutor. ¡Cómo le costaba dejar a Carrón!

Las últimas palabras

Cuando en 1930 dejé a España para atravesar el Atlántico me

acompañó un día de camino, y al despedirme un tanto emocionado, me dijo:

—Pues nada, hombre, que sigas tan valiente. Escríbenos.

Fueron esas las últimas palabras que le oí en esta vida. Tan grabadas se me quedaron que en casi todas las cartas que le escribí desde el Nuevo Mundo terminaba con la consabida frase:

«Yo sigo tan valiente como de costumbre.»

La unión íntima y el amor mutuo que Dios ha engendrado entre padres e hijos no se notan hasta que se mete la muerte de por medio. Asimismo, mientras más alejados los cuerpos, más tendencia a la unión deseada.

Hoy que he perdido toda esperanza de unión material, se me acentúa más la espiritual, la unión en el cielo. Solo aquí en las lomas del Polo Norte, procuro desechar los pensamientos fúnebres.

No quiero acordarme de su entierro, que tuvo que ser como aquellos entierros a que tantas veces asistí yo de monaguillo con el *Parce*, la misa de Réquiem, el sepulcro y los lamentos de la familia huérfana.

No quiero que la imaginación se concentre en la soledad de mi madre, muy inferior a la de la Santísima Virgen la noche del calvario.

Lo que hago es suplicar a Jesucristo que me lo guarde bien en el cielo para cuando yo vaya, pues como hace ya tantos años que no le veo, me muero por verle. Cada vez que digo misa por su alma se alegrará de haberme allanado el camino del sacerdocio desde los días infantiles en que aprendí a echar el *parce*, hasta los días ya maduros en que me despedí para venir el Polo Norte y me animó diciéndome:

—Pues, nada, hombre, que sigas tan valiente.

¡Descanse en paz!

X

LA MUELA DEL JUICIO QUE ME LO ESTABA HACIENDO PERDER

Misioneros ro Concejo

Alaska, como todas las Misiones de la Iglesia, tiene Padres consultores. Son éstos de lo más grave y reverendo entre los misioneros graves y experimentados.

Pero en Alaska, al revés de lo que acontece en otras Misiones, no se reúnen nunca estos consultores. Los que hoy vivimos no recordamos que jamás se hayan reunido.

Antes de que los aeroplanos se generalizaran y lo invadiesen todo, había alguna disculpa. Ni los trineos ni las gasolineras eran vehículo adecuado para cubrir los miles de kilómetros que actualmente separan a los consultores; pero hoy día que los aviones cruzan la península diariamente y a precios bastante razonables, no hay excusas valederas.

Akulurak, en el centro del mundo eskimal alaskano, es el sitio ideal para estas reuniones, y después de muchas tentativas frustradas tuvimos el honor y el gozo de ver coronados nuestros esfuerzos con un exitazo sin precedentes.

Hace solamente dos semanas (³) nos reunimos en Akulurak ocho Padres misioneros y tres Hermanos coadjutores, o sea, once jesuitas que convivimos alegremente por espacio de seis días inolvidables.

La monja cocinera se excedió a sí misma en guisos apetitosos. Los niños de las escuelas se hartaron de novedades. Las monjas oyeron cuatro misas diarias y todavía les pareció poco. El Hermano Alfredo Murphy nos confeccionó diariamente un garrafón de «helado», y así todo.

³ Fines de enero de 1947. — (N. del E.)

Alrededor de la estufa

Sentados alrededor de la estufa presenciábamos verdaderas corridas. Cuando el veterano Padre Lonneux, belga, tomaba la palabra y vociferaba a todo pulmón con su acento francés inconfundible, y disertaba sobre los aciertos y desaciertos en el modo de tratar a los indígenas, allí no había más remedio que escuchar y callar.

A todo el que le pedía la palabra, le respondía:

—Todavía no; ¡si no estoy más que empezando!

Pero el Padre O'Connor, verdadero volcán de actividad, no es hombre que se calla así sin más y arremetía con el belga accionando más de prisa y levantando la voz algo más, si es que cabía más.

El Padre Menager necesitaba horas enteras para disertar sobre lo que le había dado a él buen resultado y lo que le había fallado.

El Padre Deschout, con vozarrón de trueno, no acababa nunca de repetir lo que a toda costa había que evitar si no queríamos ir a un rotundo fracaso..., etc.; pero su compatriota el Padre Lonneux le atacaba sin misericordia y como en todo había dos bandos, aquello se convertía siempre en el campo de Agramante.

Al cabo de tres días de discursos continuamente interrumpidos por los oyentes, sacamos en limpio una lista de conclusiones prácticas que arrojan mucha luz y nos han de ayudar a todos lo increíble.

Moral, liturgia y «cante jondo»

Se pasó luego a casos de conciencia. Arregui, Noldin y el Código del Derecho Canónico iban de mano en mano y se dilucidaron los problemas más candentes sobre la administración de los sacramentos en nuestro medio ambiente. También le llegó el turno a la Liturgia. El misionero aislado corre peligro de adquirir inconscientemente resabios y faltas en el modo de celebrar y desempeñar las funciones sagradas en el templo.

Todo salió a relucir y todo se aireó debidamente.

La última noche la empleamos en cantar. No se admitían excusas. Cuando me llegó a mí el turno, rompí el fuego con una copla que oí muchas veces a mi difunto padre y es como sigue:

«No hay en España

puente colgante
tan elegante
como en Bilbao;
porque le han hecho
los bilbaínos
que son muy finos
y muy salaos.»

Canté luego unas canciones marinas acompañado del acordeón y cedí la vez al Padre Donohue, que tuvo valentía para negarse a cantar por la sencilla razón de que ni lo ha hecho ni lo piensa hacer jamás.

Al Padre Menager, verdadero artista de la voz, le tuvimos que hacer callar, pues llevaba camino de cantar hasta media noche. El bien que nos hizo a todos esta reunión es indescriptible, y decidimos reunirnos en adelante con más frecuencia.

En busca de un dentista

A mí personalmente me trajo esta reunión un cambio inesperado. Es el caso que una muela del juicio me lo estaba haciendo perder con un dolor tremendo

Como no había dentista por aquellas latitudes se convino en que yo tomara el aeroplano y fuera a Anchorage o Fairbanks que son ciudades modernas, las más populosas de Alaska, donde tenemos hospitales católicos con médicos y dentistas de primera clase.

El primer día volé a Mountain Village donde el P. Fox me recibió y alojó caritativamente. Hablamos horas y más horas en el silencio de la cocina sorbiendo de vez en cuando una taza de café con leche.

El Padre está muy mejorado y trabaja como un héroe. Al día siguiente tuve el consuelo de dar la Comunión a un grupo numeroso de fieles, y eso que era un simple día de semana.

Antes del mediodía otro aeroplano me llevó a Bethel donde el P. Manager se deshizo en delicadezas para conmigo. Tiene su iglesia en toda regla y visita una extensión enorme del río Kuskokwim.

El Gobierno tiene allí un hospital para indígenas. El hospital tiene 25 camas, pero rara vez bajan de 40 los enfermos que se acomodan en

colchones por los suelos a usanza eskimal.

En Bethel tomé el aeroplano de línea que va dos veces a la semana a Anchorage y Fairbanks y tiene capacidad para unos 30 pasajeros. Es un bimotor precioso que se eleva por encima de las nubes flotantes, cuando las hay, para evitar los picachos de las sierras elevadísimas que hay que cruzar en la travesía.

En el hospital de Anchorage

En Anchorage hay hoy 20.000 civiles y 10.000 militares; tenemos una iglesia y un hospital modernísimo de ladrillo cemento que es el único de la ciudad y de la región con nueve Hermanas de la Caridad y un capellán, el P. Walsh, que me cogió bajo su tutela y no me dejó ni a sol ni a sombra.

Primero el dentista me dejó la dentadura como nueva. Luego el oculista me examinó y me dio unas gafas que pudiéramos llamar aristocráticas.

Luego un médico me examinó de pies a cabeza y me halló en buena salud. La sangre delataba la falta de vegetales y luz solar, pero poca cosa, y con las pastillas que me recetó se arreglará todo en breve tiempo.

Los rayos X dejaron al descubierto una cicatriz descomunal en la pleura. Después de mucho cavilar, convinimos en que se trataba de aquel viaje de Hooper Bay a Akulurak, la noche en que hice testamento en la choza de Kaveagameut. No fue cólico, sino pleuresía. Afortunadamente se curó ella misma, poco menos que repentinamente y sin dejar rastros ni reliquias si no es la cicatriz mencionada.

De reunión en reunión

Una vez renovado y descansado, tuve que aceptar invitaciones y reuniones de caballeros y señoras que deseaban conocer la vida y milagros de los eskimales. Aunque viven en Alaska, no han visto jamás un eskimal, y me escuchaban con el interés y la curiosidad que mostrarían, por ejemplo, las colegialas de las Esclavas de Cádiz.

Cada reunión era un banquete. Dios sabe los pavos, pollos, jamones y espárragos que consumimos en aquellos banquetes amistosos.

Las monjas me llevaban con frecuencia naranjas, peras y hasta racimos de uvas que conservaban en las neveras artificiales.

Dos veces al día me daban un vaso de leche fresca, pues es de saber que aquí cerca, en el valle de Matanusca, prosperan unas labranzas que proveen de leche y frutas a la populosa Anchorage.

Nuestro P. Provincial quiere que cada dos o tres años vengan en diversos tiempos los misioneros a este hospital a pasar dos semanas para reponerse comiendo peras, espárragos, pollos y pavos y bebiendo leche fresca, cosas todas poco menos que desconocidas en el mundo eskimal de la costa; mundo peregrino, inasequible, inhospitalario, sin carreteras ni caminos ni sendas ni siquiera veredas; mundo del salmón y la foca y las nieblas sin fin; mundo cuya fama se ha extendido por todo el orbe y ha engendrado en las mentes de los hombres la idea de los eternos hielos, las nieves eternas y las lomas legendarias del Polo Norte.

Una visita a Fairbanks

Ya en plan de vacación y descanso, y como la Compañía de Aviación me llevaba gratis, me decidí a venir a Fairbanks. El tren tarda dos días. El avión nos trajo en una hora y 45 minutos. Al pasar por las estribaciones del monte Mc'Kinley, el más alto de Norteamérica, las corrientes de aire hicieron vibrar y ladearse al aeroplano, y yo empecé el acto de contrición.

Ocurrió eso varias veces. El aviador se extrañó que yo me extrañase y me dijo que íbamos con más placidez que nunca y añadió:

— ¡Si hubiera visto usted la tormentita de hace tres días! Lo que más me fastidiaba a mí era el pensamiento de que si ocurría algo a los motores, no teníamos dónde aterrizar; pues todo eran picos afilados como cuchillos o valles salpicados de cerros accidentados.

Llegué a Fairbanks el sábado al anochecer. El anciano P. Farrell me creyó una aparición, o por lo menos un ángel del cielo, pues era el caso que el P. McDonald, joven y vigoroso, no había llegado aún de un viaje que había emprendido, y al domingo siguiente tenía que decir tres Misas y oír antes un sinnúmero de confesiones.

Total, que me puse la sotana y me senté al confesonario.

Por la mañana tuve las Misas de 9 y 11; él tuvo la de 7 y media.

Por primera vez desde los días de mi Tercera Probación hace nueve años me vi en presencia de blancos. La iglesia abarrotada.

Acostumbrado a las caras eskimales, fue para mí una revelación el lujo, los rizos, las pecas, los tipos altos y en fin la presencia de tantos

blancos que me clavaban los ojos al empezar el sermón de Sexagésima ⁽⁴⁾.

Los grupitos selectos de Anchorage cenando pollo asado no era como esta multitud abigarrada y ávida de escuchar al Padre extranjero que les había llovido de las nubes tan de repente.

Los monaguillos me dijeron que tenían 9 años. Los de Akulurak a los 9 años no saben dónde tienen la mano derecha y pesan la mitad menos.

Fairbanks tiene una población católica considerable. Para atenderla mejor, abrimos el año pasado una escuela parroquial con 60 niños y niñas de los tres primeros grados.

El P. McDonald, actual Superior, tiene planes espléndidos para una escuela en toda regla que competirá favorablemente con las del Gobierno.

Hoy por la mañana visité la escuela parroquial que me divirtió sobremanera. Los del frente tienen 6 años; los del medio. 7; los de atrás tienen ocho y hay dos o tres que tienen 9.

Me cantaron todo lo cantable; recitaron poesías; me acosaron a preguntas sobre la vida eskimal; contaron historietas y en fin, pasamos una mañana agradabilísima.

Las dos monjas que regentan la escuela están encantadas de Fairbanks; así es que todo hace augurar un porvenir halagüeño para la escuela católica de esta ciudad, enclavada en el centro de Alaska.

He echado mucho de menos al P. Eline, ya fallecido. Cuando pasé por aquí la vez anterior era él la figura más saliente. Murió; pero todo continuó como si no hubiera ocurrido nada. Más aún, se añadió la inauguración de la escuela que él nunca creyó posible, y es que nadie es necesario en este mundo; convenzámonos.

Mirando al futuro

Un día de estos volveré a Anchorage, y de allí a Bethel, y de allí a mi querido Akulurak donde me están esperando los míos ávidos de noticias del gran mundo exterior. Es muy posible que este verano haya cambios de personal, pues nuestro Sr. Obispo está muy enfermo y esperamos un Obispo auxiliar de un día para otro.

Con la venida de nuevos misioneros hemos podido abrir un puesto en la isla de Kodiak y tenemos planes para otros puestos prometedores.

⁴ 9 de febrero de 1947.

Akulurak como tal no morirá, aunque estamos pensando seriamente en trasladarnos a las riberas del río Andreafski que es un sitio mil veces mejor situado en todos los órdenes. Cuando suceda, si sucede y si vivimos, ya lo anunciaremos en EL SIGLO DE LAS MISIONES.

Yo terminaré seis años en Akulurak este verano y espero ser relevado, aunque no son más que esperanzas, pues estamos en las manos de Dios.

Quisiera volver a la carga en Kotzebue, pues se me llena la cara de vergüenza por haber convertido tan pocos en los tres años que estuve allí, y a pesar de tantas oraciones ofrecidas por mis amigos y bienhechores.

Hoy está en Kotzebue el P. Carroll, un irlandés de fuego que engorda riñendo y peleando y quiere sustituir al P. Lafortune de King Island que ya está muy aviejado.

El frío en Enero

Voy a terminar recordando a los lectores que el pasado mes de enero ha sido el más frío en los fastos de las historias de Alaska. Por espacio de 25 días consecutivos el termómetro de Fairbanks se mantuvo entre 50 y 65 bajo cero.

Al noroeste de Fairbanks hacia la frontera del Canadá, se registraron temperaturas de 78 bajo cero. En Akulurak tuvimos 40 bajo cero, aunque la temperatura media durante todo el mes de enero fue sólo de 20 bajo cero.

Es muy de temer que estas rachas de frío se corran hacia Europa y que hasta los sevillanos tengan que arroparse y soplarse las uñas.

Aquí en Alaska todo el mundo lleva puestos dos pares de pantalones, amén de la ropa de lana y las pieles que lo cubren a uno el cuerpo entero.

XI

PEPE KAYAGOAK, CAZADOR DE PRO

Un muchacho excepcional

Vengo (22 febrero 1947) de Fairbanks y, en mi cantina de Akulurak, he hecho alto en Anchorage, donde pienso estar dos o tres días. Para matar el ocio, me he sentado a una máquina de escribir para redactar este articulito sobre Pepe Kayagoak, el chico eskimal de más valía de cuantos he visto. Su muerte me emocionó mucho, y no la puedo olvidar.

Es opinión común entre los Padres y monjas de Akulurak que ningún chico de cuantos conocemos en este vasto distrito puede compararse ni remotamente con José Kayagoak, conocido vulgarmente por el españolísimo Pepe.

Aun en las facciones y corte general del cuerpo, admiramos siempre en Pepe un no sé qué superior y aristocrático para nosotros inexplicable, pues nació de padres eskimales castizos, es decir, chatos, zambos, rechonchos y sin pizca de cultura. Tan apartado vivió siempre de todo comercio humano que nunca jamás en mis muchas correrías por el distrito ni le vi ni le oí hablar de su familia.

Vida y milagros

Una tarde de verano arribó al «embarcadero» de Akulurak una gasolinera con una familia conocida. Me traían un niño y una niña para la escuela cumpliendo lo prometido unos meses antes cuando les visité en trineo.

Con ellos venía un muchachito desconocido que ¡oh cosa rara! se quedó con nosotros cuando la gasolinera partió, que fue en seguida.

Le llevé a mi cuarto para averiguar todo lo averiguable sobre su vida y milagros.

— ¿Cómo te llamas?

— Me llamo Kayagoak.

— ¿De dónde eres?

— De la costa.

— ¿Tienes padres?

— Mi padre se murió hace dos años. Mi madre vive, y tengo una hermana y un hermano pequeño.

— ¿De qué vive tu madre?

— Desde que murió mi padre se mantiene de lo que ella y yo cazamos; peso, cuando esto no nos alcanza, vamos a algún amigo que nos ayuda.

— ¿Quién te mandó venir a la escuela?

— Yo mismo. Hablé con un chico que estuvo aquí y me contó muchas cosas acerca de esta Misión, y convencí a mi madre que me dejase venir. Me dijo que viniera y estuviese hasta que yo quisiese.

— ¿Estás bautizado?

Pepe nunca habla oído esa palabra. No sabía.

— ¿Cuántos años tienes?

Tampoco sabía, naturalmente, y no me extrañó.

Buenas cualidades

Al cabo de seis meses de investigaciones hallé que Pepe había sido bautizado en Scammon Bay por el catequista del P. Fox, y me pasmé al ver que tenía la friolera de 13 años; yo le había tomado por un niño de diez, y aun eso por la madurez de sus respuestas, pues lo menudo del cuerpo le hacía pasar por menos.

En menos tiempo que se tarda en creerlo, Pepe aprendió de memoria todas las oraciones. Asimismo comenzó a despacharse en inglés mucho más pronto que sus condiscípulos. Estos le respetaban como a un ser superior.

En las vidas de los Santos es muy común leer que ya desde la infancia dejaron traslucir destellos de la gloria que habían de alcanzar en la madurez de sus años. Si en las vidas de muchos varones ilustres es este un tópico de cajón, al hablar de Pepe Kayagoak no hay más remedio que estamparlo a

fuer de veraces y justos.

Pepe irradiaba respeto, autoridad, talento y una bondad innata imposible de ocultar.

Poco después de la primera Comunión le pregunté si quería ser Hermano Coadjutor, y me respondió cautelosamente que deseaba pensarlo detenidamente.

Volví a la carga unos meses más tarde, y me respondió que le gustaría mucho, pero que de sobra sabía él mismo que no tenía cualidades para vocación tan alta. Seguimos pensándolo como se piensan los planes grandes con miras a la mayor gloria de Dios.

En el trabajo

Pepe era diferente de los demás muchachos. Traía siempre los vestidos limpios, y no como los otros que todo son agujeros, pingajos, botones que faltan y manchas al por mayor.

Hacía la cama al levantarse y la hacía con orden y gusto, sin altibajos ni revoltijos como sus compañeros.

No alborotaba alocadamente ni se revolcaba por los suelos ni se agarraba a puñadas o mordiscos con los demás en riñas tontas que suelen acabar con renegridos en los ojos y narices sanguinolentas.

Tampoco era holgazán; es decir, no se escondía mientras los demás trabajaban cortando leña y acarreando agua del río. Pepe estaba siempre dispuesto a tirarse a lo peor, y desempeñaba su cometido con lealtad y perseverancia.

Por lo general, nunca tuvo que trabajar mucho, pues es lo cierto que él solo con una escopeta cazaba tanto como todos los demás juntos con las suyas.

Mientras Pepe tuvo salud, nunca nos faltaron conejos, liebres y «tármigans» (aves polares) en el invierno, ni patos, gansos y hasta garzas en el verano.

Con su escopeta al hombro y botas de goma hasta la rodilla, Pepe era el prototipo del eskimal legendario que vive de la caza sin haber oído hablar de hortalizas, sembrados, industrias ni cosa semejante.

Cuando no había escuela, le llamaba yo a mi cuarto y le proveía de balines. Al cabo de tres horas volvía ufano con la caza, que iba a parar a la

cocina.

Un día de Junio

Nunca se me olvidará aquel día de junio, poco después del deshielo. Salió de caza como de costumbre después del desayuno y no le vimos el pelo en toda la mañana, ni vino a la hora de comer, ni a la de merendar, ni siquiera a la de cenar.

Como toda la vasta planicie estaba inundada, a excepción de manchones y altozanos cubiertos de arbustos y matorral, me llegué a inquietar razonablemente; pues resultó que ya eran cerca de las nueve de la noche, y aunque era de día por estar en junio, su tardanza me alarmaba sobremanera.

Al acostarse todos me subí al tejado y tuve el gozo de descubrir una mancha diminuta que se movía en dirección de la Misión y que no podía ser otro que Pepe.

Le salí al encuentro como el padre del hijo pródigo, y cuál no sería mi estupefacción al ver que traía 12 conejos: unos sobre los hombros, otros debajo de los brazos, otros en las manos, otros dentro del abrigo, y así por el estilo.

Venía exhausto, pues no había comido nada en todo el día. Las botas de goma eran pesadísimas y tenía que chapotear por charcos blanduchos donde se hundía más de lo razonable.

Nos miramos sin hablarnos. Cargué yo con lo más pesado y al llegar a casa le metí en la despensa y cerré por fuera con orden de que, cuando estuviese satisfecho, rezase las oraciones de la noche y se acostase sin más.

En contacto con la madre

Aquel invierno me puse en contacto con su madre, que me dio a su hija Inés, de ocho años, para la escuela. Aunque viuda y con un hijo de tres años a cuestas, era pretendida por varios individuos; pero ella me confesaba que ninguno llenaría el hueco de su difunto esposo, tan atento, tan buen cazador, tan sobrio, tan... etc., etc.

Me dijo también que el abuelo de Pepe había sido el cazador más famoso de todo el contorno, y que habían vivido siempre a lo largo de la costa del estrecho de Bering. Poco después la casé con uno que, aunque no

tan bueno como el difunto, por lo menos la mantendría con cierta decencia.

En la Misión, Inés y Pepe vivían como angelitos de Dios.

Pepe siempre tenía algún dinerillo que yo le daba como premio por traer más caza que los demás. Lo ahorraaba escrupulosamente hasta reunir lo necesario para comprar en el almacén dulces, un pañuelo, un vestido, algo para Inés; nada para él.

Durante los recreos, mientras los demás se aporreaban como buenos chicos de doce años, Pepe me pedía un libro o escribía a lápiz una carta. A ningún chico se le hubiera ocurrido jamás estorbarle o molestarle jocosamente. La mirada de Pepe era como dicen algunos que era la del rey Felipe II.

La enfermedad

Pepe llegó a los 16 años, pero nadie le echaría más de 12; y lo peor del caso es que, en vez de crecer y desarrollarse, iba paulatinamente perdiendo peso, que es la señal fatal de la tuberculosis maligna.

El último verano ya no pudo salir de caza. Desde la ventana cuando llovía o desde la puerta cuando hacía bueno, veía el pobre bandadas de gansos carnosos que volaban formando una «Y» muy larga y al cabo de varios círculos por el aire en perfecta formación se tiraban de cabeza en el lago próximo crocitando que se les oía desde media legua.

Otras veces una pareja de garzas con cuello de medio metro se paseaban y contoneaban por la hierba a quinientos metros de casa y no era Pepe el que gateaba con la escopeta cargada y volvía cargado de despojos, sino otro chico menos experto que no sabía gatear y, antes de que se le pusieran a tiro, le veían y levantaban el vuelo riéndose a carcajadas por el espacio infinito.

Pepe contemplaba la escena con sonrisa tristona y con meneos de cabeza cargados de aflicción.

Poco a poco se le hizo muy difícil andar o estar de pie y comenzó a pasar en la cama la mayor parte del tiempo. Mientras pudo, siempre se levantó a eso de las ocho para recibir la Sagrada Comunión en la capilla; y cuando ya estaba muy agotado y le era difícil levantarse, me pedía casi todos los días que le llevase la Comunión a la cama. Tenía clavados en la pared, junto a la cama, estampas e imágenes piadosas de todo género, y en la mesita que yo le hice tenía, además de una cantimplora llena de agua,

devocionarios y revistas católicas que él leía constantemente. Cuando se encontraba con palabras que no sabía, las marcaba y luego me preguntaba el significado convirtiendo así la cama en una especie de escuela de inglés, pues hay que hacer notar que Pepe nunca creyó que se iba a morir, y esto por dos razones: porque tenía que ir a cuidar de su madre, y porque cada día se encontraba mejor.

La primera razón es una muestra más de su mucha bondad y falta de egoísmo. La segunda es la falacia común de todo tísico que cada día se cree mejor que el anterior.

Acercándose al fin

Un día le encontré tan decaído que me pareció llegado el momento de administrarle la Extremaunción. Pepe dudó en voz alta que se estuviese muriendo y me aseguró que no había motivo de alarma.

Fui a la capilla a encomendar el caso a Dios y dos días más tarde Pepe me dijo que se iba a morir y quería la Extremaunción.

Recibida ésta se le iluminó el espíritu y me aseguró que se moriría aquel mismo día; que no le dejara solo. Le leí la recomendación del alma y le apliqué la indulgencia plenaria *in articulo mortis*. La Comunión se la había dado poco antes a modo de Viático.

Tenía un sudor copioso que yo secaba con un pañolón que luego eché al fuego. Se abrasaba de sed; por eso le aplicaba yo continuamente a los labios la cantimplora.

Un grupo de chicos mayores rezó el rosario, dos rosarios, tres rosarios, y como Pepe tenía el conocimiento tan entero como cualquiera de nosotros, los despedí y me quedé solo con él.

Le hablé del cielo. Él me respondía con tanta ingenuidad que varias veces tuve que fingir algún quehacer para volverme y tragar unas lágrimas que pugnaban por salir.

Me dijo que cuando él muriese que le encomendase yo al punto, y luego cuando él se viese en el cielo intercedería por mí.

Me acababa de llegar la noticia de la muerte de mi padre. Pepe, aquel muchacho eskimal nacido de padres vagabundos en las fronteras semisalvajes que separan a Siberia de Alaska, tuvo en estos momentos la delicadeza de decirme que cuando fuera al cielo, «hoy o mañana», se entrevistaría con mi padre y le contaría mi vida y milagros.

En tres años largos que vivió conmigo comprendió la vida espiritual y echó en su alma raíces una fe que le hacía hablar del cielo con la convicción con que hablaría de la caza de garzas y conejos.

Últimos momentos

A eso del mediodía, como si no le bastasen mis jaculatorias, confeccionó él mismo una que dijo con voz clara como una docena de veces, y fue ésta:

«Jesús mío, ven por mí y llévame a vivir contigo».

Aunque no sea más que por curiosidad, quiero yo saber si entre tantas jaculatorias indulgenciadas hay una sola que supere a ésta de Pepe. Las habrá tan bien cortadas como ésta; pero yo no conozco ninguna que la supere. En esta jaculatoria, como en un grano, se encierra la mitad de la Teología.

Pues bien, mientras comían las Comunidades a las doce, y poco después de terminar su propia jaculatoria, al querer volverme para tomar una vez más la cantimplora, me clavó unos ojos terribles, se retorció con un vigor imposible de imaginar en él, me tendió los brazos y se desplomó sin sentido. Dos suspiros prolongados y Pepe moría en mis brazos.

El efecto en mí no es para describirse. Estar hablando con él y verle morir así en menos de un minuto es algo serio. Aquella mirada perdurará en mi fantasía hasta mi muerte. Es la mirada del náufrago en alta mar.

Salió el alma de Pepe y me quedé sólo con el cadáver. Allí mismo Dios le estaría pidiendo cuenta de su vida. Yo rompí a llorar y le pedí al Señor que se acordara de su misericordia, etc., etc.

El secreto de la muerte

Al mismo tiempo se me clavó en el corazón que a la hora de la muerte todo el mundo nos deja y quedamos solos; alargamos los brazos en busca de apoyo y los únicos brazos que nos pueden valer en aquella hora postrera son los brazos de Jesucristo.

El secreto está en vivir de suerte que merezcamos entonces aquellos divinos brazos; todo lo demás es secundario cuando no es dañoso. Si Pepe, todo bondad, me clavó aquellos ojos de pavor, pensemos lo que hará el que no sea tan bueno.

Después de muerto quedó hermosísimo. Le puse el uniforme de los domingos con corbata y todo; le saqué la raya; le puse zapatos de goma; le entrelacé el rosario en las manos cruzadas que apretaban el crucifijo y le expuse a la veneración de Akulurak que desfiló entera a ver por última vez a Pepe Kayagoak, el cazador de pro.

A la mañana siguiente tuvimos Misa de difuntos por el eterno descanso de su alma. La pobre Inés lloraba en silencio y me contó la Madre Superiora que a los pocos días del entierro Inés la preguntó:

— ¿Por qué se murió mi hermano?

Cuando crezca y se encare con la vida, entenderá tal vez la respuesta.

Pepe Kayagoak, no puedo dudarlo, vive en el cielo sumergido en Dios, donde me espera, no con aquellos ojos agonizantes de su lecho de muerte en Akulurak, sino radiante de gloria inmortal.

Dichosos nosotros que podemos hablar de estas cosas tan sagradas con la misma convicción y sencillez con que hablamos del tiempo frío en el invierno y del calor en el verano,

XII

DE TROTAMUNDOS A MISIONERO

El H. Alfredo Morfi

Estamos de fiesta en Akulurak, porque hace 32 años llegó (⁵) aquí el H. Alfredo Morfi y aquí está todavía con nosotros hecho un brazo de mar. La historia de este Hermano es muy larga; pero la voy a reducir a los límites estrechos de un articulito que tal vez sea del agrado de los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES.

Era el menor de cuatro hermanos, Nació accidentalmente en el Canadá donde sus padres vivieron una temporada; pero es y se considera yanqui por encima de todo y no cesa de echar pestes contra el presidente Roosevelt a quien acusa de comunista y otras cosas más. El día que Roosevelt murió, respiró y empezó a mejorarle el color del rostro.

De oficio en oficio

A los diez años se quedó sin madre. A los catorce ya no pudo aguantar un día más a su madrastra y arrancó a su padre el permiso necesario para salir a buscar trabajo.

Lo halló de fregador de platos en un buque mercante que traficaba entre las islas Hawái, Seattle y San Francisco de California.

A los diez meses se hartó de platos sucios y se ajustó con un serrador; luego con un carnicero, luego con un confitero y en seguida con un comerciante de ultramarinos.

Vagó por varias ciudades a la buena de Dios durmiendo al raso unas noches y acostándose sin cenar otras.

⁵ Llegó a Alaska en 1913 y a Akulurak en 1915.

A los 21 años se hizo marinero en un velero de transporte, de donde se fugó sin más a los nueve meses, y vino a las minas de Alaska en busca de novedades y de oro que nunca supo acumular. En los tres años que vagó por Alaska cambió de amo y ocupación por lo menos siete veces.

Estuvo a punto de contraer matrimonio con una joven honesta y honrada que le puso como condición conservar un empleo doce meses seguidos. Como Alfredo no lo consiguiera, recibió unas calabazas redondas en una carta breve y al grano.

A todo esto, aunque de pequeño fue acólito en la parroquia de Everett, Estado de Washington, con tanto vagabundear se hizo un paganote de verdad y no puso los pies en la iglesia en más de cuatro años. Eso sí; nunca jamás blasfemó ni se emborrachó, que yo lo considero un milagro.

Lo que sí hizo fue aficionarse a la baraja y perder hoy lo que ganó ayer; pero sin impacientarse cosa mayor; dicho sea en su alabanza, si es que puede alabarse cosa semejante.

La corazonada de un misionero

Al cumplir 24 años se encontró de paso — ¡siempre de paso! — con el P. Van der Pol, misionero de Alaska, quien le preguntó si era católico. Alfredo se sonrojó y vaciló un poco, pero respondió que sí.

El misionero le propuso hacerse Hermano Coadjutor. Fue una corazonada del Padre. Alfredo se echó a reír escandalizado como Sara cuando oyó decir que tendría un hijo cuando ya no se tenía de vieja. Menudo salto: de trotamundos a monje.

El misionero se retiró vencido, pero Dios había ganado la batalla. Desde aquella noche memorable ya no pudo Alfredo descansar en paz.

Primero se hizo con un rosario que rezaba todos los días; luego se volvió a encontrar con el misionero y después de una confesión larga y tendida concertaron que Alfredo se embarcaría en Seward para el Noviciado sito en Los Gatos, California.

En el barco se le enfriaron los buenos propósitos y al desembarcar en San Francisco quiso buscar algún empleo; pero no tenía en el bolso más que un dólar: lo justo para ir al Noviciado.

Muy mohíno y a remolque sacó billete y en poco más de una hora se vio a las puertas del Noviciado del Sagrado Corazón.

Sin gastar tiempo en preservaciones le espetó al P. Rector que no tenía

deseo ninguno de ser monje y que sólo venía a echar un vistazo al lugar. Al día siguiente dijo que experimentaría unos días. Toda su vida se había esfumado experimentando.

Experimento afortunado

Afortunadamente esta vez le salió bien el experimento, y eso que el primer oficio que le dieron en la Religión fue la porqueriza. En su vida se había visto delante de un cerdo real.

Con el talento natural que él mismo desconocía, mejoró la porqueriza hasta convertirla en uno de los lugares más decentes de toda la propiedad.

Por las tardes le llamaba el P. Ministro y le escanciaba un vaso de vino blanco que se bebía solo.

A los seis meses de experimento dijo que quería ser jesuita y entró en calidad de lego o Coadjutor.

Le encantaba la lectura del P. Rodríguez cuyos ejemplos y socarronerías no se cansa de recordar, y nunca dejó pasar un día —ni ahora tampoco— sin rezar los quince misterios.

Antes de terminar el Noviciado le enviaron a la Misión de Alaska e hizo los votos en Nome en la Misa que celebró el P. Sifton, de grata memoria

Estuvo una temporada en Igloo con el Padre Bernard y en 1915 fue destinado a la Misión de Akulurak.

Dice que al verla por primera vez le encantó; y así ha tenido que ser, porque el que antes no podía estar un año en ninguna parte, lleva aquí treinta y dos años y no quiere oír hablar de cambios.

Puede decirse, sin exagerar mucho, que el Hermano Morfi es Akulurak y viceversa.

Obispos, Superiores, Padres y Hermanos han venido y vuelto a venir y finalmente salieron para no volver. Monjas vienen y se van y no vuelven. Familias eskimales han hecho aquí su casa y han vivido años y años y se han cambiado.

Todos han estado aquí como de paso. Hasta la M. Lorenza se fue para morir en los Estados Unidos. Sólo el H. Morfi vino para quedarse definitivamente y presenciar el desfile.

Prefecto de los huérfanos

El mismo día que llegó fue nombrado prefecto de los niños huérfanos que se habían empezado a recoger aquí el año anterior. En los 25 años que los vigiló tuvo el honor de ver en las filas a los hijos de los primeros muchachos que él domesticó.

¡Domesticar! Ese es aquí el oficio tan penoso del inspector. Madrugaba para encender las estufas, los despertaba y ya no les quitaba ojo hasta que se hubiesen lavado con jabón el cuello y las orejas.

Luego las oraciones de la mañana, Misa, desayuno, limpieza general, acarreo de leña, de agua que se coge debajo del hielo del río, el cuidado de los perros, el estudio, y así día tras día y año tras año.

Un niño tiene fiebre, otro constipado y un tercero se cortó el pulgar con hojalata. Hay que curarlos pacientemente, pues el médico aquí es como una ballena en el Manzanares. Si se mueren, él hace el ataúd y cava la sepultura.

Un chico necesita tirantes, otro pantalones y otro las dos cosas. Siempre hay algún chico que necesita algo. Los hay que piden tirantes y cinto a la vez; pero el Hermano dice que llevar tirantes y cinto arguye pesimismo y él quiere verlos optimistas; por eso nunca se los dio juntos.

Los chicos fuman aunque les está prohibido. Como hay varios recién venidos que no saben inglés, el Hermano se vale de Jorge como intérprete y Jorge les echa una filípica furibunda.

Los chicos, que se saben a Jorge de memoria, no pueden aguantar el chaparrón y protestan que Jorge fuma como el que más.

—Pero, hombre, Jorge, ¿también fumas tú?

Y Jorge responde cabizcaído:

—Hermano, yo solía fumar antes; pero desde ayer lo he dejado.

Hay chicos montaraces que se escapan a media noche a campo traviesa. El Hermano se las arregló para encontrarlos y traerlos de nuevo al redil.

En los ratos de faena les enseña a fabricar trineos y barcos de remo, a sobar pieles de foca, a poner mangos nuevos en las herramientas viejas y a afilar las sierras sin estropearles los dientes.

Cuando llega un chico nuevo hay que darle un ángel que le amaestre y le enseñe las oraciones. El Hermano tiene que estar en todo, y todo en todo.

Cuando era más joven, al entrar los niños en las escuelas, cogía cinco perros y visitaba las trampas previamente armadas para atrapar nutrias y zorras. Con las pieles finas de estos animales compraba carne en un rebaño de renos que distaba dos días de camino y proveía de chuletas a las dos Comunidades. Más tarde se las arregló para que Akulurak tuviese rebaño propio y ha sido siempre jefe responsable del mismo.

Et brazo derecho de la Misión

Se quemó el convento de las monjas y se edificó otro mejor. Se quemó la iglesia y fue sustituida por otra mejor. Las escuelas eran demasiado pequeñas para el número siempre creciente de niños y se levantaron otras más capaces. En todas estas labores el Hermano arrimó el hombro como el que más.

Todos los veranos contrata obreros de confianza (antiguos alumnos) y con ellos pesca un promedio de 15.000 salmones argentinos y todos los salmones regios que se requieren para llenar treinta toneles de salazones (⁶).

Cuando se termina la pesca a mediados de julio, desaparece en el Yukón y aparece al cabo de tres semanas con las balsas de maderos que mantienen al rojo las catorce estufas que nos conservan la vida en el país de los eternos hielos.

Cuando vino en 1915 se usaban lámparas de gas y velones que daban mucho trabajo y poca luz. Él fue quien ideó y llevó a cabo la instalación de los molinos de viento que cargan los acumuladores eléctricos y nos dan poco trabajo y mucha luz.

Es decir, que el Hermano Morfi ha sido y es el brazo derecho de la Misión. Aunque el Padre Van der Pol no hubiera hecho otra cosa que traernos este Hermano, bastaría para haber contribuido notablemente al acrecentamiento de las Misiones eskimales.

El buen Padre, que era flamenco, debía de tener ojos de lince.

«¿Dónde hay una Cartuja?»

Al poco de haberse ganado al Hermano Morfi, fue saludado a quemarropa en las calles de Juneau por un misionero de cuarenta y un años, Hugo Horan por nombre, quien le preguntó dónde había una Cartuja; pues

⁶ *Toneles*, o barriles de madera de unos 50 kilogramos cada uno.

habla llevado una vida muy mundana y quería encerrarse en ella a hacer penitencia.

— ¿Cartuja dice usted? Yo le diré dónde puede hacer más penitencia que los monjes del desierto. Váyase al Noviciado del Sagrado Corazón en Los Gatos, California, que allí lo triturarán como a una uva en el lagar.

Hugo bajó la cabeza y tomó el camino de Los Gatos para llorar allí sus andanzas de minero aventurero. Al terminar el Noviciado fue destinado a Alaska, donde murió santamente el año pasado a los setenta y dos años de edad y veintinueve de misionero entre eskimales. Me imagino al Padre Van der Pol esperándole en el cielo y preguntándole que tal le había ido en la Cartuja.

Ocho años de convivencia

El día 31 de julio próximo cumplirá el Hermano Morfi sesenta años y ya estamos trazando planes sobre el modo más adecuado de celebrar tamaño acontecimiento.

A los treinta años ya estaba calvo. Imagínense cómo estará a estas alturas.

Cuando le corto el pelo en mi cuarto le digo que tiene sus ventajas el estar calvo; porque ni tiene uno el pelo de la dehesa, ni le toman a uno el pelo, ni se crían piojos, ni hay que gastar dinero en peines y barberos y, cuando quiera uno ocultarse, nadie le verá jamás el pelo.

El asiente convencido, pero luego reacciona y arguye que prefiere todos esos inconvenientes a tener que cubrir la calvicie continuamente por temor a coger un constipado. Hemos vivido juntos ocho años y hemos tenido nuestras horas de confidencias. En el verano hemos tenido que anclar en algún recodo resguardado y esperar pacientemente tres y cuatro días a que amaine la tempestad, que levanta a las nubes las olas del Yukón.

En el invierno nos hemos sentado largos ratos junto a la estufa mientras afuera brama el vendaval en la noche tenebrosa.

Puede decirse que ya no tenemos nada nuevo que contarnos.

¿Cómo vino a parar a Alaska?

Una cosa nunca se cansa de repetir, y es la pregunta de ¿cómo vino él a parar aquí? ¿Qué méritos contrajo él para que mereciera convertirse de

aventurero en misionero?

Ninguno, claro está.

Pero aunque nosotros nos olvidemos de Dios, Dios no se olvida de nosotros y nos sale al encuentro en la encrucijada menos esperada.

Si entonces caemos de rodillas como Saulo, Dios hará lo demás.

Cuando el Hermano Alfredo compara la paz del alma y la seguridad que experimenta en la Religión con la inquietud y peligros por que pasó en el mundo, dice que quisiera irse por esas plazas y a estilo de San Francisco Javier gritar como un loco y decir a las gentes que los que quieran tener el ciento por uno en esta vida y después la vida eterna, que se vengan a la Religión: y los que quieran tener doscientos por uno, que se vengan a las Misiones.

Añade que si él profesó y espera morir en la Religión, nadie, por desatinado que se crea, debiera desesperar. Este es el Hermano Alfredo Morfi que desde 1913 no recuerda haber dejado pasar un día sin rezar los quince misterios del rosario. Al buen entendedor, pocas palabras bastan.

XIII

MONS. FITZGERALD (1883-1997), SEGUNDO OBISPO DE ALASKA

La ciudad norteamericana de Seattle es la mayor del Estado de Wáshington en la costa del Pacífico y es llamada con toda propiedad el puerto y la puerta de Alaska, como Sevilla lo fue de las Indias en los días en que había Indias. El lazo de unión entre Alaska y los Estados Unidos, tanto por mar como por aire, es Seattle.

De Seattle nos llegó la noticia del fallecimiento allí de nuestro ilustrísimo Sr. Obispo Gualtero Fitzgerald, S. J., a los sesenta y tres años de edad, cuarenta y cinco de jesuita y ocho y medio de Vicario Apostólico del país de los eternos hielos.

Estoy seguro de que los lectores de EL SIGLO DE LAS MISIONES desean saber algo de su vida, y, como me trató siempre con mucha familiaridad, dispongo de datos suficientes para satisfacer los legítimos deseos de nuestros amables lectores.

Datos biográficos

Nació el 17 de noviembre de 1883 en un cortijo que llaman Peola en el Estado de Wáshington, de padres irlandeses recién emigrados de Irlanda. Su padre era de la fibra de Amílcar Barca y Aníbal, que juraron odio eterno a los romanos.

A falta de romanos míster Fitzgerald juró odio eterno a los ingleses y dio su nombre a la sociedad secreta de los llamados *Fenians*, cuyo programa simplicísimo era expulsar de Irlanda a los ingleses por todos los medios a su alcance, lícitos e ilícitos.

Cuando la Jerarquía eclesiástica condenó el movimiento, míster Fitzgerald tuvo la valentía de dar a Dios lo que era de Dios y se dio de baja en la sociedad. El confesor le había puesto en la alternativa de negarle la

absolución.

Sin embargo, el rescoldo patriótico quedó allá dentro y calentó no poco a su hijo Gualtero que, cincuenta años más tarde y con los capisayos episcopales, se reía a cataratas comentando la jornada de Dunquerque y otras jornadas parecidas en las que los ingleses corrían a la desbandada como pavos aterrados.

A los diez años le hacían madrugar y ordeñar cinco vacas. Luego desayunaba y caminaba a pie cuatro kilómetros, donde estaba la escuela para los cortijos del contorno.

En la mochila de los libros le metía su madre unas empanadas de jamón o queso y dos manzanas que le servían de comida a las doce.

Al salir de la escuela por la tarde desandaba el camino y ayudaba a su padre en los quehaceres labradorecos; y así día tras día, hasta que aprendió lo suficiente para ingresar en el Colegio de los jesuitas de Spokane, donde se graduó de bachiller.

A los dieciocho años entró en la Compañía de Jesús en California y siguió en todo la carrera normal del jesuita. Hizo la sagrada Teología en Montreal del Canadá, donde tuvo de profesor al mejicano Padre de la Peza, de quien siempre conservó gratísimos recuerdos.

En Montreal aprendió el francés, que luego olvidó en gran parte por desuso, y allí también tuvo el gozo de ordenarse de sacerdote el 16 de mayo de 1918.

Apenas terminó el año de tercera Probación fue nombrado Rector de la Universidad de Gonzaga en Spokane y fue de rectorado en rectorado hasta el año 1931, en que la región nortea se independizó de California en calidad de vice-provincia y fue nombrado Vice-provincial.

Etimología de Oregón

El nombre de la vice-provincia fue «Montañas Roqueñas», nombre que desagradó a la mayoría de los jesuitas, y por eso al año siguiente, al ascender a provincia, llevó el nombre de Oregón, que es el nombre de un Estado actual y lo fue del territorio noroeste en el siglo pasado.

La palabra Oregón es de origen dudoso, pero según etimologistas de nota citados por la enciclopedia es corrupción de nuestro orégano, por abundar esta planta en sus montes, aunque no son todo orégano.

Habiéndose extendido nuestra colonización hasta más arriba de allí, la

interpretación es mucho más plausible que la descabellada de los irlandeses exaltados que la hacen derivar de O'Regan, apellido irlandés, es cierto, pero sin que conste históricamente que ningún O'Regan se haya señalado en nada por aquellas comarcas,

De Provincial a Obispo

Con el ascenso de la vice a provincia el Padre Fitzgerald ascendió también a Provincial, y seis años más tarde, cuando esperaba ser relevado y poder descansar sin las responsabilidades de gobierno, le llovió del cielo la mitra.

Pasados los sustos del primer momento, se sometió a la voluntad de Dios y con gentileza dio un adiós vitalicio al deseo de verse libre de responsabilidades.

En la cocina de Kotzebue me dijo confidencialmente que el nombramiento había sido un desacierto por la sencilla razón de que la cabeza humana tiene sus límites y la suya los había sobrepasado.

Hechos posteriores confirmaron la verdad de este juicio, considerando las cosas desde el punto de vista técnico. Las mejores cabezas deben tener sus épocas de descanso.

El Padre Fitzgerald fue siempre Rector y Provincial sin un día de descanso, y su provincialato ocurrió en aquellos años de depresión financiera que trajeron a Roosevelt cuando no se oía más que bancarrotas, quiebras, doce millones de desocupados y deudas astronómicas por todas partes.

Nuestros Colegios pasaron días aciagos y toda la responsabilidad caía sobre el Padre Provincial que pasó sin dormir no pocas noches.

Entonces fue cuando la presión de la sangre le comenzó a subir y tuvo varios ataques a la cabeza, en uno de los cuales predio el conocimiento y derramó gran cantidad de sangre por las narices.

En este estado le cogió el nombramiento de Obispo auxiliar de Alaska con derecho a sucesión.

Esta tuvo lugar el 20 de mayo de 1945, cuando Monseñor Crimont entregó su alma a Dios a la venerable edad de ochenta y seis años.

Experiencias misioneras

Apenas consagrado Obispo, monseñor Fitzgerald se internó en Alaska y quiso experimentar la dureza de la vida del misionero.

Aquí, en Akulurak, estuvo conmigo seis semanas en lo más crudo del invierno.

Con una estufilla al lado y envuelto en un capote reforzado con piel de liebre, escribía verdaderos montones de cartas a máquina que le traían nuevos montones que él despachaba luego con idénticos montones.

Yo mismo, tan dado a la correspondencia, me admiré de la cantidad exorbitante de cartas que despachaba.

La manera de andar de estos eskimales le llamó poderosamente la atención y, cuando estábamos solos, los imitaba yendo y viniendo con un balanceo muy gracioso que le hacía morir de risa.

Estando un día conversando con él en su cuarto, llamó a la puerta un eskimal forastero y me preguntó si podía prestarle unas tablas.

Le pregunté quién se había muerto y me respondió que su hermano, niño de dos años. Se las di. El señor Obispo no acababa de maravillarse de mi pregunta.

¿Qué tiene que ver pedir tablas para preguntar quién ha muerto?

¡Vaya que tiene que ver! ¿Cómo se va a fabricar un ataúd sin tablas? ¿Y para qué otra cosa podía venir un eskimal a pedirme tablas si no era para un ataúd? ¡Vivir para ver!

«Maquiavelo»

Algunas tardes le llevaba a las clases de catecismo para que viese y palpase las entendederas de la juventud eskimal.

Debo confesar aquí un pecado que, si no tuvo mucho de malo, lo tuvo ciertamente de zorro.

La víspera les decía yo a los niños lo que les iba a preguntar delante del señor Obispo, y gracias a eso se lucían. Por eso el buen señor se maravillaba que respondiesen sin vacilar a preguntas como éstas:

La Santísima Virgen y el Niño Jesús, ¿eran buenos o malos?

—Eran buenos.

—Entonces irían a misa los domingos, ¿no?

—No, Padre, no iban a misa.

—¿Por qué no iban?

—Porque entonces no había misa.

—Bueno, pero por lo menos rezarían el Rosario, ¿no?

—No, Padre, entonces no había rosario.

El señor Obispo decía:

—Magnifico, hijos, magnífico; os aseguro que muchos niños y niñas en los Estados Unidos hubieran picado en el anzuelo.

Asimismo en los exámenes de los confirmandos siempre hice yo mismo las preguntas para que las palabras altisonantes del Prelado no les asustasen.

Como no convivió con ellos, no supo tomar el pulso a su mentalidad y les preguntaba como preguntaría a colegiales de Nueva York usando frases demasiado elegantes para el mundo infantil eskimal.

Después de cenar, mientras afuera nevaba, jugábamos a la baraja. Parece ser que hasta entonces me había tomado por un alma de Dios; pero ahora, al ver los trucos que le hacía, cambió de opinión y me empezó a llamar Maquiavelo.

Digo me empezó a llamar, porque ya hasta el fin de su vida desapareció el Llorente —o poco menos— y no hubo más que Maquiavelo. Para no ser menos, yo mismo al escribirle me firmaba Maquiavelo.

Jefe de los capellanes católicos militares

Al terminar su visita en este distrito voló a Hooper Bay a visitar al Padre Fox. Allí hicieron juntos un viaje al trineo a Scammon Bay, con tan mala fortuna que les cogió la noche en escampado y tuvieron que pernoctar en el monte que separa las dos bahías.

Este contratiempo estuvo a punto de costarle la vida y en dos años seguidos no volvió a poner los pies en un trineo.

Por entonces estaba en su cenit la guerra con el Japón y, en calidad de jefe de todos los capellanes católicos, voló distancias inmensas hasta el cabo de las Islas Aleutinas en los aviones oficiales de bombardeo vestido de uniforme militar.

Era interesante escucharle junto a la estufa los relatos de esos viajes.

Los capellanes podían decir misa a todas las horas del día o de la noche, tres misas cada uno, y para comulgar bastaba creo que dos horas o menos de ayuno eucarístico.

Como los japoneses ocupaban dos islas y había bombardeos, toda la región estaba en estado de sitio y se daba el viático a los soldados expuestos a los bombardeos.

Cuando terminó la guerra, nos mandó a Akulurak los pantalones de oficial para que los usáramos. Los echamos a suertes y tocaron al Padre Norman Donohue, que los tiene aún colgados en su cuarto, no sé si como reliquia o para que nos riamos de él cuando aparezca con ellos en pleno día.

A Maquiavelo le envió un abrigo de pieles que pesa menos de una arroba, sin que hayamos averiguado aún qué clase de piel es: si bisonte o ternera o mula o caballo.

El mismo tampoco lo sabía; decía que se lo regalaron en Seattle y que, como no tenía fuerzas físicas para arrastrarlo, se lo envió a Maquiavelo para templarle los bríos de torero inquieto.

Su último viaje en trineo

Terminada la guerra, volvió a convivir más largamente con nosotros. Visitando al Padre Deschout en la isla de Nelson se les acabaron los víveres usados por los blancos y tuvieron que acogerse al pescado ahumado de los indígenas.

El señor Obispo no lo podía digerir y para no morir de hambre alquiló un trineo que le llevaría a Bethel en cuatro días, si el tiempo era bueno y caminaban desde el amanecer hasta el anochecer.

Las provisiones para el viaje eran a base de alimentos indígenas.

Fueron cinco días horribles en una temperatura bajísima y con el estómago poco menos que vacío, deslizándose sobre el hielo y la nieve horas y más horas en una monotonía deprimente.

Se le recrudeció el catarro y adelgazó considerablemente. Para colmo de males se les volcó el trineo con tan mala suerte que cayó de bruces contra un témpano, se despellejó la nariz, se llenó los ojos de renegridos y no se rompió ningún hueso por puro milagro.

Cuando llegó a Bethel entró al punto en la posada para, calentarse y reponerse; pero el posadero, al verle de aquella facha, le tomó por un borracho y no le quiso dar posada.

Tomen nota fiel los futuros obispos de Alaska para que no se llamen a engaño imaginándose honores a granel. Fue aquél su último viaje en trineo.

El matrimonio que quería divorciarse

En carta a Maquiavelo le decía que allí, cerca de Bethel, un matrimonio católico pensaba separarse. El esposo era blanco y la mujer eskimal.

Al encararse él con el blanco y rogarle que no hiciera tal desatino, el blanco se quitó el abrigo, se arremangó, escupió las manos y le desafió al Obispo a solucionar el problema a puñetazos.

Ya sé que muchos lectores creen que lo invento de propósito. Sepa el mundo entero que estoy dispuesto a poner por testigo al mismo señor Obispo el día del Juicio delante de toda la Humanidad.

Con esto me tranquilizo por ahora y prosigo diciendo que el Prelado le respondió con palabras tan rebuscadamente técnicas y elegantes que el blanco embrutecido no las entendió, y, para no descubrir su ignorancia, se aquietó y murmuró algo así como:

—Bueno, si es así, menos mal —y se volvió a poner el abrigo ya muy sosegado.

Lo que el señor Obispo le vino a decir era que la altivez puesta de manifiesto en su alterado continente y réproba conducta le permitía poner en tela de juicio su pertenencia a la especie humana.

Lo cierto es que el matrimonio siguió unido. Noticias posteriores me informan que les ha nacido otro hijo.

Amor a la vida común

Monseñor Fitzgerald se distinguió siempre por su amor a la vida común según el espíritu de las reglas.

Se acostaba a las diez y se levantaba a las cinco. Meditación, misa, exámenes, breviario, lectura espiritual y unión con Dios en todas las obras del día. Caridad con el prójimo. Ese era su programa. Tenía una como prevención natural contra todo lo extraordinario y llamativo en materia de devociones. Los mismos ayunos, si excedían un poco la marca ordinaria, le hacían fruncir el entrecejo.

Quiso hacerme cambiar la cama de tablas por otra de muelles, y sólo desistió cuando le demostré que me resultaba más cómodo dormir en cama dura que en cama blanda; pues es el caso que en los viajes misionales dormimos con los indígenas en nuestro saco de dormir tendido en el suelo; y, una vez acostumbrados a ello, no cuesta nada; mientras que el cambio continuo de cama blanda a cama dura le trae uno al retortero y en una miseria.

El Padre Lucchesi, en un viaje por el Canadá, pernoctó en un convento de monjas que le alojaron en la habitación destinada a los grandes personajes y estaba alfombrada con lujo.

El buen Padre halló la cama de azogue y se tendió tranquilamente en las alfombras, donde durmió como un lirón. Las infelices monjas, al ver luego la cama intacta, lo achacaron a mortificación y lo publicaron a campana herida sin sospechar que el Padre no había dormido en aquella cama borracha para evitar pasarse la noche desvelado, columpiándose al menor estirón.

Nuestro Obispo tuvo grandes disputas en Akulurak con el Padre Endal, que tiene espíritu de mortificación y se tira a matar. A los santos penitentes aducidos por el Padre les oponía el Prelado la Sagrada Familia, el amabilísimo San José, que vivió patriarcalmente en su casita de Nazaret sin que sus vecinos notasen en él nada extraño fuera del milagro estupendo de que nunca hizo nada mal hecho.

Asimismo le gustaba que nos alimentásemos bien, y por dondequiera que pasó dejó avisos acerca de las comidas. Alma sana en cuerpo sano.

En una de las visitas a Akulurak dio los Ejercicios a las monjas y a los Hermanos. Yo me colé de rondón en varias pláticas y pude apreciar su mucho espíritu y su gran sentido común.

Últimos días

A fines de 1946 me escribió una carta con ideas más bien incoherentes. Otra carta vino con ideas más incoherentes aún, y ya no volvimos a recibir cartas suyas.

Digo mal; nos envió un cheque de quinientos dólares para pagar al maestro de nuestra escuela del Río Negro, siendo así que no existe la tal escuela.

El negocio se iba poniendo malo.

Por fin, en mi viaje a Fairbanks en febrero del 47 me enteré detalladamente del estado de la cuestión.

La presión de la sangre le había subido por las nubes y el pobre Prelado iba de ataque en ataque, algunos verdaderamente alarmantes.

Los médicos lo dieron todo por perdido y le obligaron a guardar cama; pero él no lo veía tan grave y, sin decir nada a nadie, se levantó y le encontraron paseándose por la ciudad sin que él supiera dar razón de lo que estaba haciendo.

Le condujeron a la cama con engaños y le escondieron la ropa. Gracias a esta estratagema guardó cama varios meses y mejoró considerablemente; tanto que fue invitado a la consagración de un Obispo en California y aceptó.

¡No lo hubiera hecho! Al llegar a San Francisco sufrió un ataque ligero y de repente se desmemorió de suerte que no sabía dónde estaba ni a dónde iba ni quién era.

Se puso a la policía secreta sobre la pista y lo hallaron por los arrabales con un chichón en la cabeza, resultado palpable de alguna caída o de algún golpe dado por gentuza amiga del vino.

Entonces ya no se anduvo en bromas.

Fue puesto debidamente en el hospital de la Divina Providencia de Seattle, donde la presión de la sangre sobrepasó todo término, hasta que el 19 de julio, rodeado de Padres jesuitas y sacerdotes amigos, entregó su alma a Dios.

Accediendo a sus deseos fue enterrado en el cementerio del Filosofado de Mt. Saint Michael, cerca de Spokane, junto a su gran amigo el Padre Erogan, S. J., y el entierro fue un desfile impresionante de sacerdotes y cinco Prelados íntimos amigos suyos que venían a dar el adiós postrero al segundo Obispo del país de los eternos hielos.

XIV

LAS FAMILIAS ANTE LA VOCACIÓN MISIONERA

¡No soñemos despiertos!

A juzgar por las cartas que recibo de España e Hispanoamérica no hay hoy día Colegio ni Seminario ni Congregación Mariana ni grupo bien organizado de Acción Católica donde no florezca su correspondiente Academia de Misiones, una de cuyas secciones es la correspondencia epistolar con los misioneros a fin de mantener vivo el espíritu misional entre los asociados.

A estas academias locales hay que añadir las tres Obras Pontificias, la JEM, la CMDE y tal vez otras con tus cursillos, sus actos públicos y el consiguiente aparato de discursos fogosos y recaudaciones al por mayor en favor de las Misiones.

Todo esto es no sólo recomendable sino necesario para el desarrollo de la idea misional entre las masas. Sin estos cimientos no existiría el edificio misional.

Con todo, creo interpretar el sentir común de los misioneros de vanguardia al afirmar que existe entre nosotros el temor de que entre tanta hojarasca no abunde el fruto que todos deseamos.

¡Entendámonos! Hay frutos, y muy sazonados por la gracia de Dios, pero aspiramos a más.

El resultado práctico de tanto discurso, tanto cursillo, tantas reuniones y tantas conclusiones debe ser un incremento en vocaciones a la vida religiosa y misionera.

La piedra de toque de la eficacia de estas academias es el número de estos académicos que ahorcan el traje de seglar y se visten la sotana o el

hábito religioso con miras a las Misiones entre infieles. Seamos prácticos y no soñemos despiertos.

Alarma en la familia

Siempre ha sido motivo de dolor para las almas santas el hecho lamentable de que, apenas un jovencito anuncia que siente vocación para la vida religiosa, toda la familia se alarma como si les hubiera visitado el tifus o el cólera morbo.

Las excepciones confirman la regla. Tengo yo cartas de madres que darían gustosas su vida a trueque de que su hijito fuese llamado por Dios al sacerdocio.

Excepciones, por desgracia, y nada más que excepciones. Es muy probable que uno de los crímenes que contribuyó notablemente al sudor de sangre de Jesucristo en el Huerto de los Olivos fue éste de las familias católicas que declaran guerra sin cuartel a los hijos que desean hacerse religiosos.

Sepan de una vez para siempre estas familias que son agentes de Satanás y enemigos de Dios por más escapularios que lleven y más golpes de pecho que se den, a no ser que las salve una ignorancia supina, indigna de toda alma noble y bien nacida.

Un crimen doble

Una de las señales infalibles de que Dios quiere bendecir abundantemente a una familia es la vocación de uno de sus miembros a la vida religiosa, y una de las señales de que una familia es prácticamente católica es la floración de uno o varios de sus miembros al estado religioso.

Y me atrevo a decir más.

De ley ordinaria Dios pide el mejor de los hijos, y a veces no sólo uno, sino dos y aún más, y éstos, a su vez, los mejores.

¿Será ésta la causa de que las familias se opongan tan tenazmente a la vocación religiosa de sus hijos?

Si así fuera, el crimen sería doble, y la razón es obvia. El Padre Eterno nos dio el mejor Hijo, que además es Hijo único.

Por tanto, tiene derecho a concedernos gratuitamente el privilegio

singular de podérselo agradecer dándole nosotros en pago nuestro hijo, que es infinitamente inferior al suyo. El mejor de nuestros hijos es una sombra de Jesucristo. Sin embargo, el sacerdote es llamado a ser otro Cristo. Por eso Dios llama a lo mejorcito que ve en las familias. El crimen doble de que hablaba es de egoísmo y desagradecimiento.

Dios quiere el mejor porque aun el mejor no es más que una sombra, y nosotros le damos el que no vale para médico o abogado o ingeniero o cualquier otra profesión rastrera que no puede compararse a mil leguas con el sacerdocio.

Si regateamos a Dios el mejor de los hijos, pero no tenemos dificultad en darle «el otro» que El ni siquiera nos pide, somos como aquellos sacerdotes judíos anatematizados por Malaquías que ofrecían en sacrificio los animales cojos, tuertos y enfermos y guardaban para sí los sanos y bien cebados.

A Dios no hay que negarle nada. ¿Qué digo negarle? A Dios hay que adivinarle los pensamientos y deseos y adelantarse a ellos, y el que no lo haga así, ¿de qué se acusa en el confesonario?

Una lección del comunismo

Cuando alguien muere, si muere con los Sacramentos, nos consolamos, pues muere en los brazos de Dios, que es cuanto se puede desear.

Esos Sacramentos no se dan sin sacerdote.,

Pedir a gritos confesión a la hora de la muerte y haber prohibido al hijo ser sacerdote es tan irracional que no hay término apropiado para calificarlo.

Aprendamos de los comunistas, que lo primero que hacen cuando son dueños del campo es liquidar al sacerdote, inspirados por Satanás, que conoce muy bien el paño.

Nosotros, inspirados por el Espíritu Santo, apoyemos abiertamente las vocaciones al sacerdocio.

Vocaciones en las parroquias

Es digno de notar que mientras ciertas parroquias dan vocaciones en número consolador, las hay donde no hay ni recuerdo de un solo

parroquiano que se haya ordenado o haya profesado en una Orden religiosa.

Puesto en el disparadero no vacilo en apretar el gatillo y afirmar que los párrocos son los llamados a vigilar este estado de cosas.

En toda parroquia hay niños y niñas de carácter y talento aptos para la vida religiosa; pues lo que digo del sacerdote o religioso lo digo también de la religiosa consagrada a Dios con votos canónicos.

En Manilla Mayor, de la diócesis de León, parroquia que no llega a cien familias, han salido en mis días nueve sacerdotes seculares, más siete religiosos y dos monjas, que yo recuerde.

De otras parroquias circunvecinas han salido muy pocos o ninguno.

Donde el párroco o el maestro o los dos fomentan las vocaciones, éstas se logran porque Dios ha querido que nos ayudemos mutuamente en la empresa de salvarnos y salvarle almas; mientras que donde las vocaciones no se fomentan, vemos que la juventud crece y se desparrama infructuosa como las parras desatendidas.

¿Misionero? ¡Qué horror!

Dando otro paso en esta dirección nos encontramos con el caso extraño de que hay familias que no tendrían dificultad en permitir a sus hijos entrar en la Religión, pero ponen el grito en el cielo ante el temor de que éstos sean destinados a Misiones de infieles.

Y aun después de que el religioso lleva varios años en la Orden, si se siente llamado a China o a Ceilán —por ejemplo— encuentra un obstáculo en la familia que cree tener derecho a entrometerse y negar el *visto bueno* al misionero en ciernes.

Mientras estaba en la patria se le podía visitar y como que vivían en familia; pero ahora, al cruzar el ancho mar y perderse en el lejano Oriente, parece como que se ha muerto y lo llevan a enterrar.

¿Cómo calificar este proceder? ¿Cómo lo califica Jesucristo desde el sagrario?

Enorgullecerse de que España ha sido y vuelve ahora a ser la nación más misionera no cae del todo mal en quien ha contribuido a ello con personal efectivo; pero suena a huero con quien pudiendo haber contribuido del mismo modo no lo ha hecho.

Seamos generosos y vayamos a la cabeza en las idas de los ejércitos

que luchan por la extensión del Reino de Jesucristo en el mundo infiel.

El único apoyo de sus padres

Finalmente, ¿qué decir del caso en que el hijo o la hija sea el único apoyo de los padres y Dios se lo pida para la vida religiosa?

No es que Dios haga esto de ley ordinaria, pero lo ha hecho y lo puede hacer. Es el caso de Abraham.

Es el caso de aquellas viudas que se ganan la vida lavando ropa para que el hijo sirva a Dios en la Religión. Es el caso de la Santísima Virgen, que, viuda y sin otros hijos, vio que tenía que despedirse de Jesús que salía para el Jordán a comenzar los tres años de su vida pública.

¿Quién cuidó de Ella esos tres años? Es ésta una pregunta legítima que se me ocurre a mí cada vez que leo ese pasaje del Evangelio.

La respuesta no la sabemos, pero la conjeturamos, Pasó estrecheces para no ser diferente del «Hijo del hombre que no tenía dónde reclinar su cabeza»; pero no se murió de hambre, porque Dios se encarga de servir a los que le sirven a Él.

Por esto no vacilo en aconsejar a los padres pobres que tienen un hijo a lo Tobías, «báculo de su vejez», que, si Dios se lo pide, se le entreguen sin regateos con la seguridad absoluta de que Dios les enviará pan diariamente en el pico de un cuervo, como al primer ermitaño, San Pablo, o sea lo lloverá del cielo, como llovió maná al pueblo judío en el desierto.

La cuestión está en dar a Dios lo que nos pide. Las consecuencias de esta donación se las dejamos a Él, que es omnipotente y puede hacer que con un bocado de pan vivamos sanos y alegres cuarenta días, como hizo con Elías y lo haría con nosotros si tuviéramos en Él fe del tamaño de un grano de mostaza.

XV

CONSEJOS PRÁCTICOS A LOS ASPIRANTES A MISIONEROS

¡Lo que otros... yo también!

Los avisos precedentes dicen con las familias; pero creo deber pasar adelante y aconsejar también al candidato a la Religión con miras a las Misiones de infieles.

El joven que se siente llamado por Dios a ser otro Cristo, es decir, otro Buen Pastor yendo por esos mundos en busca de la oveja extraviada, no se acobarde ni desaliente ante el temor de peligros imaginarios o sufrimientos insoportables. No hay tales.

San Pablo sobreabundaba de gozo en medio de sus fatigas apostólicas. San Francisco Javier se veía obligado a decirle al Señor: «Basta, basta», porque estaba a punto de reventar de gozo espiritual e interno.

Todos conocemos a legiones de misioneros tan contentos y satisfechos que no se cambiarían por nadie.

Pues lo que otros con la gracia de Dios llevan a cabo ¿no lo voy a llevar yo?

Eso, sí; viviremos alegres en la Cochinchina si somos amigos de Dios. Si no lo somos, la vida será un continuo apurar las heces de un licor amargo que no se agotará nunca.

Pero para apurar esas heces no es menester ir a Cochinchina. El impío no tendrá paz jamás por más que se ría y pretenda divertirse. La amistad y unión con Dios se presupone para toda felicidad verdadera.

Con esa unión y amistad el misionero se mete impertérrito por pueblos extraños y convive con gentes de raza y costumbres diferentes sin perder la alegría. Esto es el pan nuestro de cada día y no es menester perder tiempo en

demostrarlo.

Puestas estas premisas, voy a tornarme la libertad de dar algunos consejos al aspirante a las Misiones.

Si Don Quijote creyó que debia dar una lista larga de consejos a Sancho antes de que éste tomara posesión del gobierno de la isla, no será tiempo perdido dar consejos al que se prepara para tomar posesión de un reino muy superior al de la ínsula Barataria, situada en el interior de la tierra firme.

1.ª Ponerse en las manos de Dios

Aun dado el caso de que te mueva a entrar en la Religión el deseo de ir a una Misión determinada, sin embargo, una vez que hayas profesado, no insistas pertinazmente en ser destinado a ella caiga el que cayere. Déjalo en manos de los Superiores que hacen contigo las veces de Dios.

Si crees que Dios te llama al Congo y, en vez de enviarte allí, te mandan a enseñar álgebra en Río de Janeiro, enseña álgebra y no te enfurruñes, que hallarás a Dios más propicio entre las ecuaciones haciéndolo por obediencia, que bautizando negros en África por tu voluntad.

Es más perfecto ponerse en las manos de Dios y dejarle hacer, que insistir en catequizar negros.

Si arguyes que Dios te llamó para el Congo, te concedo que tal vez te esté llamando aún y que tal vez irás, pero te advierto que eso les toca a los Superiores decidirlo; pues se dan casos en que Dios se vale de las Misiones como de cebo para atraer a ciertas almas que Él quiere en la Religión pero no en las Misiones, por la sencilla razón de que sus juicios son inescrutables y no tienen obligación de explicárselos a nadie.

Tú entras en la Religión dispuesto a ser misionero, y a los ojos de Dios ya lo eres aunque luego sin culpa tuya nunca vengas; como Abraham se hizo padre de todos los creyentes aunque de hecho no sacrificó a su hijo Isaac, porque Dios intervino en el último momento.

Los Superiores, Superiores, que hacen con nosotros las veces de Dios, son los que han de decidir si es Isaac o el carnero lo que debernos ofrecer a Dios.

Si no sigues este consejo, te expones a perder la paz interior viviendo con el temor de si te enviarán o no al Congo, y sin paz interior no darás un paso en la vida espiritual, es decir, perderás el tiempo tristemente.

Si Dios te quiere ciertamente para bautizar negros, El hará que los Superiores lo descubran; y éstos, que son buenos y prácticos, te despedirán con bombo y platillos a tu partida para el caluroso Congo.

2.º Pensarlo bien antes de decidir

Piénsalo mucho antes de lanzarte a vociferar que Dios te llama para Alaska.

Fíjate en estas cifras. Para 75.000 habitantes que aproximadamente tiene Alaska, hay aquí treinta y tres sacerdotes, ocho Hermanos y unas sesenta y cinco monjas. Coge un Atlas de Misiones y échate a buscar por el espacioso mundo un Vicariato, ¡uno sólo!, con tanto personal misionero para tan pocas almas.

Si lo que buscas es ponerte en contacto con muchos infieles, no vengas por acá, que te aburrirás en tu vida solitaria forzosa.

O tal vez quieras venir a ver las auroras boreales. Entonces sí, vente a toda prisa; pero dilo claro y no nos engañes con rodeos y explicaciones de querer sufrir por Cristo, etc. El día del Juicio veremos lo que cada uno sufrió por Cristo. Aquí en la tierra nos engañan las apariencias. Cuando leo yo en mi sillón el trato que reciben los misioneros de los comunistas chinos, me digo sin contenerme:

«¡Eso es sufrir y derramar la sangre por Cristo!»

3.º Preferir una Misión entre compatriotas

Examina despacio tu *vocación a una Misión confiada a misioneros extranjeros*. Lo ordinario es que Dios te llame a una Misión confiada a españoles o hispanoamericanos, que somos todo uno.

Antes de que te lances a vivir con franceses, por ejemplo, o con holandeses, piénsalo bien.

Ya es en sí heroico vivir en Madagascar o Nueva Guinea sin que tengas que cargar con el peso de compañeros extranjeros que ni entienden a España ni a los españoles ni les importa un bledo por ninguno de nosotros, o lo que es peor aún, defienden ideas grotescas sobre nuestro país. Te lo digo yo que conozco el paño.

Sin embargo hay casos hermosos que son una excepción a esta regla general. Tú, empero, no te rijas por excepciones, sino por reglas generales.

Míralo bien y no te dejes llevar de fervores tempranos en este particular.

4.º Conservar la propia nacionalidad

No pierdas nunca de vista que eres español, para que *no te descastes* y te conviertas en una entidad que dé lástima.

Dios nos plantó en España, y allí están nuestras raíces. Mientras estemos enraizados en España, tendremos personalidad propia, progresaremos y fructificaremos, porque corre por nuestras venas savia generosa que nos hemos asimilado en el curso de la vida.

De chinos, eskimales y negros no adquiriremos más que el hábito de ciertas costumbres externas. El que se arranque de cuajo de España para trasplantarse integro a otro país, gastará el resto de la vida regando un palo seco.

Para que no te escandalices, recuerda que Jesucristo mismo santificó el patriotismo cuando lloró sobre la ruina inminente de Jerusalén, la capital de su patria en la tierra; y no lloró, que sepamos, sobre la caída del Imperio romano, que para sus ojos divinos no era menos inminente; y sin embargo, nadie puede acusar al Señor de ser aceptador de personas.

No es que aprobemos el patriotismo exaltado; librenos Dios de tales excesos.

Lo que te advierto es que nunca serás tan chino como los chinos de verdad. No hablarás su lengua ni la escribirás como ellos, ni entenderás la manera de ser de China como ellos.

Si, por otra parte, tampoco quieres ser español, serás un individuo ridículo, una especie de judío errante llevado y traído como manojos de algas arrojadas por las olas en la playa remota y olvidada.

En cambio, si eres buen español y te tienes por tal, aunque nunca llegues a ser buen hotentote o buen zulú o buen chino, por la menos eres algo bueno, y al que te eche en cara que no sabes el mes y el año en que comenzó la dinastía Pu-Chen-Fu, le contestas preguntándole la fecha de las Navas de Tolosa, de consecuencias más transcendentales para la civilización que todas las dinastías *puchenfules* imaginables.

Al que se te ría porque no pronuncias bien la palabra *schtzrk*, le dices que pronuncie *torrejuncillo*. El asendereado chino dirá para sus adentros:

«Este individuo no será tan buen chino como yo, pero a ser buen español no le gana nadie.»

Por eso la Sama Sede insiste tanto en la formación del clero indígena. La presencia del extranjero es un mal menor. ¿Te imaginas tú a un sacerdote noruego de párroco, por ejemplo, de Medina del Campo? Pues en cualquier región de Asia o África tú serás un noruego en Medina del Campo.

5.º Hablar bien del país adoptivo

El mayor disparate que puedes cometer es el de *hablar mal de tu país adoptivo* delante de sus paisanos. Te parecerá esto una perogrullada, y lo es; pero desgraciadamente la olvidamos con demasiada frecuencia.

Son pocos los que no se doblegan ante la tendencia ingénita de comparar y sacar conclusiones que son origen infalible de disputas, altercados, resquemores y mala sangre. Yanquis que han estado en España se han creído en la obligación de manifestarme lo repulsivo y grotesco que les pareció el aceite de olivo, los toros, el traje de los maragatos, la estrechez y tortuosidad de las calles de Toledo, y así por el estilo.

Ya lo yes.

No hay alimento con más calorías que nuestro aceite de olivo.

En las corridas de toros mueren menos que en las partidas de boxeo, donde sólo en los Estados Unidos mueren todos los años diez pugilistas a puñetazos en los ojos.

El traje de los maragatos es desconocido en España o poco menos, y aunque fuera el traje nacional sería más vistoso y artístico que el pantalón amorfo moderno y la camisa despechugada de moda fabricada a toneladas, barata, cursilona y ramplona.

Las calles estrechas de Toledo son una bendición de Dios cuando en agosto se derretiría uno en sus aceras si el sol pudiera caer sobre ellas, y así todo.

No tiremos nunca piedras al tejado del vecino, porque en este particular todos los tejados son de vidrio.

Donde no se meta por medio el dogma católico o los principios universales de la ética cristiana, dejemos al mundo en paz.

Cada loco con su tema y cada mochuelo en su nido. La sábana de Gandhi le cae preciosa, como le caen preciosas las faldas a Chiang-Kai-Shek y le cae bien el turbante al señor felizmente reinante en la Arabia Feliz.

El arroz chino sabe mejor comido con palillos. El pescado crudo es delicioso en el Japón, como lo es en el Yukón el salmón ahumado y un poco mohoso.

Si para los indios de las Montañas Roqueñas el plato más apetitoso es la carne de perro, no hagas aspavientos cuando te inviten a gustar un bocado; que si la carne canina no los ha matado a ellos, tampoco te matará a ti.

A esto lo llamo yo hacerse todo a todos, y no al fanatismo de desentenderse de España y aun despreciarla para luego aparentar fervores patrióticos ultrafronterizos que son siempre artificiales y caen como pingajos pegados con engrudo en una levita.

Afuera los extremos; que aun en la virtud se nos mandado no caer en demasías.

Tú eme un español o un hispanoamericano que por amor de Dios atraviesa los mares para ayudar al chino y al hindú a conocer a Jesucristo y salvarse.

Por más trenzas que te dejes y más sábanas con que te cubras (y esto es en sí de alabar), todos te conocerán y sabrán que eres extranjero. Seámoslo, pues, con toda sinceridad y dignidad.

6.º Dominar la lengua indígena

Al poner los pies en el país de Misión, entrégate en cuerpo y alma al estudio de la lengua

Es muy probable que llegues a saberte de memoria todas las reglas gramaticales y todas las excepciones e irregularidades, pero es asimismo probable que nunca domines el acento hasta el punto de que si el chino cierra los ojos y te escucha, te tenga por chino.

A los veinte años los músculos que entran en juego en la vocalización de los sonidos se han petrificado, por así decir, y no se estiran ya ni se encogen como en la niñez. El resultado es que pronunciarás chino con acento español y te lo calarán a dos palabras que digas.

Con todo, si te esfuerzas en pronunciarlo lo mejor que puedas, los chinos te tendrán cierta lástima compasiva y te alabarán en el esfuerzo, y hasta tal vez mientan bondadosamente y te aseguren que eres un as pronunciando chino.

En semejantes circunstancias tendrás momentos de depresión y

decaimiento. Pera no te desesperes.

Como tú hay muchos; y ya sabes que mal de muchos es consuelo de todos.

También pudiera acontecer que Dios te haya dado cualidades lingüísticas excepcionales.

Entonces cae sobre ti la obligación gravísima de fructificar con ellas; quiero decir, que deberás tomar a tu cargo una sección determinada en alguna revista católica indígena y colaborar con ella valientemente y con tesón pulverizando errores, desbaratando herejías, pintando la virtud amable, como lo es, sin dar jamás paz a la mano en esta tarea tan de la gloria de Dios.

Si lo haces así, no enmudecerás el día del Juicio cuando te pregunte el Señor qué hiciste con los diez talentos que te fueron confiados.

7.º Conservar y practicar la propia lengua

Para que no creas que no vales para nada en cuestión de lenguas, haz hincapié en la tuya propia y véngate escribiendo en español algún soneto acicalado que luego debes romper, o alguna pieza literaria bien pulida, o por lo menos un artículo que se lea con gusto en el mismísimo Madrid; y no vayas a descender tanto en el abandono lingüístico que al cabo de veinticinco años en el Indostán hables español a trompicones y con unas concordancias vizcaínas.

Es muy probable que si San Francisco Javier hubiera poseído un estilo mejor, sus cartas serían más buscadas y leídas con serlo ya tanto, como sabemos, y haber hecho con ellas el fruto de todos conocido.

Lo admirable en si es que escribiera tan bien como lo hizo; pues tuvo que desenvolverse en la selva enmarañada del vascuence, español, latín, francés, italiano, portugués y luego las lenguas orientales vivas.

Sin embargo, hubieran caído bien en sus cartas descripciones de las puestas del sol en Travancore, de los corales de las costas de Ternate, de las galas escultóricas y paganas de los templos indios, de la impresión que le hicieron a él los volcanes vomitando fuego de las Molucas, las costumbres de las diversas regiones que recorrió, etcétera, etcétera.

Falto de tiempo, filósofo más que literato, santo más que periodista y con un correo cada trece meses, se limitó a lo esencial de contarnos su predicación y el movimiento de conversiones sin alargarse en otros asuntos.

Tú, en cambio, que nunca serás Nuncio Apostólico de todo el Lejano Oriente y que podrás mandar tus escritos por avión dos veces a la semana; tú que no tendrás que descubrir ni explorar naciones de gentiles perdidas en los rumores inexactos de aventureros mercaderes; tú que tuviste que dar exámenes de castellano y creciste pegado a los plúteos de bibliotecas abarrotadas de libros en buen español; tú que probablemente tendrás dos plumas estilográficas y una máquina de escribir... a ver si las usas con provecho y nos cuentas algo con pormenores de interés.

Ten siempre a mano libros formativos en español que, a manera de la sal, te conservarán incorrupta nuestra lengua.

8.º Poseer buena formación intelectual

Mencioné antes la palabra talento y es preciso reflexionar sobre su significado. Hay que evitar los extremos. Unos dicen que para las Misiones vale cualquiera que sepa el catecismo.

Esta afirmación, tal como suena, pudiera calificarse de blasfema; sino que los que la hacen no saben lo que dicen, y por eso se les perdona fácilmente.

El misionero de infieles, considerado en abstracto, es la planta más delicada en el jardín de la Iglesia, pues a él se le confía nada menos que la Misión de los Doce de meterse en la madriguera tenebrosa del paganismo y allí, sin más ayuda que la invisible del Espíritu Santo, y gracias a ella — claro está— tiene que derramar luz, enseñar, persuadir, responder a todas las preguntas, y, finalmente, plantar la Iglesia donde antes no había más que gentilidad; y plantarla tan sólidamente, que todo lo demás posteriormente se haya de edificar sobre aquellos cimientos.

¿Cómo va a llevar a cabo esta empresa sobrehumana un infeliz que no sabe más que el Catecismo?

Para esto se necesitan dotes extraordinarias, y el que no lo crea, sepa que es digno de lástima.

En cambio, para enseñar Metafísica en una Universidad, puede bastar cualquier talento extravagante que se sabe de memoria todas las distinciones sutiles de los filósofos desde Sócrates hasta el filósofo Rancio, y en cambio, ni vale para echar una plática a las monjas, ni le entienden unas palabras los niños, ni sabe bandeárselas en el confesionario, ni mucho menos sabe freír tomates ni guisar espárragos.

Pongamos las cosas en su punto y demos a cada uno lo suyo. El misionero de las selvas y aldeas paganas tiene que estar fabricado de un paño en cuya construcción entran el sentido común, el sentido práctico, virtud nada vulgar, ciencia sólida y un corazón práctico, sin límites. No basta el Catecismo, así, sin más.

El otro extremo es el de los que dicen que para convertir al Japón hacen falta misioneros que sean hombres de mucha ciencia, pues como ya lo notó San Francisco Javier, los japoneses no son gentiles, así como quiera, sino gente que se deja ganar por la lógica más que por la emoción,

Vamos por partes.

En mis conversaciones con oficiales del Ejército norteamericano durante la guerra, saqué la conclusión de que los japoneses se distinguen por la asimilación y en ninguna manera por el pensamiento propio y la invención.

Así, después del golpe tremendo inicial que le infligieron a los angloamericanos, todo se les volvió perder y perder hasta que se rindieron indefensos por falta de técnica, ya que la Infantería propiamente dicha nunca entró en batalla y quedó poco menos que intacta,

Me decían los soldados yanquis que el japonés obraba como una máquina a quien se aprieta el botón y funciona sin iniciativa propia; y por eso el soldado blanco sabía de memoria cómo iba a habérselas el japonés en determinadas circunstancias, mientras que el pobre japonés se hacía cruces ante las salidas desconcertantes del blanco, que atacaba donde parecía locura atacar y daba luego saltos malabares tan inesperados que terminaban en un jaque mate prematuro y aplanador.

El blanco demostró capacidad intelectual muy superior a la del japonés. No olvidemos esta lección para cuando se cacaree machaconamente la inteligencia privilegiada del japonés.

Comparados con las masas negras africanas o con las castas inferiores de la India, no hay duda de que las masas japonesas poseen una cultura más elevada, pero sería interesante comparar a los universitarios de Tokio con los de Bombay y los de Pekín.

Puestos estas premisas, digo que no hay por qué alarmarse ante la opinión general de que para convertir al Japón se necesitan misioneros de mucha ciencia. Los misioneros de hoy poseen más ciencia que la que poseían los del siglo XVI, hablando en términos generales. Entonces se ordenaban no pocos con un mínimo de ciencia, tanto profana como teológica.

San Francisco Javier quiso descartar a estos últimos para las Misiones del Japón y pidió gente que, a lo sumo poseía el caudal de conocimientos teológicos comunes hoy en las masas de religiosos misioneros.

Hoy día el religioso sacerdote recibe una formación intelectual verdaderamente respetable. Se le mete en un molde del que se sale lo suficientemente equipado para mirar al mundo de cara y pelear con él con armas iguales.

Se llega en esto hasta el extremo de hacer más hincapié en la adquisición de ciencia que en la adquisición de virtud. Todo es poco para la ciencia. Año tras año, desde los doce hasta los veinticuatro y a veces hasta los treinta, el joven religioso tiene que pegarse a las patas de la mesa de estudio y al pupitre de las aulas ocho horas diarias desde setiembre hasta junio.

Para asegurarse uno de que verdaderamente se estudia y no se holgazanea, se tienen periódicamente concertaciones, disputas públicas, ejercicios orales y escritos, trabajos particulares de investigación personal, preguntas y respuestas a diario y finalmente un examen sin entrañas donde el examinador hosco y exigente toma la daga y la mete hasta la empuñadura en busca de sangre caliente. No se da nada por supuesto; hay que probarlo todo.

¿Es reprensible todo esto? De ninguna manera. Esto es necesario. Gracias a ello, la masa común de religiosos sacerdotes está capacitada para entrar por las Universidades japonesas y cantarles las verdades científicas a aquellos señores del Sol Naciente.

Por esto no deja de parecer extraño el que se pida ciencia a los religiosos que vayan al Japón, como si no la poseyeran ya.

9.º Insistir en las virtudes sólidas

En cambio, ¿poseen la virtud necesaria para misionar a los japoneses? Esto no nos consta con tanta certeza como de la posesión de la ciencia, pues en la adquisición de la virtud no ha habido las ocho horas diarias, ni las disputas públicas, ni el estudio concienzudo de autores espirituales en competencia con los compañeros de estudio.

La virtud parece darse por supuesta, como si nos lloviese del cielo así como así.

Y, sin embargo, no son los sabios los que han de convertir al Japón,

sino los santos y sólo los santos, porque la ciencia hincha, y no vamos a ir al Japón a hinchar a la juventud, sino a traerla a los pies de Cristo.

Lo que se necesita hoy día con una urgencia suprema es una legión de misioneros santos, y no santos ordinarios, sino extraordinarios, ya que las circunstancias requieren hazañas extraordinarias.

Para convertir al Japón y a toda el Asia y a todo el mundo pagano, necesitamos que nuestros misioneros, expertos todos ellos en el manejo de libros, sean unos santos por el estilo de los Apóstoles; hombres desnudos de todo afecto terreno, embebidos en Dios, sepultados en Dios, ardiendo en celo de traer todo el mundo a los pies de Dios; hombres con ansias insaciables de dar su vida por Cristo; hombres tan locamente enamorados de Dios que no le han de negar nada, absolutamente nada, aun en cosas mínimas que a los menos espirituales les parecerían ridículas; hombres que negocian por la noche, de hinojos ante el Sagrario, lo que han de tratar al día siguiente; hombres que llamaría yo fantasmas, que pasan por la tierra sin que se les pegue el polvo y vestidos de carne mortal son ángeles.

Esos son los que han de convertir al Japón y al mundo; y por falta de hombres como éstos está el mundo como está, y porque al fin y al cabo tenemos unos pocos, el mundo no está peor.

A estos hombres sobrenaturales les da Dios poderes extraños con que llevan a cabo hazañas estupendas. El Santo Cura de Ars, que jamás aprobó decentemente una asignatura, traía al retortero a todos los demonios y dejó una huella más profunda que la que nos dejaron los letrados franceses de su época.

Sería más conforme con la tradición cristiana insistir más en la virtud que en la ciencia.

10. Ser fiel en lo pequeño

Ya que diste a Dios lo más, dale también lo menos. Ya que dejaste a la familia con todo lo que esto significa y ahora pasamos por alto; ya que dejaste a la patria con su cortejo de lengua materna, compañeros, hombres, huerto casero y el latir nacional; ya que te abrazas gustoso con el destierro en un país tal vez al otro lado del planeta, y te parece baladí este paso que en sí es heroico: ya que haces todo esto y te lanzas a ello con la alegría del atleta a punto de lanzarse a la carrera, no vengas luego a estropearlo todo con naderías ridículas quejándote del mal tiempo, lamentando tu soledad, poniendo el grito en el cielo si te falta pan tierno seis días arreo o si tienes

que dormir en el suelo veinte noches seguidas; ni exijas entrevistarte al punto con un médico especialista en insomnios porque pasaste una noche dando vueltas en la cama sin pegar los ojos, o quieras que se llame al cirujano porque te salió un divieso del tamaño de una nuez.

No hay duda de que tendríamos más Santos canonizados si todos aquellos que llevan una vida heroica yendo de hazaña en hazaña y de proeza en proeza se resolviesen ser igualmente fieles y heroicos en cosas pequeñas, yendo de pequeñez en pequeñez y de menudencia en menudencia, pues es de todos sabido que una salida de mal genio o una frase sarcástica o una postura estafalaria afean notablemente la fachada escultural que labran las grandes hazañas, y en los altares, como en el paraíso, no se admiten semejantes fealdades si no han sido previamente lavadas con el jabón de la penitencia.

Incluso el fumar es reprobable en quien aspira a ser todo de Dios. Que fumen los buenos, pase; pero ese vicio no se admite en los mejores. El que sea esclavo del cigarro, que no se jacte de poseer la libertad de los hijos de Dios.

Y no olvides que estos anatemas sobre el tabaco caen de lleno y *a fortiori* sobre el rapé.

11. Entregarse para siempre y sin condiciones

Hazte cuenta de que cuando vengas a las Misiones, vienes de por vida.

En primer lugar, cuesta mucho dinero viajar alrededor del mundo aunque sea en coche de tercera, y los religiosos tenemos voto de pobreza. Nunca pidas volver a la patria, pues pones a los Superiores en un compromiso delicadísimo.

Aquellas comparaciones de Jesucristo de que dejemos a los muertos que entierren sus muertos, y de que una vez que pongamos mano a la esteva del arado no hay que mirar para atrás, se refieren también a ti si una vez en la Misión de tus sueños te vuelves atrás y quieres salvar almas en Madrid o Buenos Aires.

Por otra parte, no caigas en el vicio opuesto de negarte a salir y volver a Madrid cuando te estés cayendo de viejo y no tengan en la Misión medios adecuados para aliviarte y te fueren suavemente a volver a la madre patria o a la civilización.

No digas: «Les di mi juventud, que me atiendan ellos en la vejez»,

porque esa salida trae perfumes de mundo, y el mundo es uno de los tres enemigos del alma. Tú has abdicado todo derecho y vives pendiente de la santa obediencia.

Y si un día tu imaginación desvariada te hace soñar en que te tratan como si fueras un estorbo, recuerda que Pilatos y Herodes hicieron cuanto pudieron por desentenderse el estorbo de Jesús.

El misionero es otro Cristo y debe vivir y obrar como tal aun en las acciones más insignificantes. Esto es ser sanos de verdad. Tú tienes que aspirar a ser un santo.

FINALMENTE conviene que refresquemos el pensamiento de que si tú te das todo a Dios, Él se te dará todo a ti; y teniendo a Dios irás por esos mundos como si te llevaran en volandas los Angeles; todo se te volverá dulce, suave, fácil, sumamente hacedero. Te reirás de las dificultades, tomarás a guasa las heroicidades, no envidiarás a nadie, tendrás una libertad extrema hasta el punto de maravillarte tú mismo, el pasado no te amedrentará ni te asustará ante el porvenir, la vida con sus torturas te será un paraíso de delicias y a la hora de la muerte verás venir en busca tuya al mismísimo Jesucristo rodeado de su corte celestial presidida por la Santísima Virgen, en cuyos brazos maternales no necesitarás ya de mis avisos.

XVI

EL MES DE MAYO EN AKULURAK

Mes de Mayo, mes de Mayo

Mes de mayo, mes de mayo,
mes de los blancos colores...
las yerbas ya van granando,
los trigos cogen colores...

Así solíamos cantar en las riberas del Esla leonés no hace muchos años; y con razón, porque el mes de mayo en España es eso: flores, verdura y trigos que colorean ya bajo el azul inmaculado del firmamento.

Aquí, en Alaska, el mes de mayo no es tan poético. Si hojearnos los diarios de la Misión de Akulurak nos encontramos con que el mes de mayo tiene más de invierno crudo que de primavera rosada.

El año pasado (1946) el 1 de mayo tuvimos una tormenta feroz de nieve.

Tan rabiosamente bramaba el vendaval que para ir a misa o a la escuela tuvimos que hacer esfuerzos hercúleos y era cosa de risa ver a los niños rodar por la nieve como sombreros.

A fuerza de gatear todos llegaron a su destino sin novedad. No deja de impresionar verse impedido de avanzar, porque el viento es contrario y lo empuja a uno hacia atrás como garra de gigante que obstruye el paso.

Pues con esos humos se nos entró mayo el año pasado. Este año hemos sido más afortunados. No hubo apenas viento, aunque el termómetro marcaba catorce grados bajo cero.

El mes de las flores en la nieve polar

Sin embargo, mayo es en la liturgia mariana el mes de las flores, el mes de María.

Nosotros, católicos por encima de todo, celebramos el mes de mayo en la iglesia lo mismo que lo pueden celebrar en cualquier parroquia de la Cristiandad y tenemos todas las tardes el «ejercicio de las flores», que consiste en cantar las letanías lauretanas con añadidura de oraciones y cantos apropiados.

Estos himnos son los que se vienen cantando por tradición en Estados Unidos, donde abundan las flores, las aves y las cataratas. Hay estrofas bellísimas donde se mencionan los lirios de los valles que crecen rozagantes junto a las corrientes de agua cristalina. Los eskimales me preguntan qué son lirios, qué son aguas cristalinas, qué son ruiseñores y qué color tienen las rosas de Alejandría.

Mientras en la iglesia elevamos al cielo nuestros himnos saturados de poesía floral y mariana, afuera ruge el viento contra los ventanales azotados por la cellisca y se oye el ruido de la paleta al echar más carbón en la estufa enrojecida.

No se puede soñar en tener la procesión de las Rogativas, pues nos las tendríamos que haber con nieve profunda para los pies, viento para los ojos y aire congelado para los pulmones; por eso cantamos las letanías de los Santos en la paz de la iglesia calentada por la estufa.

El mes más esperado

A pesar de esto, mayo es aquí el mes más esperado. A medida que nos adentramos en él, sube la temperatura de suerte que en la tercera semana ya estamos sobre cero y la nieve comienza a derretirse vertiginosamente.

Hay días en que estamos a 10 y aun a 15 sobre cero con un sol de 18 horas que hace de la nieve charcos sin fin.

Entonces empieza por acá la vida propiamente dicha. Hastiados de la monotonía irritante de nieve y cielo plomizo desde el mes de octubre pasado, al ver ahora charcos de agua por todas partes nos parece que resucitamos de entre los muertos y que volvemos a vivir como el resto de los mortales.

El hielo del río está aún firme y con un metro de grosor, pero el agua

de las riberas que le cae en hilitos cada vez más gruesos, unida al calor del sol, logra romper la estructura muscular de aquella masa congelada que gradualmente se debilita y termina por fraccionarse en rajas inmensas primero y en bloques menores después hasta que ya nadie puede caminar impunemente por aquella «carretera» asfaltada.

La sangre nos corre por el cuerpo con ritmo más acelerado y todo el organismo se transforma, si no fisiológicamente, ciertamente psicológicamente.

Reanudación de la vida

Apenas hay ya noche. Ahora comenzamos a vivir de verdad. Los eskimales se despabilan y se les ve rellenar las rendijas de los barquitos y lanchas gasolineras; remiendan las redes o hacen otras nuevas; remiendan el kayak o hacen otro nuevo; todo se vuelve hablar del inminente deshielo y se apuestan cajetillas de tabaco sobre el día y la hora del deseado acontecimiento.

Vienen del sur bandadas de gansos graznadores, garzas, cisnes y patos pequeñucos con más plumas y huesos que carne aprovechable.

La ley veda matar a estas aves hasta el mes de setiembre, pero los eskimales (y los que no lo son) se ríen de esta ley previsor y salen por esos campos encenagados con escopetas y sacos vacíos que esperan llenar en dos o tres días con sus noches de caza dura con el agua a las rodillas y sin dormir ni comer cosa que valga la pena.

Todo es ahora actividad. Al amanecer hay una tela de hielo sobre la corteza terrestre que se derrite a eso de las nueve de la mañana.

En las hondonadas hay mucha nieve que baja de nivel a paso de tortuga, y en los altozanos mece el viento una hierba seca de cuyas raíces brotará pronto otra verde cuya vista ansían nuestros ojos con el afán con que las almas del purgatorio ansían volar al cielo.

Las gafas de nieve, indispensables antes, se tiran ahora en cualquier sitio como si no las volviésemos a necesitar el año que viene.

¡El año que viene! ¿Quién piensa ahora en más inviernos ni en nieves ni en gafas de colores?

Todos los años al trasponer este equinocio pienso que si Dios nuestro Señor nos dijese a los alaskanos que se adelantaba el reloj y pasábamos de abril a octubre, nos volveríamos locos de atar.

Hacia el 20 de mayo vienen las golondrinas. ¿De dónde vienen? ¿A qué vienen? Pero vienen y se pasan el día cruzando los aires de Akulurak en busca de un agujero a propósito para fabricar el nido.

Si Dios nos mandase legiones de ángeles como lo hizo al nacer Jesús en Belén, no nos alegraríamos más de lo que nos alegramos ahora al contemplar las golondrinas, golondrinas auténticas que vienen a anidar en nuestra casa a fines de mayo y no nos han de abandonar hasta primeros de agosto.

Los niños de la escuela

Entre gansos y golondrinas y sol a todas horas y la nieve que se va y el hielo que se raja y los hombres remendando sus redes... nuestros niños y niñas de la escuela se vuelven tan bravíos que no se los sujeta ni con camisa de fuerza.

En vez de mirar al libro o al encerado, estiran el cuello y miran sin cesar por las ventanas.

No atienden a explicaciones. En los asientos todo se les vuelve revolverse, desperezarse y volver a cambiar de postura. Yo entro en la escuela y digo a voces:

¿A qué viene tanta escuela? ¡Vivan las vacaciones! Todos gritan de pie y se miran reventando de gozo. Cuando se sosiega la multitud, digo en voz no tan alta:

—Un día de estos repartiremos los premios y empezarán las vacaciones.

Y así diez o doce días seguidos hasta que por fin llega el día feliz. Las monjas, que son un primor en esto, despliegan vistosamente los premios a puerta cerrada.

Reparto de premios

Luego irrumpimos todos a campana herida y mirarnos detenidamente todos y cada uno de los premios. Ya satisfechos nos sentamos a escuchar la sentencia. Cojo la lista y nombro a la excelencia de la clase, que se levanta y toma el mejor de los premios.

Todos respiran un ¡ay! de resignación. Uno tras otro van levantándose todos hasta el último que no tiene qué escoger, porque no le han dejado más

que uno, el peor de los premios, aunque premio.

Las niñas se tiran a premios femeninos y los niños a los masculinos con algunas excepciones graciosas y muy silbadas como cuando una niña escogió tan tranquila una navaja de bolsillo que los chicos se comían con los ojos o aquel papanatas que se tiró a una peineta sevillana. Al desaparecer los premios se inicia un silencio sepulcral.

Van a leerse los nombres de las chicas que irán al Yukón a cortar salmones y los chicos que irán a cortar leña. Todos rabian por ir. Se nombran siempre los mayores y éstos ya lo esperan.

La ansiedad viene ante la incógnita de la línea de demarcación que zigzaguea inesperadamente; porque hay pequeños con nervio que trabajan como negros, mientras que otros mayores que ellos son unos holgazanes de siete suelas.

En busca de huevos de pato

Por las tardes salen todos por esas praderas sin límites salpicadas de lagos y lo cruzan todo con los ojos más avizores que he visto. Van en busca de huevos de patos y gansos.

Cuando dan con una nidada, rompen los huevos con los nudillos y se tragan el contenido la mar de satisfechos. ¿Por qué los rompen con los nudillos? Porque en todo lo largo y ancho de la desembocadura del Yukón no se ha visto jamás una piedra.

Los eskimales que viajan río arriba y al llegar a Mountain Village ven por primera vez el pedregal que se extiende a lo largo de la ribera, cogen y manosean las piedras muy curiosos y luego se ponen a tirarlas al agua hasta que no se tienen de dolor de hombros; y al continuar su viaje llenan los bolsos de piedras por temor de no volverlas a ver.

Por eso los escolares de Akulurak rompen los huevos de ganso con los nudillos.

Digamos también con toda verdad y franqueza que si al romper el huevo se encuentran con un pollito en formación, lo tragan todo sin más miramientos.

Cuando encuentran más huevos de los que pueden buenamente comer, me los traen a mi habitación y yo se los entrego a la Hermana cocinera que no ha acertado aún a dar con el secreto de la tortilla española, pero que sabe freírlos riquísimamente.

Actividades domésticas

Aquí en casa todo es actividad. Los dos barquitos llovidos que tenemos son objeto de mil cuidados hasta que quedan pintados y limpios que da gloria verlos; y dígase lo mismo de los cinco barcos de remo con que visitamos las redes de salmón.

Niños y niñas bajo la dirección de las MM. Ursulinas se afanan en dejar listos todos los preparativos que requiere la pesca ya inminente: las lonas para las tiendas, los cuchillos bien afilados, los delantales de material engomado e impermeables, los toneles para las salazones y la provisión de sal, los barriles vacíos y bien cerrados para armar sobre ellos las plataformas flotantes y por fin una limpieza general con la escrupulosidad con que limpian las monjas de todo el mundo.

Gracias a las monjas hay limpieza y orden. Sin ellas no sé qué sería de nosotros, pues los hombres nos contentamos con un mínimo de escobas y plumeros.

El deshielo

En los últimos días de mayo o primeros de junio se rompe el hielo del río y todos nos plantamos a la orilla bien arropados con nuestras pieles, porque el deshielo va siempre acompañado de un descenso de temperatura con una humedad que taladra los huesos.

Este río que desde octubre ha estado cubierto de hielo, silencioso, muerto, como un camino por el cual hemos caminado constantemente y sobre el cual jugado al balón vuelve ahora a ser río de verdad.

En ocho meses seguidos no habíamos visto señal alguna de vida en nuestro alrededor. Ahora, al ver estos bloques gigantes de hielo que se van sin hablar, pero que parecen tener vida, y al ver correr de nuevo el agua rojiza, nos miramos complacidos como los pasajeros de un barco que ven por primera vez alguna maravilla en un país desconocido.

Así terminamos el mes de mayo y entramos en el verano. He visto nevar en junio; pero como apenas hay noche, decimos que estamos ya en el verano, nieve o no nieve. Es un mes de mayo, como se ve, bien distinto del mayo de Castilla y de León.

El eskimal que de repente se viese en la huerta de Murcia durante el mes de mayo, se moriría de murria y añoranzas; pues no vería derretirse la

nieve de los campos, ni oiría el fragor de los bloques de hielo que se hienden y chocan arrastrados por la corriente, ni se resignaría a ver candiles a las doce de la noche y por supuesto no aguantaría el calor.

Alaska, país de ensueño

Leía yo anoche por tercera vez el último capítulo del «Genio de España», de Giménez Caballero que él titula: «Exaltación final sobre el monte de El Pardo» donde canta las glorias del imperio español pasado y por venir. Glorias históricas de alcances inconmensurables; glorias legítimas, glorias hispanas, glorias nuestras.

Yo, enraizado en los hielos eternos de la península alaskeña, me subo al campanario de Akulurak y esparzo los ojos por esta Alaska inmortal donde todo es encantador, porque todo está encantado.

Las néveas llanuras barridas levemente por el beso acariciador de huracanes cataclísmicos y supraterrénos; las pampas o tundras de majestad infinita salpicadas de pintorescos y vistosos lodazales donde pululan animados diez mil millones de mosquitos revoltosillos y juguetones con sed insaciable de sangre clerical; el silencio místico, perenne y mayestático de esta región privilegiada que se recuesta como al acaso en las blandas y hospitalarias lomas del Polo Norte legendario. sin seres humanos que lo contaminen con las sórdidas huellas de sus pies groseros e incultos; las gráciles y audaces gaviotillas de albura no comparada y graznido no aprendido que en su rauda y rumoroso vuelo circunvolucionan las pesqueras del salmón en busca de entrañables desperdicios piscinos que nutran generosamente sus pechugas doradas; el aullido dulcísimo y lejano del lobo nocturno; los haces inflamados y policromos de la Aurora Boreal; el tiritar graciosísimo y el inimitable rechinar de dientes en los meses tenebrosos de invierno cuando los sabañones crecen y se multiplican con la fertilidad de los hongos en los valles tropicales... ¿qué más?

Alaska, Alaska, país encantado y encantador ¿qué más? Aunque te falten licores y frutos, cielo azul y tiempo benigno, tienes en cambio tales prerrogativas que con razón te vanaglorias de ser el ideal que puede soñarse y el extremo de la hermosura que pueda desearse.

XVII

MATRIMONIOS ESKIMALES

De Akulurak a Bethel

Una vez más, en el rodar incontenible de los años, volvemos a la vida solitaria; vida de soltero que vive sólo en su casa y tiene que arreglárselas para barrer, lavar, coser, guisar y fregar los platos y la sartén y otras menudencias importantísimas en el funcionamiento metódico de todo buen hogar.

Akulurak, la Akulurak tan conocida de todos mis amigos, se quedó allá a hora y media de aeroplano y allí está con sus monjas que lavan, guisan y amasan el pan, y sus jesuitas curtidos a fríos y calores. ¡Oh invicto Hermano Morfi de feliz recuerdo!, y los setenta y siete huérfanos que yo arrebaté de las garras de la tundra y los nueve perros de tiro y diez mil cosas más que no hay por qué enumerar.

Hoy Akulurak funciona de suerte que mientras un Padre visita el distrito en trineo, el otro está en casa gobernándolo todo desde la silla de su despacho.

A fuerza de paciencia y esfuerzos no despreciables conseguimos que los indígenas se reuniesen en tres o cuatro aldeas en vez de vivir desperdigados. Así el trabajo del Padre del distrito se ha aliviado considerablemente.

El Padre Donohue (se pronuncia Donojiú), que estuvo conmigo seis años, conoce perfectamente el distrito y, como es muy joven, está bien capacitado para administrarlo en toda regla.

El Superior de Akulurak hoy día se tiene que contentar con una vida sedentaria que dice bien con un sujeto entrado en años, pero no con uno poco entrado en ellos.

El P. Francisco Menager, con sus sesenta y dos años, ya no está para viajes y al mismo tiempo le sobran bríos y optimismo para tocar instrumentos musicales, cantar con voz envidiable de tenor, predicar, instruir y escribir a máquina a todos sus amigos y bienhechores que son poco menos que innumerables.

Es decir, el P. Menager y yo cambiamos, y él está ahora en Akulurak al cuidado de las monjas, y yo me encuentro en la muy noble aldea de Bethel, palabra hebrea que quiere decir: casa de Dios.

Aquí tengo a mi cargo todo el río Kuskokwin, desde su desembocadura hasta McGrath (Magráz) que es una distancia de 1.200 kilómetros por agua y 600 kilómetros en línea recta por avión, pues hay que hacer notar que estos ríos culebrean horrorosamente.

La despedida

Contra lo que me habla temido, no me costó gran cosa despedirme de mi Akulurak.

Mejor dicho, todos los adioses tuvieron lugar con ojos perfectamente secos hasta que ya a punto de subirme al aeroplano se me trepó a los hombros Blondy, la perra blanca como una azucena que yo crié y con quien me recreé centenares de veces por los alrededores de la Misión.

Ya me habían dicho mil veces que, cuando me ausentaba, solía Blondy esperarme horas y más horas y, si anocheecía y yo no estaba de vuelta, lo lamentaba con aullidos lobunos tristes como un funeral.

Probablemente me está esperando aún en aquel altozano abierto a los cuatro puntos cardinales.

Toda la población de Akulurak estaba presente para despedirme. El gesto de Blondy encaramada a mi persona suscitó suspiros que yo no oí del todo, porque, después de un tirón de orejas con las dos manos, me despegué de ella y me subí al aeroplano que comenzó a zumbiar y ahogó todos los ruidos.

El viaje aéreo camino de Bethel fue tan magnífico que me dormí en el asiento.

Algunos cabos sueltos

Antes de arremeter con mi nuevo distrito, quiero dar la última mano a

la Misión de Akulurak contando a los lectores de EL SIGLO varias historias que no sé siquiera si vendrán a cuento, pero que las tengo que contar, porque sino, no tengo nada que decir, y más vale poco que nada.

Se pronuncia Akúlurak, aunque aquí no usan el acento ortográfico y por eso ha aparecido en mis escritos sin acento.

Digo, pues, que Akúlurak sigue impertérrita a pesar de mil contradicciones. Nos cuesta al año 12.000 dólares.

Creíamos que abriendo varias escuelitas en las aldeas de más de doce casas podríamos dismantelar a Akulurak e instruir a la juventud con la misma intensidad y con menos gastos: pero no, cuando menos lo esperábamos, nos llueven del cielo huérfanos y más huérfanos venidos de las más apartadas regiones.

Es evidente que Dios quiere que Akulurak continúe.

Su traslado a las riberas del río Andreafski es obra de romanos y va mucho más despacio de lo que se esperaba. El tiempo hablará.

Hoy por hoy el precio de la madera está por las nubes, y como aquí todas las casas son de madera, hacer una casa es sinónimo de entramparse hasta los ojos.

Desmontar los edificios actuales y transportarlos en balsas río arriba es una de las soluciones más en boga, aunque tiene el contrapeso de la experiencia que nos dice que en todo desmonte se pierde la mitad del material.

El nuevo señor obispo tendrá que decir la última palabra cuando venga y se haga cargo de los hechos.

El censo de Akulurak

En algunos ratos de ocio este invierno el Padre Donohue y yo sacamos en limpio un montón de papeletas donde constan los nombres y apellidos de todas y cada una de las personas de Akulurak, edad, estado y lugar de residencia.

El distrito tiene 6.000 kilómetros cuadrados y una población de 799 habitantes de los cuales ocho son blancos.

Todos son católicos, nueve protestantes y seis ateos.

Hay exactamente treinta y dos viudos y treinta y un viudas menos.

Hay un individuo que se ha casado seis veces porque se le murieron

las cinco primeras mujeres. Por igual motivo otro se ha casado cinco veces; seis se han casado cuatro veces; once, tres veces y treinta y cinco dos veces.

Una individua se ha casado cinco veces; dos cuatro veces; cuatro tres veces y veintitrés dos veces.

Cinco matrimonios viven separados; pero en ningún caso se han vuelto a casar en vida del consorte.

Se han separado porque —según ellos, y yo se lo creo— se casaron más o menos a la fuerza; es decir, a ella le dijo su padre: «Vete con Jorge»; y ella dijo: «Bueno». A Jorge le había dicho su padre: «Mañana te casas con Teresa Kapkának; y Jorge respondió: «Bueno».

Simeón y Liduwina

En 1934, Liduwina se resistió y protestó que jamás se casaría con Simeón, un muchacho barrigón y pequeñuco, feo el diablo, medio tonto y otras lindezas por el estilo. ¡Pobre Liduwina!

El padre de Simeón que es un hechicero en toda regla, la amenazó con matarla con hechizos si no tomaba a Simeón inmediatamente.

Vivía a treinta kilómetros de distancia; pero los hechizos no reconocen distancias y matan desde la Cochinchina. Liduwina se echó a temblar y se casó muy sumisa. Al cabo de un año se fugó del marido y vagó por la tundra hasta que la recogí y la di un empleo en la Misión. No sé si haría alguna novena o si Dios vino en su ayuda espontáneamente; lo cierto es que justamente cuando nos vimos en peligro de que Liduwina se juntase con un hombre de valer, Simeón se puso malo y tuvo la delicadeza de morirse pacíficamente, permitiendo así a Liduwina casarse de verdad.

Patricio y Bárbara

Los matrimonios de estos eskimales merecen párrafo aparte.

Patricio y Bárbara vienen a mi despacho. Han venido en trineo y viven en aldeas distintas.

Se sientan en las sillas que les presento y yo sigo escribiendo como si no hubiera pasado nada. Al cabo de un cuarto de hora pregunto en voz alta y sin mirarlos:

— ¿Os venís a casar?

Ellos bajan la cabeza, se ruborizan como tórtolos y no responden. Eso quiere decir que sí; que se vienen a casar. Los tuve en la escuela hace años y me los sé de memoria.

Arreglados los papeles y después de confesarlos, le corto el pelo a Patricio, le abotono la camisa despechugada, le presto unos pantalones decentes para que se presente limpio ante el altar y les prevengo a los dos que al tomarse las manos durante la ceremonia no se den la espalda, sino que se vuelvan más bien uno hacia el otro, o por lo menos miren serenamente hacia el altar.

Terminada la ceremonia Patricio puede llevarse los pantalones o no, según lo aconsejen las circunstancias.

Camilo y Catalina

Camilo entra en mi cuarto y se pone colorado. Mala señal. Nos conocemos mucho. Se le han muerto dos mujeres y pudiera ser que haya encontrado una tercera.

— ¿Qué te pasa, Camilo? ¿Por qué te pones tan colorado?

— Está afuera en la calle. No quiere entrar.

— ¿Quién está en la calle?

— Ella. No sé cómo se llama. Es la que estuvo en la cárcel. Acababa de llegar de Nome y me enteré que había una soltera en la pesquera de Kuiguk; la hallé el primero y me dijo que sí.

— Camilo, ¡que te desuello vivo! Te vas a casar ¿y no sabes el nombre de la novia? Ya sé de quién se trata. Fue a la cárcel por emborracharse con su padre. A él le condenaron a tres años y a ella a tres meses de cárcel. Trátala bien, que la pobre ha vivido en la tundra a la buena de Dios y no sabe lo que es un hogar. Se llama Catalina Kjesóalik.

Y Camilo y Catalina aprendieron sus nombres respectivos en la ceremonia del matrimonio. Para que luego se extrañen mis amigos de que me ría yo tanto aquí en las lomas del Polo Norte.

Pedro y Cecilia.

Pedro y Cecilia viven a una legua escasa de la Misión y en casas aparte, naturalmente.

De pronto me entero de que viven juntos.

La noticia huele a queso.

Los visito y me encuentro con que efectivamente viven juntos. Les eché una filípica de circunstancias y les notifiqué que tenían que venir a la Misión a tocateja para casarse debidamente.

Pedro quiso saber de antemano cuánto tenía que pagar. Le dije que pagase lo que quisiera.

Echó mano al bolso y halló tres pesos. Le dije que bastaban y sobraban.

Como es un jugador de marca, temió perderlos aquella misma noche y me preguntó si los aceptaba yo allí mismo. Los acepté para enviárselos al juez del distrito una vez celebrado el matrimonio.

El juez es mi amigo, y en casos de gente pobre hacemos la vista gorda e inscribimos los nombres en los registros oficiales sin cobrar nada.

Es el caso que se pasaron dos semanas y Pedro y Cecilia no venían. Los volví a visitar algo malhumorado, pero me desarmó Pedro al replicarme con una pausa solemnísimas y una sonrisa que descubría toda la dentadura magnífica:

—Padre, ya le entregué los tres pesos. Usted mismo me dijo que bastaban y sobraba. ¿Qué más me queda por hacer? Usted fue el que me dijo que bastaban los tres pesos.

Guillermo y Carolina

Finalmente, para no alargamos demasiado, quiero recordar aquí el caso singular de Guillermo y Carolina. El acababa de quedar viudo por segunda vez, y ella por primera vez.

Sabían de sobra lo que era casarse en cristiano. De repente me entero de que vivían juntos.

Aguardé un tiempo prudencial, pero me llegué a convencer de que no vendrían a la Misión aunque vivían muy cerca.

Los visité y tuvimos Guillermo y yo un coloquio bastante animado. Cansado ya de pamplinas le di un ultimátum, si no decidía allí mismo casarse con ella, la llevaría yo mismo a su tío Simón Cabezón, su padre adoptivo, para evitar semejante escándalo allí a un tiro de piedra de la Misión.

Guillermo lo vio malo y, reaccionando con una ingenuidad inefable, me respondió:

—Padre, por favor, déjeme experimentarla otro mes y entonces le diré.
Y basta ya de matrimonios eskimales,

XVIII

SUPERSTICIONES Y HECHICERÍAS

Volviendo al censo

Volviendo a nuestro censo de Akulurak hallamos que dos matrimonios han tenido quince hijos; cuatro, catorce hijos; siete, doce hijos, y catorce matrimonios han tenido entre ocho y diez hijos.

En los seis años y medio que estuve esta vez en Akulurak bauticé 240 niños y enterré 252 muertos, la mitad niños menores de dos años; es decir, que la población va decreciendo.

Quedan en el distrito dos hechiceros mayores, cuatro menores y seis aprendices, todos menos uno bautizados. En 1898, cuando apenas llevaban seis años en Akulurak los misioneros, fue tal la guerra que les hicieron los hechiceros, que tuvieron que efectuar una retirada estratégica y cerraron la Misión hasta el verano de 1904.

En 1900 hubo por aquí una epidemia que diezmó a la población y se cebó con encarnizamiento especial en los hechiceros.

La epidemia mundial de 1919 mató, o poco menos, los hechiceros que quedaban. Así fuimos ganando terreno visiblemente.

Un misionero ahuyentado

Nos parece hoy un sueño lo que le acaeció en el invierno de 1897 al P. Parodi.

Visitó en trineo una aldea de diez chozas y después de una arenga sobre los Mandamientos intentó decir misa en el *kasín* o recinto público donde estaban todos reunidos. De cada tres viejos, uno era hechicero. A los cuarenta años son viejos los eskimales.

Pues bien, cada vez que el Padre intentó revestirse para celebrar, le encendían una fogata en medio del *kasín* y tenían que salirse todos por lo espeso del humo. Seis veces por lo menos intentó el Padre celebrar, y otras tantas le ahuyentaron con una humareda en toda regla. El Padre, que ni tenía sandalias ni polvo que sacudir, cargó el trineo con las maletas y se dispuso a partir. Los perros valentones forcejearon tanto mientras el Padre arreglaba el trineo que rompieron la sogá y se dispararon con trescientos de a caballo perdiéndose en la lejanía. Todo el pueblo se echó a reír soezmente.

El Padre con toda paz y silencio y sin la ayuda de nadie, fuera de un chico que le acompañaba, empujó el trineo todo el santo día camino de la Misión.

Al anochecer dio con los perros que un alma caritativa halló en escampado y los ató a los arbustos del arroyo helado.

Con los perros frescos llegó el Padre a la Misión a la hora de la cena, porque Dios aprieta, pero no ahoga, sino que oye el clamor de los pobres y los alimenta a su debido tiempo.

El bautizo eskimal

Las supersticiones también van de capa caída, pero todavía van.

A pesar de las hornadas de jóvenes que salen todos los años de nuestras escuelas, no hay modo de arrancar de raíz las supersticiones.

Chicas que han estado seis años con las monjas y han oído al misionero tronar y relampaguear contra las supersticiones, al casarse y escuchar a la bisabuela que vive ciega en un rincón de la choza, se olvidan de lo que oyeron al Padre y abrazan afanosas lo que masculla aquella vieja desdentada.

El resultado es que cuando les nace un niño lo *bautizan* primero en eskimal y luego nos llaman para que lo bauticemos nosotros.

¿Qué es el *bautismo* eskimal? Muy sencillo. Al nacer la criatura toman una cucharada de agua, la vierten en el suelo y al mismo tiempo pronuncian mentalmente el nombre eskimal del último muerto en el distrito.

El alma del tal muerto vaga errante y con ansias agónicas de reencarnarse en algún niño.

El niño nace sin alma. Cómo vivió nueve meses y diez minutos sin alma no lo saben explicar; se contentan con afirmarlo.

Ahora al pronunciar el nombre del muerto, su alma se cuela de rondón dentro del niño y lo vivifica.

Si el niño enferma, el alma no le prueba bien.

Entonces invocan sobre él tres o cuatro nombres de muertos de la familia para que al menos una de esas almas le pruebe bien y el crío disfrute de buena salud.

Ese es el origen del caso enigmático de que los eskimales tengan tantos nombres; hecho que yo tardé once años en averiguar.

El convite supersticioso de Nochebuena

Quiso Dios que una mujer, antigua alumna nuestra, se volviese loca.

En ratos de lucidez me contó detalladamente toda la trama de supersticiones practicadas, no solamente en el distrito, sino en la mismísima aldea de Akulurak a la sombra de nuestro campanario.

Con la lista de supersticiones en la mano llamé al que hace de algo así como alcalde o cacique y le espeté el notición.

El buen hombre admitió con lealtad el hecho triste de que aún se practican semejantes supersticiones. Añadió ruborizado que se practican generalmente a media noche, cuando están seguros de que el Padre no les ha de coger por sorpresa.

Levantada la caza la seguí y hallé muchas más cosas que convendrá anotar aquí.

Terminadas las Navidades que celebran con toda formalidad en la Misión, se vuelven a sus casas a celebrar las navidades eskimales que son esto: a media noche tienen un convite en el *kasin*.

Los jefes de familia encienden linternas y con acentos lastimeros llaman a las almas del cementerio próximo que vengan, que vengan pronto, que vengan ahora mismo, pues las están esperando para vestirlas y darlas de comer y beber.

Pasados unos instantes, los hechiceros, o, en su ausencia, los más ancianos, declaran que las almas acaban de penetrar en el recinto.

Acto seguido los jefes de familia regalan prendas de vestir a los niños y les dan pescado y una cucharada de té dulce mientras pronuncian mentalmente los nombres de los muertos empezando por los padres difuntos.

Las almas, reencarnadas momentáneamente en los niños, se visten de las prendas regaladas, comen y beben y con eso quedan satisfechas y apaciguadas hasta el año siguiente en que hay que repetir la operación.

De ahí el pánico que se apodera del eskimal estéril y sin hijos. Si no los tiene legítimos, los tendrá ilegítimos, o por lo menos adoptivos, para que luego esos hijos le ayuden en la vida de ultratumba.

Ahora comprendemos la razón del ansia desazonada de adoptar hijos que carcome a toda familia que pierde los suyos.

Cuando una persona es mala y muere en desgracia de todos, la castigan no invocándola jamás en los convites rituales de las navidades eskimales, dejándola así en desnudez eterna y en hambre y sed también eternas.

Ofensiva antisupersticiosa

Averiguados estos hechos nos reunimos los Padres Donhoue, Endal y yo y discutirnos sobre el modo de atacarlos y arrancarlos de cuajo.

El eskimal que crea que las almas se quedan en el cementerio o vagan errantes por las aldeas, no es admitido a la sagrada Comunión.

El que crea que el niño tiene que recibir en el bautismo el nombre de un difunto, lo mismo.

El que tome parte en los convites de las navidades eskimales, a no ser que lo haga para reírse a carcajadas de tamañas majaderías, no será enterrado en sagrado, pues no cree en los Novísimos del catecismo.

Así, con esta ofensiva implacable y a plena luz, los buenos eskimales se avergüenzan de ellos mismos y ésta es la hora en que las supersticiones llevan heridas mortales en las entrañas.

La gente joven no cree gran cosa en hechicerías; cada día menos. Son los viejos los que no acaban de deshacerse de lo que les parece necesario para ser felices en la otra vida.

Es muy probable que tendrán que pasar dos generaciones más antes de que se arranquen de cuajo estas supersticiones.

Por otra parte es cosa que pasma cómo desean el bautismo y cómo comulgan hasta diariamente si les es posible, y con qué facilidad se confiesan y cómo piden la extremaunción apenas se sienten graves.

Probablemente no han acabado de distinguir el oro del oropel y, para

estar doblemente seguros, reciben los sacramentos e invocan a los muertos.

Una vela a San Miguel y otra al diablo. Si una falla, tal vez el otro venga a socorrernos.

Sólo Dios, que tiene ojos que lo ven todo, puede descubrir lo que pasa en las entretelas del alma eskimal, y está capacitado para pronunciar sentencia justa sobre el caso.

Nosotros, que no nos conocernos a nosotros mismos, conocemos menos aún a los demás, y nunca debemos fallar a rajatabla en estas cuestiones morales que tienen bastante goma en su tejido y son susceptibles de alargarse y de encogerse.

El alma de las cosas

Entre otras confidencias que sonsaqué al alcalde de Akulurak merece párrafo aparte la siguiente.

Todas las cosas —me dijo— tienen alma. Los animales, las plantas y hasta los minerales tienen alma. Los eskimales antiguos ponían sumo cuidado en tratar bien a todas las cosas. Hoy la juventud crece con ideas enteramente opuestas.

Los antiguos evitaban toda crueldad. Al tener que matar la foca, el reno, la liebre, lo hacían sin odio.

Al desollar la foca, lo hacían con amor y con limpieza; lavaban la sangre del cuchillo y no permitían que corriese la sangre donde pudiera ser pisada.

Los huesos no se daban a los perros, sino que se echaban al río.

Al cortar un árbol, no daban hachazos con furia y dé donde diere sino que lo cortaban cuidadosamente.

Al pisar la yerba no la acoceaban como hacen ahora que no saben andar por ella sin darle puntapiés. Todo instrumento era tratado con respeto.

¿Por qué todo esto? Porque todas las cosas tienen alma, y esas almas nos esperan en el aire al morirnos.

Si las tratamos bien en vida, nos tratarán ellas bien después de muertos.

Si las tratamos mal en vida, nos saldrán al encuentro con hocicos oscos y ojos torvos; nos impedirán el paso a nuestro lugar de felicidad formando ante nosotros vallados impasibles; más aún, nos infundirán terrores

formidables que nos harán pasar las de Caín y tal vez por espacio de mucho tiempo.

Por eso los buenos eskimales cuando vuelven del mar con focas les cubren siempre los ojos con los guantes o el gorro o lo que sea, pero se los cubren, para que el pobre animal no se asuste al verse llevar por terrenos extraños, y peor aún, al ver cuchillos y cacerolas.

Mientras se la desuella, la foca está llevando cuenta exacta del modo en que se hace, para luego ajustar cuentas en la vida de ultratumba.

Hasta aquí el alcalde.

Hechiceros de fama

La abuela de este alcalde fue una hechicera de fama, y ella fue la que instruyó al nieto en los secretos de la naturaleza.

Me dijo el alcalde que, cuando era pequeño, cada vez que llegaba la noticia de que había muerto alguien, su abuela le desnudaba en cueros y le embadurnaba en aceite de foca para que, cuando llegase como saeta la enfermedad que mató al otro le encontrase a él con la piel resbaladiza y resbalase de verdad y se fuese sin haberse hincado en las carnes.

Dice que le embadurnaba de pies a cabeza y hasta le metía en las narices un dedo mojado en aceite.

Asimismo, de pequeño asistió a ceremonias verdaderamente macabras, ejecutadas por los hechiceros más renombrados.

El más famoso de todos fue un tal Katmigan, que conservó toda su vida poderes misteriosos y extraordinarios gracias a una dieta semanal que sólo pensarla pone pavor.

El tal Katmigan machacaba calaveras y las comía a vista de todos.

Cuando alguna persona tenía un tumor, llamaba a Katmigan y el tumor era extraído poco menos que instantáneamente. El alcalde presencié el caso de una vieja que tenía adentro un tumor de más de cinco libras.

Katmigan la hizo recostarse con toda paz a vista de todos; se vistió con vestiduras rituales, miró arriba como en un éxtasis, hizo varios pasamanos sobre el tumor y de repente se vio a Katmigan con el tumor sangrante en las manos. Lo comió a bocado limpio y la vieja se levantó completamente curada y sin rastros de cicatrices de ningún género.

Nadie se alteró, pues todos esperaban de Katmigan eso y mucho más.

Con la muerte de Katmigan y la llegada de los médicos blancos se derrumbó todo el tinglado hechicero que nuestro alcalde lamenta hasta cierto punto; pues con la idea del hechicero se fue de la vida eskimal algo genuino suyo, típico, vital y consustancial.

El difunto Jaques

Yo mismo tuve charlas amenas con el difunto Jaques, en cuya casa me alojé no pocas veces y en cuya mesa celebre la santa misa mientras afuera nevaba con furor.

Jaques fue hechicero y luego se convirtió. El Padre Felipe Delón, S. J., le bautizó y le bendijo el matrimonio en una sola ceremonia.

Al año siguiente fue a cazar focas y, por desgracia, las mareas quebraran el hielo y Jaques se vio a flote por esos mares caballero en un bloque de hielo de más de una milla cuadrada.

Se hincó de rodillas y rezó el Padrenuestro creyendo que el hielo volvería a toda velocidad a la costa.

Pero no sucedió así, sino que el hielo continuó mar adentro y mar adentro hasta que perdió de vista las orillas.

Es cierto que Jaques mató una foca hermosa que le sirvió de alimento los siete días que flotó a la buena de Dios, como es cierto que las mareas le fueron luego benignas y le devolvieron a la playa sano y salvo y sin un rasguño; pero Jaques se convenció de que Dios se había reído de él dándole un disgusto terrible y no accediendo inmediatamente a su demanda, y en aquel punto y hora Jaques apostató y volvió a sus hechicerías.

Más tarde volvió a escuchar al misionero y se volvió a convertir. Yo mismo le di la sagrada Comunión.

Pero luego, Dios le dio un nieto tan guapo y frescote que cuando le bauticé me hice cruces de ver tanta rozagancia en un eskimal.

Jaques ahora se convirtió a Dios de verdad. Un Dios que regala niños como éste, es el verdadero Dios y todos le debemos amor y acatamiento.

Cuando el niño comenzó a hacer pinitos y a reírse mostrando dos dientecitos preciosos y dos hoyuelos que quitaban el juicio, he aquí que empezó a toser y a lloriquear y a ponerse pálido y a no querer comer. Jaques bombardeó al cielo con súplicas arrancadas de lo íntimo de su alma.

El niño empeoró. Jaques apostató de nuevo y cogió al niño y granizó

sobre él todos los hechiceros imaginables. Una mañana fría de enero el niño falleció y voló al paraíso. Jaques se sentó en un rincón de su casa y no habló por espacio de un mes.

Esta vez no le había escuchado ni Dios ni el diablo. Como no le quedaba una tercera solución, se atuvo a un silencio prudencial.

Intervención diabólica

Sentado junto a mí en mi habitación le interrogamos despacio sobre la parte que tenía el demonio en la acción misteriosa de los hechiceros.

Me dijo sin ambages que el demonio era parte esencial en todo hechicero y que él mismo estaba muy familiarizado con el demonio.

Dijo que era cosa ordinaria para él llamar en su ayuda al demonio y añadió que el demonio nunca falla. Al llamarle, viene y se pone a corta distancia del hombro derecho.

No se le ven los pies ni las manos, pero se le ve el busto y sobre todo los ojos y la boca. Habla eskimal y dice al hechicero lo que tiene que hacer en cada caso.

No pronuncia las palabras como nosotros, sino que berrea o algo así y no le oye más que el que le llama.

Le rogué a Jaques que llamara allí mismo al demonio y cerré los puños instintivamente; pero Jaques me aseguró que no lo hacía, por dos razones: no le necesitaba, y además el demonio nunca se atrevería a presentarse delante de un misionero; más aún, no se presentaría ni en presencia de un blanco cualquiera; pues es creencia común entre los eskimales de raigambre antigua que los blancos pertenecemos a distintas especies, como les pareció a los indios de Cortés; y aunque ven cada día cruzarse las dos razas, insisten en que el misterio existe y, en realidad, somos dos especies diferentes; pues sólo así se explica el hecho de que los hechizos eskimales no alcancen a los blancos y de que pierdan toda su eficacia en presencia de ellos.

Matando a distancia

Para dar jaque mate a Jaques diré que enfermó de gravedad. Lo primero que hizo fue declarar que sabía perfectamente quién era el hechicero que le estaba matando a distancia, pero se negó a dar nombres.

Jaques vivió en la creencia de que los hechiceros matan a distancia con

sus encantamientos. El mismo fue acusado de dar muerte encantada a centenares de víctimas.

Por lo general al enfermar uno gravemente, si piensa en algún viejo y habla de él en voz alta, es señal de que ése es el que le está matando.

Más aún, admiten el caso de un vivo que con el pensamiento acorta los días a otro vivo, y aunque muera el primero, no hay quien pueda salvar al segundo, que muere infaliblemente cuando se cumple el número de días impuestos por el ya difunto.

Pues bien, Jaques iba empeorando. Vivía entonces junto a él mi compañero el Padre Endal, S. J., quien visitó despacio al enfermo y le sugirió la conveniencia de arreglar las cuentas con Dios.

Jaques accedió y dijo que le diera una semana para pensar en todos los pecados de su vida, que eran tantos que una semana tal vez no bastaría para recordarlos todos.

Insistió en la dichosa semana y a los tres días falleció de repente; porque, aunque esté uno grave todo el año, la muerte viene siempre de repente como ladrón nocturno. Si hay confesión de deseo, como hay bautismo de deseo, tal vez Jaques halló misericordia delante de Dios.

El paradero de Jaques es una de tantas curiosidades que me acucian y que espero ver satisfechas el día del Juicio.

XIX

LA PESTE DE LA ISLA DE SAN LORENZO

Otro problema: la borrachera

Con la desaparición lenta de los hechiceros, el problema que ahora tienen que resolver los misioneros de Akulurak es la borrachera.

Ver a un viejo borracho, aunque está mal, parece tener visos de ordinariez; pero ver borracha a una madre joven cargada de niños es un pecado que clama al cielo.

Una cosa que me ha llamado la atención en mis relaciones sociales con los eskimales es ver cómo todos siguen gregariamente el camino trillado y cómo no se atreven a salir de él aunque les cueste la vida.

Todos fuman, todos se casan, todos se embriagan, todos se dan al juego, todos miran al blanco con desconfianza y todos se mueren por los dulces y el cine.

Entre los blancos hay quien no fuma, quien no se casa, quien no se emborracha y quien no va al cine porque no le da la gana. No así entre los eskimales.

En el famoso censo de que hablé arriba hicimos el cómputo de las casas donde no se fabricaban bebidas alcohólicas y hallamos que en solo siete casas no nos constaba que se bebiese con exceso.

Hay, claro está, sus más y sus menos y sus temporadas de abstención y de exceso; pero en general prevalece por todo el distrito el vicio de la embriaguez.

La isla de San Lorenzo

Para que se vea hasta qué punto se ha llegado en este asunto de

borracheras quiero apuntar aquí el hecho histórico de la isla de San Lorenzo, sita entre Siberia y Alaska, pero parte de Alaska y poblada de eskimales auténticos.

A mi paso por Nome, que no dista mucho de la isla, me llamó la atención el hecho peregrino de que desde hace muchos años se mantiene viva la costumbre de enviar a San Lorenzo a todos los niños y niñas que no tengan hogar en el continente; pues la isla por lo visto tiene fauces gigantescas y demanda más y más niños.

Me dijeron que en otro tiempo cayó sobre la isla una peste que la dejó poco menos que sin gente, y ahora desean los isleños que emigren allí los mis posibles para repoblar las aldeas.

Como en esto de indagar el origen de todo lo raro me carcome a mí desde la infancia un prurito descomunal, me di a buscar alguna relación verídica de este hecho singular y la hallé en los mamotretos de la *Smithonian Institution*, donde un tal místico Nelson describe con todos los pelos y señales la hecatombe de que hablamos.

Allá por los años de 1879 anclaron en las playas de la isla unas naves balleneras repletas del *whisky* maldito o aguardiente que abrasa.

Los naturales entregaron todo género de objetos a trueque del aguardiente y comenzó una borrachera general.

Es el caso que la isla se provee de alimentos en setiembre cuando las focas y morsas y vacas marinas emigran hacia el sur en rebaños nutridos.

Vienen a millares y merodean la isla tardando poco más de una semana en pasar. Una vez pasadas, ya no vuelven hasta el año entrante. Al pasar, los eskimales se arman de rifles y flechas y cazan verdaderos montones de anfibios marinos que luego comen despacio todo el invierno.

Aquel setiembre fatídico coincidió la emigración y paso de las focas con la borrachera universal de la isla y nadie se dio cuenta de que Dios les estaba trayendo a toneladas el alimento necesario para el invierno.

La borrachera terminó al terminarse la última gota de licor y poco después sopló el viento norte, bajaron las mareas y cayó el hielo inefable que se espesó alrededor de la costa y fue la señal de la muerte a que se habían condenado por su culpa.

La isla-cementerio

Al verano siguiente el buen místico Nelson se presentó en la isla en un

barco del Gobierno para estudiar las costumbres de los naturales. Vio con horror que la isla era un cementerio.

Los que murieron primero, fueron depositados en ataúdes sobre terrenos elevados.

En un lugar pudo ver el ataúd en el trineo y muerto detrás de él estaba el que lo empujaba y que desfalleció y quedó rendido allí mismo.

Más tarde ya no había quien fabricase ataúdes; así que a los muertos se los fue poniendo en filas unos sobre otros dentro de una casa.

Por fin acá y allá se veían los últimos que murieron, unos en la cama, otros en cuclillas junto a la estufa apagada y otros en figuras estrafalarias, la mitad del cuerpo dentro de casa y la otra mitad al aire libre.

No es intención de míster Nelson acusarlos de canibalismo, pero aunque buscó cadáveres de niños, no encontró ninguno.

Vagando de acá para allá dio con unos pocos seres vivos y macilentos que, al ver al blanco, pidieron aguardiente y algo de comer. Primero aguardiente. Hubo aldeas en las que no quedó nadie con vida.

Los pocos que sobrevivieron hicieron una llamada a la población del continente en demanda de gente joven; y ése es el origen de la tal pestilencia, que no fue pestilencia ni mucho menos, sino castigo manifiesto de Dios, que no gusta de ver a sus hijos convertidos en bestias.

Hoy la isla tiene varias aldeas florecientes y es de creer que el castigo de Dios, como el diluvio, no se vuelva a repetir.

Un Jacobo de muestra

A un tal Jacobo del distrito de Akulurak le decía yo que si no hacía por dejar la borrachera, era inútil que se viniese a confesar, pues aunque me engañase a mí — ¡y no me engañaba! — a Dios ciertamente no le engañaría.

Jacobo, que vivía en una especie de estupor, siempre borracho, me respondió que no podía hacer promesa de dejar de beber, pues pudiera muy bien ocurrir que algún amigo le invitase a echar un trago.

—Yo soy así, Padre, —me decía el muy papanatas— si me ofrecen pan, lo tomo; si me ofrecen té, lo tomo; si me dan un cigarro, lo tomo; y si me dan un trago, lo tomo.

Y añadió, no sé si picarescamente o neciamente:

—Dígales, Padre, a estos hombres, que no me ofrezcan ningún trago.

¿Qué hacer con individuos como Jacobo? No se los va a ahorcar.

Créanme que el misionero pasa ratos nada envidiables con estos Jacobos.

Últimamente escogimos las personas más decentes y con mucho aparato de papeles y sellos y letras de molde nombramos caudillos que velen por la sobriedad y templanza de la población.

El señor Juez promulgó la ley de que todo el que fabrique bebidas alcohólicas sin licencia oficial será reo de felonía y será multado o encarcelado o las dos cosas.

El rezador Felipe

Hay borrachos que se ponen furiosos y los hay que cantan y hasta rezan.

En una ocasión tuve que deshacerme de un borracho a mojicones. Como se tambaleaba tanto, no me fue difícil derrotarlo.

Asimismo no puedo olvidar a Felipe Zorroviejo, que me alojó en su casa caballerosamente y me dio una cena en toda regla, y luego salió y volvió muy tarde borracho como una uva.

Su mujer y el niño estaban en la cama y yo estaba acostado en mi saco de dormir junto a la estufa.

Felipe, al entrar tambaleándose, comenzó a cantar y nos despertó. Saco el rosario y dijo en voz alta:

— ¡A rezar todo el mundo!

Nadie le hizo caso. Volvió a la carga gritando:

—Preces de la noche, por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos...

Tampoco le hicimos caso. Entonces Felipe encendió la lámpara grande, me clavó una mirada muy seria y me dijo categóricamente:

¡En esta casa se reza!

Y yo le respondí:

— ¡Se reza cuando está uno borracho!

Entendió la alusión y se retiró a cantar en la cama hasta media noche, en que un ronquido rítmico muy gracioso me dijo que Felipe la estaba durmiendo de verdad.

¿Sé le da la comunión por la mañana en la misa que se celebra en su misma casa?

Esta vez Felipe tuvo la delicadeza de no despertar, librándome así de apuros y escrúpulos morales; porque el rezador Felipe gusta de comulgar por la mañana y de emborracharse por la noche.

Confiamos que la juventud que está saliendo de nuestras escuelas se ha de portar mejor en este asunto de la embriaguez.

Ciertamente en los últimos años he podido ver cómo las nuevas parejas que crecieron en las escuelas miran al Padre con más confianza y escuchan mejor sus enseñanzas.

Las dieciocho Hijos de María que dejé en Akulurak y la docena de chicos mayores me oyeron por activa y por pasiva charlas, instrucciones y arengas sobre una vida más cristiana en conformidad con las enseñanzas de la Sagrada Familia en Nazaret; y prometieron y prometen desechar las supercherías y embriagueces de los viejos, aunque sean sus abuelos o quien sean.

Demos tiempo al tiempo y no nos apresuremos a esperar resultados, que la obra de la resurrección camina con el paso lento de los siglos.

Cómo es la Misión de Akulurak

Y con esto hacemos punto final y dejamos en paz a la heroica Misión de Akulurak que duerme tranquila el sueño del justo, recostada sobre las riberas del río de su nombre. La estoy viendo y la veré el resto de mi vida.

Viene primero el caserón del salmón seco, capaz de admitir en su seno treinta mil salmones curados al humo. Luego vienen tres casetas; la de los toneles de solazones, la de la yerba seca para poner en las botas de piel de foca, y la de las pieles que, por ser más grande, se usa también para mil géneros de trastos útiles.

Luego vienen la lavandería, amplia y con un cuarto anejo para cachivaches que las monjas guardan a carretadas. Luego el llamado convento con siete monjas y cincuenta niñas, gran comedor, capilla que sirve de iglesia por lo espaciosa que es, salón de recreo, donde tenemos cine dos veces al mes con películas previamente censuradas y un dormitorio capaz de setenta camas, limpio como tacita de plata.

Luego vienen las escuelas equipadas con material modernísimo, amplias y ventiladas.

Viene luego la iglesia magnífica, tal vez la mejor de Alaska en la actualidad, tan espaciosa y tan bien iluminada que es el pasmo de los que la ven por primera vez. Allí fue donde eche tantos sermones a los eskimales que me miraban de orujo como diciendo: «Ya hemos oído eso cien veces; pasa a otra cosa,

En un cuartucho de la sacristía solía yo hacer los ocho días de Ejercicios. Aquel cuartucho me convirtió a Dios. Cada semana de Ejercicios es una nueva conversión.

Yo espero convertirme de una vez en la próxima, loado sea Dios que tanta paciencia tiene con nosotros. A veces me acontece creer que estoy realmente convertido por la mañana y luego a la noche hallo que no he hecho más que perder el tiempo y que tengo que empezar de nuevo; pero basta de esto.

Cercano a la iglesia está el almacén o bodega, donde tenemos trescientos sacos de harina, quince de arroz, doce de alubias, veinticuatro de azúcar y así por el estilo. Los ratones se dan los grandes convites, aunque con frecuencia muerden donde no debieran y caen en la ratonera.

Detrás del almacén tenemos un *igloo* o casa sin ventanas cubierta toda de césped donde una linterna de petróleo conserva sin congelarse las patatas, la leche condensada y cuantos alimentos congelables tenemos.

A su lado está la carpintería con un recinto anejo que hace de herrería, porque como aquí lo tenemos que hacer o arreglar todo nosotros, necesitamos talleres a propósito.

Por fin viene lo que llamamos chistosamente la Sinagoga, que es la casa de los Padres, pegada al edificio donde viven los niños.

Al norte de este edificio está la casa de la leña, y al noroeste en línea recta se ven las dieciséis casas que forman la aldea de Akulurak.

Punto final

Esa es la Misión de Akulurak, donde se moriría de aburrimiento el que tuviera que vivir en ella sin vocación, y donde pasé yo horas felices, días alegres, semanas encantadoras, meses dichosos y años por fin inolvidables.

Es decir, tuve horas negras y días tristes, pero eso se da por supuesto.

El amor resplandece más en la tribulación que en los consuelos.

A decir verdad, cuando se ama a Jesucristo, quiere uno imitarle, y Jesucristo es una mezcla de dolores y gozos, Tabores y Getsemanís.

Más aún, el sufrimiento por Cristo trae consigo tal paz y dulzura que, a más paz, más fortaleza y más alegría.